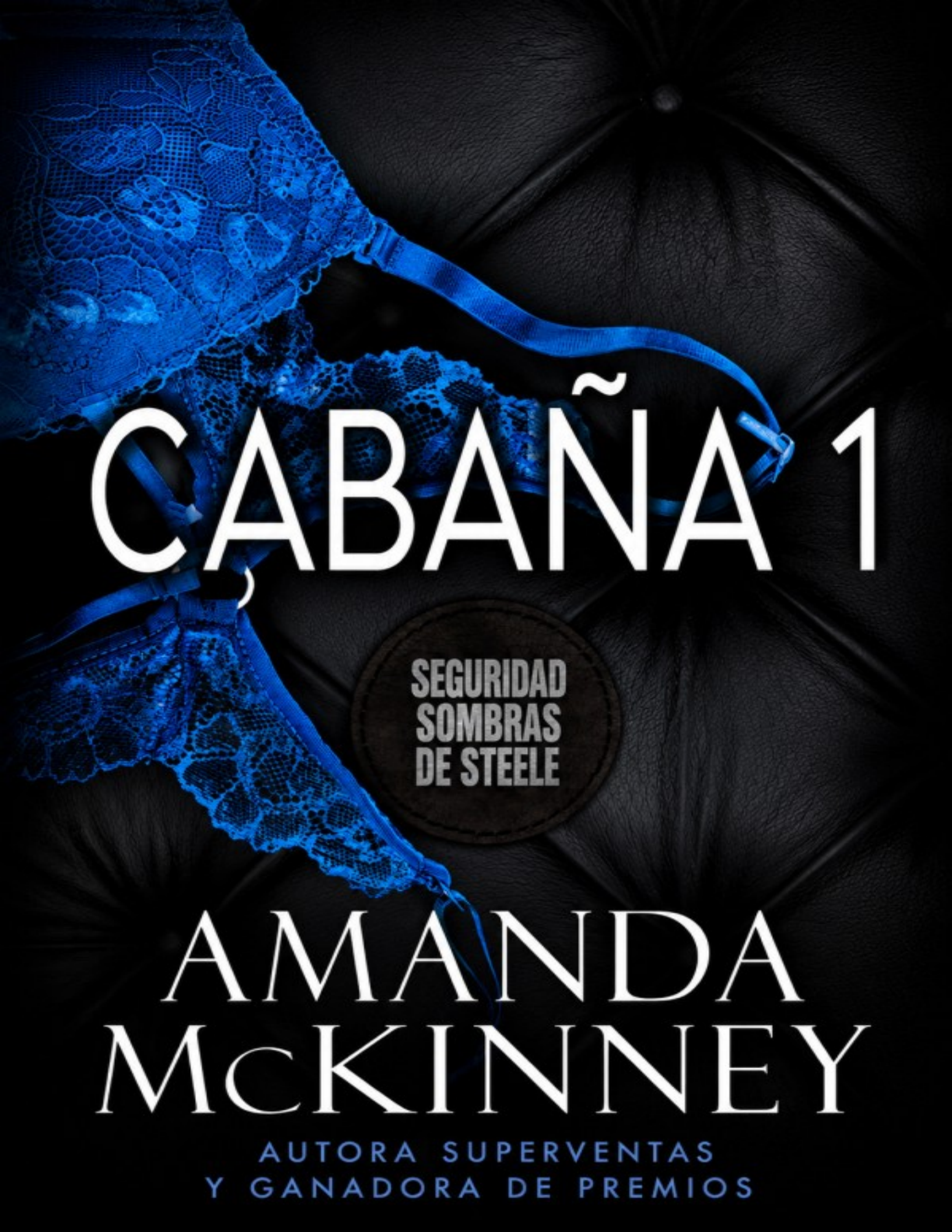

CABAÑA 1
SEGURIDAD SOMBRAS DE STEELE
AMANDA McKINNEY
AUTORA SUPERVENTAS
Y GANADORA DE PREMIOS

Esta es una edición traducida de la siguiente obra, producida con Kindle Translate, el servicio de traducción de libros basado en inteligencia artificial de Amazon:

Obra original: Cabin 1
Autor: Amanda McKinney
Fecha de publicación original: Septiembre, 2019

La obra original ha sido traducida en su totalidad. Todos los materiales complementarios, como los preámbulos, los avisos de derechos de autor, las reseñas y los agradecimientos, se han traducido tal cual y pueden hacer referencia a detalles específicos de la edición original en inglés.

CABAÑA 1

STEELE SHADOWS SECURITY

AMANDA MCKINNEY

HH TISEVICH

CONTENIDO

Dedicatoria
También de Amanda
Premios y reconocimientos
¡Conectemos!
Cabaña 1

1. Gage
2. Gage
3. Gage
4. Niki
5. Gage
6. Gage
7. Gage
8. Niki
9. Niki
10. Niki
11. Gage
12. Gage
13. Gage
14. Gage
15. Gage
16. Gage
17. Niki
18. Gage
19. Niki
20. Niki
21. Niki
22. Gage
23. Gage
24. Gage
25. Gage
26. Niki
27. Niki

28. Niki
29. Gage
30. Gage
31. Gage
32. Niki
33. Gage
34. Niki
35. Gage
36. Niki
37. Gage

Axel
Adelanto
★ MÍO ★
Sobre la autora

Copyright © 2019 Amanda McKinney
Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción, distribución o transmisión de cualquier parte de este libro por cualquier medio, ya sea fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito de la autora, salvo en el caso de citas breves en reseñas o trabajos académicos.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para crear, entrenar o perfeccionar sistemas de inteligencia artificial, en cualquier formato, sin el consentimiento expreso por escrito de la autora.

Esta obra es ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se han empleado de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

ISBN edición de bolsillo 9781734013313
ISBN libro electrónico 9781732463592

Edición: Nancy Brown
Diseño de portada: Damonza

https://www.amandamckinneyauthor.com

DEDICATORIA

Para mamá

TAMBIÉN DE AMANDA

NOVELAS DE SUSPENSE:

The Sketch Artist

The Perfect Murder

The Stranger in My Bed

A Marriage of Lies

When I Disappear

The Wife's Silence

The Widow of Weeping Pines: A Thriller Novella

The Raven's Wife: A Thriller Novella

The Lie Between Us: A Thriller Novella



NOVELAS DE SUSPENSE ROMÁNTICO:

EL ANTIHÉROE:

Mine

SERIE STEELE SHADOWS (SUPERVENTAS):

Cabin 1 (Steele Shadows Security)

Cabin 2 (Steele Shadows Security)

Cabin 3 (Steele Shadows Security)

Phoenix (Steele Shadows Rising)

Jagger (Steele Shadows Investigations)

Ryder (Steele Shadows Investigations)

Her Mercenary (Steele Shadows Mercenaries)

Her Renegade (Steele Shadows Mercenaries)

SERIE ON THE EDGE:

Buried Deception

Trail of Deception

SERIE BERRY SPRINGS:

The Woods (A Berry Springs Novel)

The Lake (A Berry Springs Novel)

The Storm (A Berry Springs Novel)

The Fog (A Berry Springs Novel)

The Creek (A Berry Springs Novel)

The Shadow (A Berry Springs Novel)

The Cave (A Berry Springs Novel)

SERIE THE ROAD:

Rattlesnake Road

Redemption Road

The Viper

Devil's Gold (A Black Rose Mystery, Book 1)

Hatchet Hollow (A Black Rose Mystery, Book 2)

Tomb's Tale (A Black Rose Mystery Book 3)

Evil Eye (A Black Rose Mystery Book 4)

Sinister Secrets (A Black Rose Mystery Book 5)

Y muchas más próximamente…

PREMIOS Y RECONOCIMIENTOS

THE STONE SECRET (Reeditado como WHEN I DISAPPEAR)
Medalla de Oro en los Independent Publisher Book Awards - 2024

RATTLESNAKE ROAD
Seleccionado entre los 12 mejores libros románticos de POPSUGAR para enamorarse en primavera
Finalista del Silver Falchion 2022

JAGGER (STEELE SHADOWS INVESTIGATIONS)
Segundo puesto en el Premio Daphne du Maurier a la Excelencia en Misterio/Suspense 2021

REDEMPTION ROAD
Finalista del Silver Falchion 2022

THE STORM
Ganador del Golden Leaf 2018 en la categoría de Suspense Romántico
Finalista del Premio Maggie a la Excelencia 2018
Finalista del Silver Falchion 2018
Finalista del Beverley 2018
Mención honorífica en el Passionate Plume 2018

THE FOG

Ganador del Golden Quill 2019 en la categoría de Suspense Romántico
Ganador del Premio I Heart Indie 2019 en la categoría de Suspense Romántico
Finalista del Premio Maggie a la Excelencia 2019
Finalista del Premio Stiletto 2019

CABAÑA 1 (STEELE SHADOWS SECURITY)
Finalista del National Readers Choice Award 2020
Finalista del HOLT Medallion 2020

THE CAVE
Finalista del Book Buyers Best 2020
Finalista del Carla Crown Jewel 2020

DIRTY BLONDE
Segundo puesto en el Concurso It's a Mystery 2017



¡CONECTEMOS!



Consigue acceso anticipado, ofertas exclusivas y un vistazo a los entresijos del mundo de Amanda.

Suscríbete al boletín de Amanda y recibe novedades, promociones por tiempo limitado, notas personales y las historias que hay detrás de cada libro, todo en tu bandeja de entrada.

https://www.amandamckinneyauthor.com/contact

CABAÑA 1

Un exmarine sin nada que perder y una fiscal en fuga no tienen más remedio que confiar el uno en el otro en este trepidante thriller romántico de la autora superventas Amanda McKinney.

Tras un brutal ataque en la carretera, la fiscal Niki Avery debe esconderse en un remoto complejo de seguridad en lo profundo del bosque. No le queda otra que ponerse bajo la protección de un exmarine, un tipo impredecible con un temperamento tan explosivo como atractivo es su aspecto.

Gage Steele nunca quiso volver a su pequeño pueblo natal, y mucho menos hacerse cargo de la prestigiosa empresa de seguridad de su difunto padre. Pero en cuanto ve a Niki, cae rendido.

Cuando empiezan a aflorar grietas en la familia Steele —incluidas nuevas pruebas de que la muerte de su padre no fue un accidente —, Gage lucha contra la creciente atracción que siente por su clienta, aun sabiendo que Niki es territorio vedado.

Pero cuando el peligro los acecha, hará lo que haga falta para protegerla…

Aunque eso signifique perderlo todo.

1

GAGE

Miré al cielo, arañando distraídamente la tierra con los dedos mientras clavaba los talones en el suelo. En lo alto, nubes oscuras y amenazantes cruzaban veloces, devorando con avidez los últimos rayos del sol otoñal.

Un cuervo graznó desde el roble a mi lado. Sus ojillos negros se clavaron en los míos. Ladeó la cabeza, me evaluó y echó a volar. Nada impresionado.

Sentí ganas de llamarlo, de pedirle que volviera, que no me abandonara. Pero el medio litro de whisky que me había bebido me atenazaba la garganta.

Suspiré, levanté el antebrazo y apoyé la palma en la lápida. Recorrí con las yemas los bordes grabados hasta que el estómago amenazó con darme la vuelta.

—Gage.

Entorné los ojos y giré la cara hacia la rubia alta y espigada que cruzaba el cementerio a zancadas. Su silueta se difuminó, y por un segundo pensé que eran dos. *Ojalá hubiera tenido esa suerte.* El espejismo se fundió en una sola figura y entonces la reconocí.

¿Leslie, verdad?

¿Lisa?

¿Larissa?

Jessica. Eso es.

—Intenté llamarte —dijo Jessica frunciendo el ceño, los labios excesivamente perfilados.

—Lo sé.

Se me fueron los ojos al escote que desbordaba de su camiseta, que puede que tuviera un agujerito justo debajo del pecho izquierdo. El algodón cien por cien rara vez aguanta un estiramiento así.

Con los puños en las caderas, contempló desde arriba el desastre en que me había convertido: tumbado sobre una tumba embarrada, con una botella de whisky vacía junto a mi bota campera.

—Estás borracho.

—Eres observadora.

Transcurrió un instante y deseé que se largara.

—Esta mañana salió en las noticias locales; el aniversario.

Como no respondí, continuó:

—Así que supuse que estarías aquí.

—Diez puntos para ti.

Trastabillé al intentar levantarme. Leslie... no, Jessica, *joder*, me tendió la mano, pero la rechacé de un tirón. Cuando el suelo dejó de moverse bajo mis pies, me fijé en la mujer que tenía delante, tan dispuesta como siempre, y decidí que era justo lo que necesitaba.

Al reconocer mi mirada, esbozó una sonrisa con sus labios brillantes.

—Supuse que podría echarte una mano.

—Normalmente lo haces.

—Vamos a mi casa.

—No.

La llevé hasta un banco en el límite del cementerio, oculto tras un grupo de coníferas secas y parduscas.

—¿Aquí? —frunció el ceño.

—¿Tienes algún problema?

—¿Alguna vez?

Empezó a quitarse la camiseta.

—No. De rodillas.

—¿No quieres...?

—He dicho que no.

Jessica obedeció, como siempre, y esperó instrucciones. Como de costumbre, le dije exactamente lo que quería y por cuánto tiempo.

Mientras me desabrochaba los pantalones y me sacaba la polla, bajé la vista hacia una mujer cuyo apellido ni siquiera conocía.

Con los ojos bajos, como le había ordenado, Jessica me metió en la boca y se puso manos a la obra.

Observé asombrado lo que una mujer era capaz de hacer por la posibilidad de pillar pasta.

Se me revolvieron las tripas. Rabia, asco, *arrepentimiento.*

Inspiré hondo, eché la cabeza hacia atrás, cerré los ojos y deseé estar en cualquier otro sitio.

Ser cualquier otro.

Tras despegarme del banco, me deshice de la última cazafortunas de la larga lista de mujeres desesperadas por echar el guante a la fortuna de los Steele, y conduje hasta el único sitio que encajaba con este día de mierda.

El bar del pueblo.

2

GAGE

Le hice una seña a la camarera, Suzie, con quien había compartido unas cuantas noches (bastante borrosas).

Sonrió, con las mejillas sonrojadas. —¿Has terminado?

—Con la hamburguesa y las patatas, sí; con las bebidas, no.

Después de un montón de comida grasienta y litros de agua, me sentía casi del todo sobrio. Lo cual significaba que necesitaba beber más, y si eso no funcionaba, más mujeres.

Suzie recogió mi plato. Observé cómo la interceptaba un trío de vaqueros bravucones, el típico cliché del bar de Frank, una taberna en las afueras del pueblo. Recién llegados, supuse. Solo de paso. Me acordé de la primera vez que me colé por la puerta trasera del bar de Frank, robé su única botella de Johnnie Walker Blue y me la bebí entera mientras vagaba por las vastas montañas de Berry Springs. Axel, mi hermano gemelo, me encontró al día siguiente desmayado bajo un pino en un charco de mi propio vómito, con una sonrisa en la cara. A día de hoy, jura que tenía los pantalones bajados, con una sustancia viscosa y misteriosa serpenteando alrededor de mi cuerpo y marcas de arañazos en el tronco del árbol detrás de mí. Pasaron meses antes de que pudiera mirar una botella de cualquier cosa con alcohol de grano. Me pregunté qué les depararía la noche a esos vaqueros.

Pidieron una ronda de chupitos de tequila —qué sorpresa— y luego Suzie volvió a centrar su atención en mí. Su mirada se clavó en la mía, con esa sonrisa felina extendiéndose por su rostro mientras mi atención bajaba a su pecho.

—Diría «hazte una foto, durará más», pero esto no es una comedia romántica de los noventa —dijo, luciendo su marcado acento sureño.

—Comedia romántica, ¿eh? Yo estaba pensando en otro tipo de película...

Los ojos de Suzie brillaron. Se inclinó apoyándose en los antebrazos, con los pechos realzándose como globos aerostáticos. —Estaba pensando lo mismo, cariño. Salgo en dos horas...

—Ah, Suz, qué bueno verte.

Mi respuesta quedó cortada por un apretón en el hombro, como una zarpa de oso. Me giré y vi a mi hermano mayor, Phoenix —Feen para abreviar—, con su expresión gélida clavada en mi tentación de la noche. *Mantente alejada de mi hermano*, bien podría haber dicho en voz alta.

Suzie retrocedió como un perro apaleado. Feen tenía ese efecto en las mujeres.

—¿Otro whisky? —Se enderezó, el brillo de sus ojos ya desvanecido.

—Sí, y Hulk aquí tomará uno también —le lancé una mirada de reojo a Feen—. Ponle un doble.

Justo entonces, un estallido de risas de borrachos resonó desde el final de la barra. —¿Quiénes son esos tipos?

Suzie puso los ojos en blanco. —Dos de ellos son forasteros, pero el grandote es Butch. Habitual de aquí. Ruidoso, maleducado, con el genio de una serpiente de cascabel. Un imbécil.

—O sea que saliste con él.

—No, yo solo salgo con hombres emocionalmente inaccesibles.

Auch.

Sonrió con suficiencia y me guiñó un ojo. —Voy a por esas bebidas.

Mientras Suzie se alejaba, Feen dirigió su expresión de vete-a-la-mierda al camionero de al lado. Alto, puro músculo, con una Ruger

escondida bajo su camisa de franela extragrande. No pude evitar sonreír cuando el camionero agarró su cerveza y se escabulló del taburete, como si de todos modos estuviera a punto de irse. Ya, claro. Como dije, Feen tenía ese efecto. Aunque, en realidad, todos lo teníamos cuando nos apetecía. Marines de operaciones especiales de metro noventa entrenados en combate letal: éramos marginados por definición.

Y nos iba de perlas.

3

GAGE

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó Feen, acomodándose a mi lado.

Miré el reloj, debatiéndome entre el ángel y el demonio.

—No me mientas —murmuró.

Que sea el ángel, entonces. —Desde las siete.

Suzie sirvió las bebidas heladas, *y helada ella también*, confirmando que mi hermano había arruinado cualquier posibilidad de quitarle ese sujetador de encaje rojo más tarde esa noche.

Me bebí el trago de un golpe.

Feen rodeó su vaso con las manos, concentrándose en el líquido ámbar como si fuera una bola de cristal. Yo, por mi parte, clavé la mirada en las relucientes botellas de licor como si fueran mi salvación.

Pasó un minuto interminable mientras ambos evitábamos el elefante en la habitación, como veníamos haciendo tan magistralmente durante el último año.

El hermano mayor de los Steele, siempre sobreprotector, cedió primero.

—¿Fuiste al cementerio hoy?

Mantuve la mirada fija en la botella de whisky de etiqueta azul, deseando que rellenara mi vaso por arte de magia. Sin suerte.

Cuando no respondí, asintió. —Lo tomo como un sí. ¿Estás bien?

—Bien.

—Claro... Te oí en el campo de tiro esta mañana.

Arqueé una ceja y lo miré, esperando...

—Luego recogí las latas de cerveza vacías y la botella de whisky de tu habitación.

Ahí estaba.

Sacudí la cabeza. Si algo era Feen, era predecible.

—Escucha, dame un respiro, ¿vale? No tengo ningún cliente ahora mismo... *Y es el primer aniversario de la muerte de papá, imbécil.*

Feen dio un sorbo a su copa, sabiendo que me había tocado la fibra, que era justo lo que pretendía. Tocarme las narices hasta que me rindiera y dijera: «vale, dejaré de beber».

Esperé a que fuera a por todas, pero en lugar de eso, cambió de tema.

—Jagg nos envió hoy a una madre con su hijo. El padre les pegó, les pegó a *los dos*. El tipo salió bajo fianza y Jagg nos los trajo.

Jagg era el apodo que le habíamos puesto a nuestro colega y hermano de armas, Max Jagger, un ex SEAL de la Marina reconvertido en detective de la división estatal de investigaciones criminales. Un buen contacto cuando diriges un negocio de seguridad privada.

Feen continuó: —Voy a hacer que Celeste les prepare identidades falsas, el paquete completo. Estarán con nosotros al menos unos días.

—¿Me los asignas a mí? —Un destello de emoción me hizo enderezar la espalda. Por fin algo que hacer. No se me había escapado que Feen, el CEO no oficial de nuestro negocio familiar, llevaba semanas pasándome trabajillos de relleno.

Feen hizo girar lentamente el vaso sudoroso entre las manos. Se me encogió el estómago mientras escrutaba su rostro, esperando lo que fuera que estuviera a punto de soltarme. Conocía esa mirada. La conocía muy bien.

—Ha pasado un año, hermano —dijo—. Has tenido tiempo de sobra para procesarlo. Ya basta.

—¿Qué es lo que ya basta, exactamente?

—La bebida. Las tías. Todo. Gage, dirigimos una empresa de seguridad privada, por el amor de Dios. Tienes a Celeste echando horas extras para investigar a cada mujer que metes por la puerta de atrás...

—La puerta de atrás es la mejor...

—Déjalo ya, Gage, hablo en serio. Y estoy hasta las narices de querer tomarme una copa al final del día y que no quede ni gota de alcohol. Ya basta, Gage.

Me subió el calor al cuello. *Eres demasiado defensivo, Gage, demasiado impulsivo para tu propio bien,* resonaron en mi oído las palabras de mi padre. Puede que papá tuviera razón, y joder, Phoenix también, pero yo decido. Yo tomaba las decisiones en mi vida. Yo decidía mis propias misiones.

Solo para cabrearlo aún más, pedí otra ronda.

—Puede que tenga que dejar el alcohol, Feen, pero tú necesitas relajarte. Quizás unas cuantas noches con unas cuantas mujeres es lo que te hace falta. Unas cuantas a la vez, incluso. ¿Lo has probado alguna vez? Olvídate de la puerta de atrás... —Suzie me sirvió la copa y le di un sorbo—. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con cómo-se-llame? Esa camarera pelirroja de Donny.

—Amber.

—Cómo no.

—Once meses.

Escupí el whisky sobre la mesa, lo que me valió unas cuantas miradas desde el otro lado de la sala. —No me digas que hace tanto que no echas un polvo.

—Cada uno lidia con el estrés a su manera. Además, tú has follado lo suficiente por todos nosotros, Gage.

La ira, la actitud defensiva, lo que fuera, me agarró del cuello. Salté. —Soy el primero en levantarme en el complejo para revisar el perímetro. Borracho o no. Me ocupo de lo mío, Feen. No es que esté por ahí despilfarrando nuestra herencia de mil millones de dólares, aunque ganas no me faltan. ¿Y qué pasa si me gustan el alcohol y las mujeres? —Levanté las palmas abiertas—. Solo intento esparcir

un poco de amor en la deprimente sombra de oscuridad que se cierne sobre este lugar.

—¿Estás escribiendo un poema?

—Que te jodan.

—Vas a esparcir mucho más si no tienes cuidado.

—Siempre tengo cuidado.

—Supongo que es verdad. Celeste ha empezado a reciclar los envoltorios de tus condones.

Resoplé y aparté la mirada.

Feen soltó un suspiro y dio un trago largo; vi cómo se le relajaban los hombros.

—De todos modos, no te voy a asignar a la familia con el padre maltratador. Se la voy a dar a Gunner. Vas a enderezarte antes de que te asigne otro cliente, ¿entendido?

—Eso es una mierda, Feen.

—Escucha, Gage, no tengo ninguna duda de que podrías encargarte de la familia y no tendríamos que preocuparnos por nada. Nos ocupamos de nuestros asuntos, eso es lo que hacemos. Siempre lo hemos hecho. ¿Qué más hacemos? Cantarnos las cuarenta. Cuidarnos entre nosotros. Eso es lo que hacen las familias. Que me aspen si voy a quedarme mirando cómo te ahogas en alcohol por algo que no podemos controlar. Ahí lo tienes, te estoy cantando las cuarenta. Y voy a asegurarme de que esto se arregle.

—Vale. Menos mujeres.

—Menos alcohol, Gage.

—Eso ya es pedir demasiado.

Sonreí intentando aligerar el ambiente. No funcionó.

—Escucha. Yo he sobrellevado la muerte de papá con alcohol. ¿Y tú? Te has convertido en un desastre neurótico y paranoico, ¿lo sabías?

—Alguien tiene que llevar el negocio.

—Te lo he dicho… joder, todos te lo hemos dicho, no tienes que cargar con todo. Tienes tres hermanos, Feen. Podemos repartirnos el trabajo. Que seas el primogénito no quiere decir que tengas que hacerte cargo de todo.

—Bueno, veamos entonces —se burló—, ¿cuál de mis hermanos puede con ello? Veamos cómo hemos cambiado todos desde que recibimos esa llamada…

Levantó un dedo.

—¿Tú? Eres un borracho mujeriego. ¿Ax? El tío prácticamente ha desaparecido. Se ha convertido en un maldito ermitaño. ¿Y Gunner? Esa bola de rabia contenida se pasa el día en el campo de tiro disparando a dianas.

Todo cierto. Los cuatro habíamos dejado el ejército, la única vida que conocíamos, para recoger los pedazos cuando murió nuestro padre. De la noche a la mañana, teníamos más dinero del que podríamos gastar en diez vidas y nos habíamos convertido en propietarios de una de las principales empresas de seguridad privada del país, con empleados y clientes en todo el mundo. De repente, cuatro tíos capaces de manejar cualquier cosa en el campo de batalla se convirtieron en desastres ambulantes, intentando adaptarse a sus nuevas vidas. Llevar un maldito negocio.

Suspiré.

—¿Y Dallas?

—Ella hace su parte. Lleva las propiedades, gestiona al personal… hace más que su parte. No voy a pedirle que asuma más con el negocio. Ya conocías a papá, siempre la dejó ir a su aire.

—Ella no lo querría de otra forma.

Feen se rio entre dientes. Dallas, nuestra obstinada madrastra de voluntad férrea desde hacía quince años, antes esposa de un multimillonario, ahora viuda afligida, saliendo adelante como podía, igual que todos nosotros.

Suzie volvió a pasar. La observé con frialdad. Ya no me interesaba el agujero de su camiseta. Feen era el mayor aguafiestas del mundo.

Noté que mi hermano me observaba a mí y luego a ella. Cuando se fue, se inclinó hacia mí.

—Siempre vas detrás de la damisela en apuros, Gage.

—¿Qué tiene eso…

Señalé con la cabeza las cumbres que asomaban bajo la camiseta de Suzie.

—…de damisela en apuros?

—Me refiero a que siempre vas detrás de las tías que necesitan algo, que buscan a alguien, o a alguien que las cuide. Necesitas conocer a alguien que te suponga un reto. Alguien que tenga su propia vida, sus propios intereses.

Observé a nuestra camarera, que contaba sus propinas antes de metérselas en el bolsillo roto.

En cuanto se corrió la voz de que habíamos heredado el dinero de nuestro padre, conseguir mujeres se volvió tan fácil como respirar. No es que antes fuera difícil, pero, de la noche a la mañana, los hermanos Steele nos convertimos en lo más codiciado que había llegado al Sur desde el té dulce y la laca.

Una vez más, Feen tenía razón, pero no quería oírlo. La verdad era que nunca había encontrado a una mujer que realmente me supusiera un reto. No es fácil retarme. Soy exigente, brusco, egocéntrico e impaciente. Joder, me odio a mí mismo el noventa por ciento del tiempo.

—Eres igual que papá —dijo Feen, sacándome de mi autodesprecio—. Se casó con mamá cuando estaba enferma. La cuidó hasta el día en que murió.

Se me hizo un nudo en la garganta. Mamá murió cuando yo era pequeño, pero aun así, mis recuerdos de ella eran tan vívidos que, a veces, sentía que podía alargar la mano y tocarla. Abrazarla, pedirle que cuidara de mí.

Que me cambiara.

—En fin —dije, cambiando rápidamente de tema—. Lo que digo es que… podrías llevar todo mejor si intentaras relajarte. Tómate un descanso o algo.

—Vale. Intentaré relajarme, siempre y cuando tú le des menos al frasco…

—A mí me gustaría darle a esa botella.

Reconocí la voz a nuestras espaldas de inmediato, porque sonaba exactamente igual que la mía. Feen y yo nos giramos y vimos a mi hermano gemelo, Ax, que cruzaba el bar con la mirada fija en el entretenimiento principal —los pechos de Suzie— mientras soltaba un comentario ingenioso para distraernos del dolor de la noche. Pero

se le notaba en los ojos, igual que a Feen, y a mí también. Había venido al bar para olvidar… y donde iba uno, íbamos todos.

—Perdón por el retraso.

—¿Trabajo?

—Si por trabajo te refieres a estar sentado fuera de la cabaña de Remy hasta que el viejo cabrón se durmió, sí. Trabajo.

Remy Cotter, un teniente coronel retirado de los Marines, estaba convencido de que los fantasmas de sus días en la Tormenta del Desierto habían cruzado el charco para volver a matarlo. Cortarle el cuello, para ser exactos. Así que nos llamó una noche y en seis horas había arrastrado al complejo cuatro cajas de sardinas en lata, tres cajas de cerveza Busch y tres bolsas de plástico llenas de pastillas. Diez minutos después, habíamos llamado al psiquiatra local, el doctor Murray, quien, para sorpresa de nadie, diagnosticó a Remy con un caso leve de esquizofrenia. Las pastillas acabaron en el váter y se trajeron dos botes nuevos. Según el doctor, Remy debería estar bien en una semana. Axel se quedó con el caso, sin saber que parte del trabajo consistiría en hacer de niñera cada noche hasta que Remy se durmiera.

No todos los trabajos eran glamurosos: hijas de senadores, famosos o escoltas presidenciales. Ayudábamos a los nuestros; siempre lo habíamos hecho.

—¿Dónde está Gunner?

—Se reunió con la familia que acabamos de aceptar. Ya están instalados. Estaba en la ducha cuando me fui.

Gunner, unos años mayor que Ax y yo, y segundo en la línea de sucesión del trono Steele, era quien peor había encajado la pérdida. Se había comprado un arsenal nuevo de armas y había añadido una hora más a sus dos horas diarias de ejercicio. Trabajaba día y noche para olvidar, y el tiempo que le quedaba lo pasaba en el campo de tiro destrozando dianas.

Ax, en cambio, desaparecía sin previo aviso durante horas, a veces días enteros, en el bosque. Una garrafa de agua, unas cuantas raciones de combate, una lata de repelente, un cuchillo KA-BAR y una mirada que decía que estaba a punto de pelearse con un oso pardo. Yo siempre apostaba por Ax.

Cada uno sobrellevaba la muerte de nuestro padre a su manera, y yo no podía evitar preguntarme cuándo desaparecería el dolor, si es que desaparecía alguna vez.

Ax echó un vistazo al bar abarrotado mientras Willie Nelson empezaba a cantar sobre Pancho y Lefty.

—Mucha gente esta noche.

Paseamos la mirada por las risas, las jarras vacías, los vaqueros y vaqueras despreocupados que descargaban tensión tras un duro día de trabajo. Los observamos como tres cuerdas tensadas al máximo, cada uno de nosotros a punto de reventar.

Y en ese momento, algo se retorció en mis entrañas: el presentimiento de que esa noche iba a pasar algo.

4

NIKI

La oscuridad me tragó cuando una nube cubrió la luna llena, arrebatándome la vista. No me detuve.

No podía detenerme.

Rocas, palos y Dios sabe qué más se me clavaban en las plantas de los pies mientras corría a toda velocidad por el terreno pedregoso. *Pum, pum, pum* contra las hojas muertas y las agujas de pino que alfombraban el suelo del bosque. Sin poder ver, me concentré en los sonidos a mi alrededor, pero hasta eso quedaba ahogado por el latido de la sangre en mis oídos.

El bosque de noche. Mágico, seductor, inmóvil. Pero no aquella noche. Aquella noche era una maldad apenas disimulada, un testigo mudo de mi muerte si me atrapaban. Aquella noche, el bosque era mi escapatoria, mi refugio, mi única oportunidad de sobrevivir.

Las nubes se movieron y un resplandor plateado bañó las montañas. Sombras alargadas danzaban como fantasmas sobre el suelo del bosque. Parpadeé para ajustar la vista y me impulsé por encima de una roca. Mi cuerpo se desplomó al otro lado; el golpe contra la tierra fría y húmeda me vació los pulmones.

Me quedé paralizada.

¿Me había visto? ¿Me había oído?

Contuve la respiración y me aplasté contra la tierra; el corazón me latía en un staccato atronador. Fijé la mirada en la luna sobre mí, un foco decidido a delatar mi posición. Las ramas casi desnudas la atravesaban como cuchilladas, crujiendo con una brisa que yo no sentía.

Nunca el otoño en las montañas me había parecido tan inquietante.

Clic.

Se me abrieron los ojos de par en par, aterrorizada. Contuve el aliento, deseando fundirme con el entorno. Pero sabía que no podía quedarme allí. Si me quedaba, moría, y esa simple verdad me hizo apretar los dientes, obligarme a levantarme y echar a correr de nuevo, lanzarme a esprintar otra vez.

Las ramas me cortaban la piel mientras corría a ciegas por el bosque negro como boca de lobo, con apenas destellos de luz para guiarme. No tenía ni idea de dónde estaba ni adónde iba. Solo sabía que seguir adelante era mi única opción para conservar la vida que él tanto ansiaba arrebatarme. Devastar, controlar, usar y luego desechar. Como si eso fuera todo lo que yo valía. Como si los treinta y tres años que llevaba en este planeta no valieran nada. Como si toda mi vida hubiera desembocado en ese momento. En *él.* En una vida que los últimos treinta minutos habían reescrito con la fría y brutal caligrafía de la agresión sexual.

Mientras corría por el bosque, los flashbacks me atormentaban como una película de terror que parpadeaba ante mis ojos. Los gritos, el dolor, la sangre: su sangre.

En el instante en que me inmovilizaron contra el suelo húmedo y mohoso, me juré que no iba a ser una víctima. No iba a dejar que esos cabrones me arrebataran nada. Lucharía hasta la muerte si hacía falta.

Los dos llevaban pasamontañas, de esos de punto con solo aberturas para los ojos y la boca. Me habían sacado de la carretera de un volantazo y habían saltado del coche con las armas en alto. Me di cuenta al instante de que iban ciegos. Colocados de alcohol, drogas, lo que fuera. Intenté acelerar, pero solo conseguí hundir las ruedas aún más en la zanja embarrada. Con el acero frío de una

pistola apuntándome entre los ojos, les ofrecí desesperada el bolso, la cartera e incluso el Jeep nuevo. Sin éxito. Entonces supe que los billetes y las tarjetas de crédito no eran lo que querían. No, mis atacantes querían algo mucho más sagrado. Mucho más valioso.

«Nunca salgas del coche»... la advertencia de sentido común me resonaba en la cabeza mientras me gritaban.

Me arrastraron del pelo. Sabía que gritar no serviría de nada, pero lo intenté de todos modos, desesperada por dejarles claro que no me rendiría sin pelear. Grité tan fuerte que pensé que se me iban a reventar las cuerdas vocales.

Me revolví en el suelo mientras me arrancaban la ropa: patadas, puñetazos, arañazos. La saliva del gordo me goteaba en la cara mientras jadeaba como un perro en celo. Apestaba a sudor rancio, colonia barata y alcohol barato. Seguí luchando, pero dos hombres adultos borrachos, cachondos y con subidones de adrenalina eran difíciles de combatir.

El flaco que me había golpeado se había apartado en ese momento, mirando cómo se desarrollaba todo.

A la espera de su turno.

Por alguna razón, lo odiaba más que al gordo cabrón que tenía encima. El flaco se había quedado inquietantemente sereno. *Sabía* lo que hacía.

Incluso con un cuchillo en el cuello, seguí forcejeando con el que tenía encima, hasta que otro golpe en la cara me cegó. Estaba aturdida, perdiendo y recuperando la consciencia mientras el bosque oscuro a mi alrededor se sumía en un silencio inquietante.

Esa fue mi primera punzada real de miedo, el instinto avisándome de que estaba en serios apuros.

Recuerdo una hoja de un rojo brillante que caía del árbol sobre mí. Me quedé fija en ella, como hipnotizada, mientras él empezaba a bajarme los pantalones cortos.

Lentamente, mecida por la brisa, la hoja flotaba por el aire, reluciendo a la luz de la luna. Tan suave, tan delicada, de un hermoso rojo fuego que marcaba su momento de máximo esplendor antes de caer al suelo para marchitarse y morir.

Yo era esa hoja.

Nunca olvidaré el momento en que el aire fresco del otoño me acarició la piel desnuda. La vulnerabilidad que trajo consigo.

El odio. Dios mío, el odio hacia aquellos hombres.

Fue ese odio el que me salvó la vida.

En el momento en que el gordo se agachó para desabrocharse los vaqueros, aproveché la oportunidad. Le di un rodillazo en los huevos y le arranqué el cuchillo de la mano; me destrocé la mía en el proceso. Con un grito gutural, le clavé la hoja en el cuello.

El mundo se detuvo.

Se le congelaron los ojos de la impresión cuando el cuchillo entró. Su mirada se clavó en la mía, incrédulo de que lo hubiera hecho de verdad. Luego se le vidriaron mientras se quedaba inerte y se desplomaba encima de mí, medio cuerpo sobre el mío, la otra mitad junto a la camiseta y el sujetador que me habían arrancado. Junto a lo que sería el momento que cambiaría mi vida para siempre.

El momento en que yo, Niki Avery, maté a un hombre.

El flaco se dio la vuelta y echó a correr hacia su camioneta. Como el desgraciado que era, iba a largarse; eso fue lo que pensé, al menos.

No aparté de inmediato el cuerpo de mi atacante para levantarme de un salto. En cambio, me quedé allí tumbada, en shock. Con el pecho agitado, miré al cielo mientras los últimos segundos se asentaban a mi alrededor y el dulce aroma metálico de la sangre impregnaba el aire. No quería mirar a un lado; no quería verlo.

Pero entonces el dolor empezó a recorrerme el cuerpo en oleadas. Empecé a notar la sangre en la boca, los bultos en la cara empezaron a palpitar. Los brazos y la espalda me ardían como si mil pedazos de cristal me los hubieran destrozado. Levanté primero la cabeza y los ojos se me fueron a la hoja roja que había caído sobre el estómago.

Ganamos, pensé. *Lo conseguimos. Ganamos.*

Me quité de encima al hombre muerto, luego arranqué la hoja que tenía pegada al vientre y agarré mi ropa, ahora empapada en sangre. Los faros de mi Jeep iluminaban de forma grotesca al

hombre que acababa de matar, con la cabeza rodeada por un charco de sangre que crecía sin parar. Tenía los ojos abiertos y me miraba fijamente; el blanco de los ojos se reflejaba en el haz de luz.

Mientras me ponía la camiseta, supe que esa imagen me perseguiría el resto de mi vida.

Un movimiento me llamó la atención y me sacó de mi extraño aturdimiento. El flaco no se había ido. Estaba de pie detrás de mí, tranquilo, aterrador, con una pistola apuntándome directamente a la cara.

Corre.

Le lancé piedras a la cara y, como una bala de cañón disparada de un cohete, me lancé por encima del cadáver. Mientras luchaba por subirme los pantalones cortos, tropecé hacia el bosque; el miedo helado me disparó el pulso. Quizá fue el bajón de adrenalina o la conmoción emocional de haber quitado una vida, pero la luchadora de jaula que había en mí había desaparecido. Tenía miedo.

Los disparos resonaban a mi alrededor. Oía sus pasos detrás de mí, persiguiéndome.

Apreté el paso, más fuerte, más rápido, jadeando mientras sorteaba el terreno irregular y me adentraba más en las montañas.

Seguí corriendo, cambiando de dirección, zigzagueando entre los árboles como una gacela que intenta despistar al león que la persigue. Cambié de dirección, incluso retrocedí unas cuantas veces. Seguí corriendo, incluso cuando los pesados pasos detrás de mí se desvanecieron.

Aquello duró horas —*horas*— hasta que por fin me permití parar. Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba perdida, muy perdida, en algún punto remoto de las vastas montañas de Berry Springs.

5

GAGE

No sé cuánto tiempo estuve allí sentado fingiendo prestar atención mientras Feen y Ax hablaban de trabajo, pero después de lo que parecieron horas, decidí que necesitaba un poco de aire. Al alejarme del taburete, mi mirada se desvió hacia el trío de Stetsons, luego hacia la rápida mirada de reojo que Suzie me lanzó, una fracción de segundo antes de que uno de los vaqueros se inclinara hacia delante y le agarrara el pecho.

«Vi rojo» es una expresión que había escuchado algunas veces, pero no encaja. No para mí, al menos. Para mí es más bien un destello, una rabia ciega que se apodera de mí, difuminando a todos y todo lo que se interpone entre yo y mi objetivo.

Me lancé hacia delante con visión de túnel. El mundo a mi alrededor enmudeció. Agarré el antebrazo del hombre, lo retorcí con una mano y, con la otra, le estampé la cara contra la barra de madera. El crujido de su nariz al romperse retumbó en las paredes.

Los siguientes segundos fueron como la mayoría de las peleas de bar en las que había estado: caos instantáneo. Menos mal que el caos era mi elemento. Los vaqueros se levantaron de un salto y sus bebidas se estrellaron contra el suelo mientras los taburetes salían volando hacia atrás. Estallaron gritos. El más grande clavó sus ojos en mí. Una sonrisa cruzó mi rostro mientras soltaba a su amigo,

antes obsesionado con el pezón de Suzie, ahora obsesionado con la sangre que brotaba de su nariz.

Sentí ese cosquilleo en las pelotas, esa descarga de emoción que tanto ansiaba cada día. Simplemente no esperaba encontrarla en forma de unos cuantos borrachos en un bar local. Pero daba igual, allí estábamos, y yo estaba listo.

Esquivé un golpe por apenas dos centímetros y me lancé contra él. Chocamos contra la esquina de una mesa, que volcamos junto con las bebidas sobre nosotros. La mesa me inmovilizó el lado derecho, lo que permitió a mi oponente darme un codazo en las costillas. La punzada de dolor hizo que mi adrenalina se disparara y respondí con un gancho al mentón. Forcejeamos para salir de debajo de la mesa y, esquivando otro codazo, me puse de pie de un salto.

Con el pecho agitado, bajé la mirada hacia mi oponente, esperando a que se levantara para pelear conmigo como un hombre. Patear a un hombre en el suelo era de cobardes, y si había algo que los hermanos Steele no eran, era cobardes.

Efectivamente, el vaquero se levantó de un salto, con sangre corriéndole por la barbilla desde donde le había arrancado un diente.

Alguien chocó conmigo una vez, y otra vez, y me di cuenta de que se había desatado el infierno en el bar. Una buena pelea de bar sureña. Menuda forma de rematar la noche.

El vaquero se lanzó hacia delante, embistiéndome con todo su peso. Me rodeó el cuello con el brazo e intentó tirarme al suelo, donde creía tener ventaja. Decidí entonces que aquello se había acabado.

Mientras se echaba hacia atrás para otro golpe, le di un cabezazo en plena nariz.

El vaquero se quedó rígido como una tabla y cayó hacia delante.

Mientras la cabeza de mi indigno oponente rebotaba contra el suelo de madera, el caos a mi alrededor empezó a cobrar forma. Un cuerpo voló junto a mí, seguido de Feen, que se lanzó sobre su oponente —que bien podría haber sido un muñeco de trapo a esas alturas— y continuó su pelea a puñetazos con el otro vaquero. ¿Y Ax? Tenía al otro, el señor Manoslargas, inmovilizado en el suelo,

golpeándolo una y otra vez, recordándole que nunca, nunca tocara a otra mujer sin su consentimiento.

Justo entonces…

Clic.

Me quedé helado cuando el sonido, demasiado familiar, llegó a mis oídos entre los gritos y alaridos. Nadie más lo oyó. Yo sí porque estaba entrenado para ello. Conocía muy bien el sonido de una bala deslizándose en una recámara. También era muy consciente de que estaba a cinco centímetros de mi nuca.

Levanté las manos, me di la vuelta y me encontré mirando fijamente el cañón de una Smith & Wesson apuntando directamente a mi frente.

No era la primera vez que tenía un arma en la cara, pero sí la primera por parte de un yonqui colocado que había decidido demostrarles a sus colegas quién mandaba. Las drogas llevaban las peleas de bar a otro nivel. Era una pelea totalmente diferente.

Con las pupilas dilatadas como platillos, el yonqui se lamía los labios sin parar mientras su dedo se tensaba en el gatillo.

Me apoyé sobre las puntas de los pies, listo para atacar.

Resultó que no hizo falta.

Gunner, con el pelo todavía empapado de la ducha, voló por el aire como un leopardo atacando a su presa y embistió al yonqui. Los dos cayeron al suelo mientras el arma salía volando.

La atrapé por la empuñadura.

El bar quedó en silencio entonces, un silencio tan inquietante que se habría oído caer un alfiler. Las armas solían tener ese efecto en la gente. Todos estaban en el suelo, todos excepto cuatro exmarines.

Sentí a mis hermanos colocarse detrás de mí, sentí el muro de intimidación y puro terror que representaban a mi espalda. Los ojos se volvieron hacia nosotros, abiertos, asustados. Conmocionados.

Me acerqué a mi hermano —el hombre que acababa de salvarme la vida— y al que estaba a punto de perderla.

Mientras Gunner le rodeaba el cuello con las manos al yonqui, me agaché y susurré:

—La próxima vez, apunta al corazón.

6

GAGE

El aire fresco y cortante me azotaba mientras volaba por el camino de tierra en mi Harley. La chaqueta de cuero me aleteaba a los costados mientras echaba un vistazo a la fila de motos detrás de mí, a la tormenta de polvo que giraba bajo la luna llena antes de desvanecerse en las oscuras montañas que nos rodeaban. Feen, luego Ax, luego Gunner, todos en sus motos negras. Todos aún eufóricos por la pelea del bar —y por los tres chupitos gratis después, cortesía de Suzie— y todos listos para llegar a casa y dar la noche por terminada.

La posición de la luna me recordó que ni siquiera era medianoche, y empecé a contar cuántas copas más necesitaría para dormirme. Lo que, para mi sorpresa, vino acompañado de una punzada de culpa cuando las palabras de Feen resonaron en mi cabeza.

—Menos alcohol, Gage.

Subí la música para acallar mis pensamientos. Quería olvidar, no preocuparme por nada más. No esa noche.

Respiré hondo, intentando calmar el torbellino de mi cabeza.

Era otoño en las montañas Ozark y, incluso bajo el tenue resplandor de la luna, los rojos, amarillos y naranjas vívidos destacaban contra las montañas oscuras. Era mi estación favorita. La

naturaleza formaba parte de nuestra familia tanto como el latido de nuestros corazones. Hielo, viento, lluvia o calor abrasador, estábamos ahí fuera, disfrutando cada segundo. Pero esta estación se sentía diferente.

Se cumplía un año exacto desde que recibimos la llamada: papá había muerto de un infarto masivo de camino al trabajo.

Esa misma tarde, mis hermanos y yo cogimos los primeros vuelos a casa.

Parecía que había sido ayer.

Respiré hondo otra vez y sacudí la cabeza, forzando a los recuerdos, las teorías conspirativas, los flashbacks a disiparse mientras el complejo —ahora *nuestro* complejo— aparecía ante mí. Una mansión de troncos de tres pisos y setecientos cincuenta metros cuadrados enclavada entre imponentes robles y pinos en la cima de una de las montañas más altas de la zona, centelleante de luces.

Steele Shadows Security la fundó nuestro padre seis años antes de morir. Un plan de jubilación, lo llamaba él. Algo que hacer cuando se jubilara de la NSA, la Agencia de Seguridad Nacional. Nuestro padre, Duke Steele, sirvió orgullosamente a su país trabajando quince horas al día durante toda su vida. Y había valido la pena. Había ascendido hasta llegar a director ejecutivo de la organización.

Duke era un líder sin rodeos, de los que dicen las cosas como son. Cumplía con el trabajo. Siempre lo había hecho. Era un buen hombre. Y mejor padre aún.

Mientras subía por el camino pavimentado bordeado de farolas antiguas, contemplé la enorme estructura en la cima de la colina. La joya de la corona del complejo era la casa principal, que incluía gimnasio, cancha de baloncesto, piscina cubierta y al aire libre, sala de cine y tres ascensores. Fuera de la casa había un campo de tiro al aire libre, otro cubierto, un complejo deportivo con rings de boxeo, varias instalaciones de almacenamiento, establos y, quizás lo más importante, tres cabañas para alojar a clientes que necesitaban protección extra. Papá venía de familia con dinero —mucho dinero— y luego amasó su propia fortuna a lo largo de su carrera. Solo después de su muerte me di cuenta de cuánto dinero teníamos. Y lo

más irónico era que habría dado hasta el último céntimo —cada uno de ellos— solo por pasar otro día con él.

Como en una escuela para chicos descarriados, mis hermanos y yo vivíamos en la casa principal, cada uno con su propia ala. ¿Por qué? Porque ninguno tenía familia propia de la que ocuparse, y también porque nuestra madrastra nos necesitaba.

Aparqué en mi plaza del garaje de seis plazas mientras los chicos aparcaban a mi lado como un trueno rugiente en la noche. Algo maltrechos, con ojos hinchados y labios partidos, entramos en la casa al son de la melodía grave de un piano. Una melodía inquietante del color del humo negro.

—Maldita sea —murmuró Feen entre dientes mientras sacudía la cabeza.

—¿Cómo estaba cuando te fuiste? —pregunté.

—Bien.

—Bien, ¿en plan...?

—Bien en plan sentada en la terraza con una botella de vino.

—¿Fuiste a verla? —Saqué una cerveza de la nevera sin poder ocultar mi tono acusatorio.

—No —entrecerró los ojos y me miró de arriba abajo—. Igual que tú tampoco.

—Pásame una Shiner, ¿quieres? —Ax señaló la nevera con la cabeza. Le lancé una mientras continuaba—: Estaba llorando.

—¿Llorando?

—Sí, el derramamiento de lágrimas en respuesta a un estado emocional.

—¿Y cómo lo sabes?

—Por la caja de pañuelos junto al vino. Toma —Ax le lanzó su cerveza a Gunner y yo le lancé otra.

Destapamos las cervezas y bebimos mientras mirábamos desde el umbral arqueado de la cocina hacia la entrada principal, decidiendo cómo abordar a una mujer destrozada por la muerte de su marido. Mis hermanos y yo nos enorgullecíamos de poder enfrentarnos a cualquier situación, excepto a una mujer llorando. En el pueblo nos conocían como cuatro testarudos, insensibles, bastardos sin corazón. Y teníamos que serlo. Éramos armas

entrenadas, no cuidadores. Nos habían entrenado para no mostrar nunca emociones, para aguantar y seguir adelante. Cuidábamos de los nuestros dispuestos a sacrificar nuestras vidas para salvar las suyas. No acariciándoles el pelo ni dejándoles llorar en nuestro hombro.

Así que ahí estábamos, plantados en la cocina como un puñado de idiotas intentando averiguar cómo consolar a Dallas Steele, o quizás deseando que lo hiciera otro.

Como si me leyera el pensamiento, Ax ladeó la cabeza.

—¿Dónde está Celeste?

Gunner asintió con entusiasmo: *Sí, que se encargue ella.*

Me encogí de hombros.

—Ni idea. Llevo aquí el mismo tiempo que tú.

Ax puso los ojos en blanco y le dio un trago a su cerveza.

Bueno... *mierda.*

7

GAGE

—Vamos, chicos.

Quizás fue por la advertencia de Feen, pero encabecé la marcha hacia el vestíbulo donde, en el rincón más alejado, bajo la sombra de la gran escalera doble, estaba Dallas con los ojos cerrados, las yemas de los dedos volando sobre las teclas del piano, tan blancas como el vestido de seda que cubría su pálida piel. Como si nos hubiera percibido, abrió lentamente los ojos azules, enrojecidos y enmarcados por oscuras ojeras. Llevaba el largo cabello rubio recogido en una coleta despeinada, con mechones sueltos cayendo sobre los delgados hombros.

Dallas Steele tenía cuarenta y siete años, pero aparentaba la mitad. Una belleza atemporal y deslumbrante. Pero no fue por eso por lo que papá se enamoró de ella. Dallas era una niña prodigio, pianista de formación clásica a los doce años y talentosa pintora, graduada en Harvard con una doble titulación en informática y ciencias políticas. Aun así, eso no fue lo que cerró el trato con papá. Lo que lo conquistó fue su habilidad para dar en el blanco a cincuenta metros. Bueno, eso y el hecho de que tenía casi tanto dinero como él, así que no tenía que preocuparse de que se lo quitara. Dallas era una mujer sureña segura de sí misma que nunca salía de casa sin las uñas pintadas y el pelo rizado. Era todo un

carácter, y había sido tan buena madre sustituta como cualquiera podría pedir.

Sus ojos se encontraron con los míos y la casa quedó en silencio.

El rostro se le torció en una mueca de disgusto, o al menos tanto como le permitía el bótox.

—¿Qué demonios os ha pasado, chicos? —(Añadid «intuitiva» a la lista). Dallas se apartó del piano y cruzó el vestíbulo; en sus ojos, el dolor dio paso a la preocupación.

Ax levantó la cerveza.

—Gage aquí presente no sabe manejar a sus mujeres.

—Gage aquí presente no tolera que un hombre le falte al respeto a ninguna mujer —lo corregí.

—¿Qué pasó? —cruzó los brazos sobre el pecho, con el tono tan cortante como de costumbre.

—Un tipo se puso demasiado manos largas con la camarera.

Dallas arqueó una ceja perfectamente esculpida mientras se giraba hacia Feen en busca de confirmación. Tras un rápido asentimiento, se volvió hacia mí.

—Bien hecho, entonces. Espero que le hayas dado una lección. Ahora, vamos a ponerte hielo en ese horrible chichón que se te está formando en la mejilla —examinó al resto de sus hijastros con mirada evaluadora—. Todos vosotros, seguidme. Ya.

Nos pusimos en fila, como hacía la mayoría cuando Dallas exigía algo, y volvimos a la cocina. Tras sacar bolsas de hielo, crema antibiótica y vendas que sabía que tiraríamos en cuanto saliera de la habitación, Dallas plantó una botella de whisky sobre la mesa y se puso a curarnos las heridas.

—Aparte de la pelea, ¿cómo estáis, chicos?

«Chicos», así nos llamaba desde que se casó con papá.

Me dejé caer en una silla.

Su pregunta fue recibida con silencio, y el silencio, con ojos entrecerrados y labios fruncidos.

—Sé que vosotros no habláis de vuestros sentimientos, chicos, pero... —soltó un suspiro exasperado—. Ahora solo nos tenemos los unos a los otros, y quiero que sepáis que podéis hablar de las cosas. De lo que sea. Perdisteis a vuestro padre; yo perdí a mi marido.

Estamos juntos en esto. Pasan cosas, la vida pasa, y salimos adelante, y...

—Excepto que no pasaron cosas, Dallas —el tono afilado de Feen le cortó las palabras como un cuchillo.

—Feen, vamos... —murmuró Ax, desesperado por detener la avalancha de teorías conspirativas que seguramente vendría. No era el momento. Joder, nunca lo era.

—¿Vamos qué? —replicó Feen bruscamente—. ¿Que aceptemos que papá fue asesinado?

—Jesús, Phoenix —me levanté, reconociendo el tono, el calor de su voz, alimentado por los tres chupitos de despedida que nos habíamos tomado en el bar de Frank's.

—Dejadlo hablar —exigió Dallas.

—Todos en esta habitación saben que papá no murió de un ataque al corazón —Feen nos fulminó con la mirada uno por uno, retándonos a contradecirlo.

Agarré la botella de whisky y le di tres buenos tragos, luego se la pasé a Ax. Él hizo lo mismo, y Gunner también.

Feen continuó:

—Papá fue *asesinado*. Alguien lo mató.

Con esa voz suya siempre calmada, Dallas respondió fríamente:

—El médico forense dijo que estaba claro que Duke murió de un ataque al corazón. No hubo ninguna duda.

—¡Exactamente! —Feen estampó la cerveza contra la encimera con tanta fuerza que me sorprendió que no se hiciera añicos—. Exactamente. No hubo ni una sola pregunta. Nadie preguntó nada. No hubo investigación, nada.

Se me erizó la piel. Cambié el peso de un pie a otro. Todos habíamos pensado lo mismo y hablado de ello en algunas noches de borrachera. Aparte de eso, lo habíamos barrido debajo de la alfombra junto con el resto de nuestros sentimientos. La historia, tal como la entendíamos, era que papá sufrió un ataque al corazón, se precipitó por un acantilado empinado, y el coche dio doce vueltas de campana antes de incendiarse. El camionero que iba detrás lo sacó de los restos diez minutos después. Papá estaba tan quemado que resultaba irreconocible. El forense detectó inhalación de humo en los

pulmones, lo que significaba que no murió en el acto. Nuestro padre sufrió hasta exhalar su último aliento.

Para mí, la causa de la muerte tenía sentido. A papá le habían diagnosticado fibrilación auricular diez años antes. El día del diagnóstico, cambió sus hábitos alimenticios, cambió su rutina de ejercicios y comenzó un tratamiento farmacéutico agresivo. La voluntad de vivir de los Steele era fuerte. Parecía sano como un roble, pero no hacían falta ni cinco minutos de investigación para saber que esa dolencia a menudo desembocaba en un ataque al corazón. Feen era el único que cuestionaba su muerte. Que la cuestionaba en serio, al menos. Le pregunté por qué después del funeral, y con ojos fríos como el hielo se volvió hacia mí y dijo: «Papá fue asesinado. Lo sé en las tripas». Desde ese día, Feen nunca lo dejó estar. Aquello cambió a nuestro hermano mayor. Lo endureció. La muerte de papá era un fantasma pisándole los talones, sin dejarlo descansar jamás.

Feen ya no era el hermano con el que había crecido. Era un alma torturada, atormentada por las teorías conspirativas que lo devoraban por dentro.

—Tienes que dejarlo correr, Feen —Dallas dio un paso adelante, nunca dispuesta a echarse atrás ante uno de los arrebatos de Phoenix—. Te lo digo, escúchame. Déjalo estar. Ha pasado un año. No es sano para ti, ni para tus hermanos, ni para tu familia. Tienes que dejarlo estar.

Todos nos preparamos para el arrebato que estaba por venir. Con Feen, siempre había que andar con ojo.

Sin embargo, nos miró a todos, uno por uno, y soltó con cara de póquer: —Tenéis razón. Es hora de pasar página. —La falsa rendición quedó interrumpida por una sinfonía de pitidos y alertas.

Todos echamos mano a los móviles, que brillaban con una alerta.

Brecha de seguridad, jardín norte, punto 1734.

Miré a Ax. —¿Crees que Remy anda sonámbulo?

—Fui a verlo antes de salir hacia lo de Frank. Está frito.

—Miremos las cámaras. —Dallas cogió el iPad de la encimera y empezó a navegar por los programas, tecleando códigos de seguridad—. Has dicho punto 1734, ¿no?

Todos asentimos.

Tras unos cuantos clics, giró la pantalla hacia nosotros. Se veía la señal térmica de alguien que se movía de árbol en árbol en la falda de la montaña.

Gunner y Feen echaron mano a sus armas.

Cogí la mía. —Vamos a ver quién es nuestro visitante sorpresa.

8

NIKI

Mis pies se habían entumecido en algún momento después de salir del último barranco por el que había rodado, donde perdí el único zapato que me quedaba. Más nubes habían ido llegando, bloqueando de vez en cuando la poca luz que tenía para orientarme en el bosque interminable que me rodeaba.

Nunca había visto tanta oscuridad. Me detuve para que mi visión se adaptara a aquella negrura absoluta, dejando que mis otros sentidos tomaran el relevo. Olía y escuchaba el bosque a mi alrededor: un ecosistema rebosante de criaturas nocturnas en busca de su próxima presa. Ya no me preocupaba que me cazara un humano, sino qué animal podría estar acechándome.

Sabía qué clase de animales acechaban en estas montañas. Osos, coyotes, pumas, por no hablar de las serpientes y arañas del tamaño de un puño. El turismo era una parte importante de la economía, pero nadie se adentraba tanto en el bosque sin un guía, sobre todo teniendo en cuenta los acantilados escarpados, los riscos y las cuevas profundas que salpicaban la zona.

Era peligroso. Sobre todo para los que iban sin preparación.

Y yo no llevaba nada bien eso de ir sin preparación.

La brisa también había arreciado, calándome hasta los huesos y agitando sin cesar las hojas sobre mi cabeza, un murmullo constante

tan inquietante como el hecho de estar perdida en plena naturaleza sin teléfono, sin sentido de la orientación, sin comida, sin agua, sin protección.

No tenía ni idea de qué hora era. Ni de dónde estaba.

No dejaba de pensar en las cosas que había dejado en mi Jeep, preguntándome si mi atacante se las habría llevado, como si eso fuera lo importante en ese momento. Pero sí lo era, para mí. Era como si las violaciones no pararan. Mi cuerpo, ahora mis cosas. Estaba mi teléfono nuevo, lo cual era aterrador teniendo en cuenta la información que podría sacar si conseguía saltarse el código de acceso. Y luego estaba el Louis Vuitton flamante que me había comprado hacía apenas dos meses. El bolso que me hacía sonreír cada vez que me lo colgaba del hombro. El bolso que, para mí, era un símbolo de mi esfuerzo y mi independencia... una cosa material estúpida, pero exactamente el tipo de cosas que no tuve de pequeña. Para mí, ese bolso significaba mucho más que dinero. Y él también me lo había quitado. Seguramente lo vendería por veinte dólares.

También seguía pensando en mi trabajo. ¿Me despedirían cuando se enteraran de que había matado a un hombre? Solo pensarlo me revolvía las tripas. Mi trabajo era lo único que amaba, lo único en lo que era buena. Era mi vida, mi marido, mis hijos, mis mascotas, todo concentrado en un horario de ocho a cinco. Era adicta al trabajo porque amaba lo que hacía. No podía perder eso también.

Me preguntaba si alguien me habría enviado un mensaje sin saber que mi vida se había puesto patas arriba, sin saber que estaba perdida en medio de la nada.

A medida que pasaban las horas, seguía esperando dar con un claro. Una granja quizás, que me llevara a una carretera por la que pudiera caminar hasta encontrar algún rastro de civilización. Nada.

Tenía hambre, estaba mareada, y con cada minuto que pasaba nuevos dolores se apoderaban de mí, absorbiendo las últimas gotas de energía que me quedaban. La hinchazón bajo el ojo derecho también había empeorado. Lo sabía porque podía ver el bulto con el rabillo del ojo. La camiseta apenas se sostenía, desgarrada tanto por el ataque como por correr entre los árboles. Los pantalones cortos

elásticos de yoga estaban manchados de barro y agua de tantas caídas. Las últimas veces, ni siquiera intenté frenarme. Dejé que mi cuerpo se desplomara como un peso muerto de doscientos kilos.

Buscar un sitio donde dormir no era una opción. No solo porque mi cerebro seguía a mil por hora con la adrenalina —aunque estaba físicamente agotada—, sino también porque sería como rendirme. Tirar la toalla.

No iba a rendirme.

Así que seguí adelante, adentrándome cada vez más en las montañas, impulsada únicamente por pura determinación.

Había estado subiendo —lo atestiguaban mis cuádriceps en llamas— y decidí que eso era buena señal. Quizá si llegaba a la cima de una montaña, encontraría una carretera, una casa, algo que me guiara a casa.

Casa. Un lugar que sabía que nunca volvería a ser el mismo. La última vez que estuve en casa, salía por la puerta para asistir a un retiro de yoga en el lujoso Shadow Creek Resort. Un retiro de fin de semana para despejar mente, cuerpo y alma. La última vez que estuve en casa, había salido de mi pequeña cabaña, había aspirado el aire fresco de dieciocho grados y había pensado: *quizá vuelva a casa por la ruta panorámica después del yoga esta noche. Para disfrutar de la hermosa velada.* Esa pequeña y simple decisión había cambiado mi vida.

La última vez que estuve en casa, no sabía que cuatro horas después iba a matar a un hombre.

Seguí subiendo hasta que por fin —por fin— llegué a un pequeño claro en la cima de la montaña que llevaba la última hora escalando.

Se me cortó la respiración cuando divisé luces brillantes en la cima de la siguiente montaña, frente a mí. Un gran grupo de luces que señalaban algún tipo de edificio enorme. Más allá, grupos más pequeños de luces titilantes, quizá edificios menores, salpicaban la zona densamente arbolada. Bajo la estructura principal, una hilera de farolas descendía por la ladera como un faro que iluminara mi camino. No pensé, no dudé, y eché a correr montaña abajo con una oleada de energía renovada. No sabía nada del lugar al que me

dirigía. Me daba igual. Era mi salvación. La forma de poner fin a aquella noche espantosa.

Un valle rocoso marcaba el final de una montaña y el comienzo de la siguiente. La luna había decidido honrarme con su presencia, y sus rayos se mecían entre los árboles como olas plateadas. La montaña era empinada, y la subida iba a ser infernal. Me fijé en que la maleza parecía podada, y toda la ladera parecía ajardinada. Aquello me desconcertó, porque era imposible que quien fuera el dueño del castillo en la cima fuera también dueño de toda la montaña... ¿no?

¿Quién tenía tanto dinero?

Y si lo tenía, ¿por qué allí, en medio de la nada?

Las piernas me pesaban como si fueran de plomo cuando di el primer paso cuesta arriba, y luego el siguiente. Acababa de cruzar a la montaña cuidada cuando me quedé paralizada, sintiendo un escalofrío de miedo en la nuca.

Estaba segura de que no estaba sola.

El pulso se me aceleró mientras mis ojos recorrían el suelo de tierra bañado por la luna, deseando con todas mis fuerzas fundirme con el entorno. Mis sentidos se agudizaron, atentos al suave susurro del aire entre los árboles, a la quietud de la noche.

La quietud de lo que fuera que me acechaba.

Un búho ululó a lo lejos y, como una alarma, me arrancó del miedo y me lanzó a la acción. Giré sobre mis talones y eché a correr; las ramitas y las agujas de pino crujían bajo mis pies.

De la nada, unos pasos pesados resonaron detrás de mí, y pensé: *por fin me ha atrapado. Se acabó.*

En un instante, los pasos cesaron, el aire se rasgó a mi espalda seguido de un zumbido de movimiento cuando el cuerpo de alguien se estrelló contra el mío con la fuerza de una ola de seis metros. El aire salió expulsado de mis pulmones con un gruñido. Las piernas me fallaron mientras unos brazos me rodeaban el cuerpo y rodamos por el suelo, dando vueltas y más vueltas entre la maleza. Con cada roca contra la que me golpeaba, se me escapaba un gemido, un jadeo.

Al fin nos detuvimos y mi atacante se sentó a horcajadas sobre mí. Supe de inmediato que no era el mismo de antes. Este era más grande. Más pesado. Mucho más grande.

Tenía los brazos inmovilizados por las muñecas sobre la cabeza, las piernas atrapadas bajo las suyas. Todo mi cuerpo estaba aplastado.

La luz de la luna le cortaba el rostro como pintura de guerra plateada, reflejándose en unos ojos gris azulados, penetrantes, como el preludio de una tormenta a punto de desatar el infierno sobre todos los que se cruzaran en su camino. Una tormenta que iba a salvarme o a destruir lo que quedaba de mí.

9

NIKI

Con el pecho agitado, clavé la mirada en un hombre envuelto en sombras, de expresión pétrea, que ni siquiera respiraba con dificultad. Habría sido una estatua de no ser por el cálido aliento que escapaba de sus labios. Entornaba los ojos, intentando verme a través de la oscuridad, igual que yo a él.

Me apretó las muñecas con más fuerza.

—Suéltame —grité, rompiendo el silencio mientras me retorcía bajo su agarre. Fue inútil. Estaba atrapada una vez más. Al darme cuenta, el pánico se apoderó de mí y la familiar descarga de adrenalina volvió a recorrer mis venas—. Te mataré... —fruncí el ceño y lo decía en serio—. Suéltame. Te mataré...

—Para —ordenó aquella voz profunda, que retumbó en la noche silenciosa.

Y, para mi sorpresa, obedecí.

Me quedé inmóvil mientras el hombre me evaluaba como un tigre a punto de atacar a su presa. ¿Hacerla esperar, convertirlo en un juego, o ir directo a la yugular? Aún no podía verle bien la cara ni descifrar sus intenciones, y sabía que a él le pasaba lo mismo conmigo. Decidí que eso jugaba a mi favor.

—Apártate de mí. Te mataré... —mi voz sonaba vergonzosamente débil y nada intimidante mientras repetía la única amenaza que

parecía estar a la altura del momento. Demonios, casi parecía una pregunta. Como si preguntara: ¿acaso puedo matarte?

Arqueó una ceja y una leve sonrisa le curvó los labios, disipando una pizca de mi pánico. Ahora sé que esa fue la primera señal de la actitud implacable que estaba por venir.

—Por favor, hazlo —su voz era profunda y amenazante; me inmovilizaba no solo con su cuerpo, sino también con su mirada—. Sácame de mi maldita miseria, cariño.

Parpadeé, desconcertada por su respuesta.

Me soltó las muñecas y, aunque seguía a horcajadas sobre mí, se incorporó. Su pecho y sus hombros enormes se adivinaban bajo la chaqueta de cuero negro que llevaba como una segunda piel. Su silueta oscura se cernía sobre mí como un rey contemplando a su sirviente.

Abrió los brazos de par en par, dejando a la vista unos músculos abultados que solo se conseguían con horas de gimnasio. Me miraba desde arriba, una silueta negra, con el corazón y los órganos vitales expuestos ante mí, su ingle presionando contra la mía.

—Adelante —dijo.

—¿Adelante con qué?

—Mátame.

Cualquier posibilidad de elaborar un plan rápido de ataque se esfumó junto con el resto de mis pensamientos. Mantuve los brazos extendidos, como un perro apaleado, demasiado asustada, o quizás demasiado lista para moverme.

Pasó un segundo.

—De acuerdo —dijo por fin—. Ahora que ha quedado claro que ninguno de los dos va a *matar* al otro —recalcó la palabra como si se burlara de mí—, vas a decirme qué haces en mi tierra.

Mi tierra.

—Estoy perdida —mi mirada se desvió hacia el contorno de una pistola en su cadera, bajo la chaqueta de cuero.

—¿Estás sola?

—Sí.

Se movió y su ingle se deslizó contra la mía de un modo que hizo que mi cuerpo respondiera de forma íntima, instintiva. Se puso de

pie lentamente, como un árbol enorme que se desplegara contra la noche, y sacó la pistola del cinturón. La luz de la luna lo iluminó un instante, como un foco.

Se me cayó el alma a los pies.

—Levántate.

El corazón me latía como un martillo neumático, tan fuerte que lo sentía en la garganta. Reuní toda mi energía, mi confianza, mi voluntad de sobrevivir, y me levanté del suelo para quedarme cara a cara con el hombre más guapo que había visto en mi vida.

Era un hombre descomunal que debía de medir bastante más de metro ochenta. Tenía el pelo castaño, espeso y revuelto, y una mandíbula cincelada digna de un superhéroe. Sus ojos, de un azul acerado, eran visibles incluso en la oscuridad de la noche. Del color de una tormenta, un reflejo natural del hombre que tenía delante: fuerte, peligroso y absolutamente impresionante. La chaqueta de cuero de tipo duro era la guinda del pastel, como si este hombre necesitara algo más para intimidar a quien se cruzara en su camino.

Debería haber estado aterrorizada.

… No lo estaba.

Ninguno de los dos dijo nada mientras él bajaba el arma sin apartar la mano del gatillo. Mis ojos recorrieron su rostro y, de algún modo, me sentí arrancada del presente, como si me hubieran arrastrado de la oscuridad a una especie de purgatorio silencioso... *esto tiene que ser un espejismo.*

—¿Cómo te llamas?

—Niki.

—¿Tienes apellido, Niki? —volvió a guardar la pistola en la funda del cinturón.

—Avery.

Algo brilló en sus ojos entornados. ¿Me conocía? ¿Lo conocía yo?

—¿Qué haces tan adentrada en las montañas?

Matando a un hombre.

No respondí, sin saber cómo empezar a contar las últimas horas de mi vida. Eso lo impacientó.

—Escucha, Niki, hay unas cien cosas que preferiría estar haciendo ahora mismo y no estoy de humor para jueguecitos. Así

que te lo voy a preguntar otra vez: ¿qué haces aquí en las montañas?

—Me persiguieron hasta el bosque —no sé por qué no le dije que me habían atacado. Quizás por miedo a parecer débil. Quizás por vergüenza. O tal vez porque no quería revelarle tanto a un hombre del que no sabía nada.

—¿Perseguida hasta el bosque por qué?

—Un hombre.

—No veo a ningún hombre.

—No me crees.

—Por supuesto que no te creo.

—Bueno, pues eso es jodidamente genial —retrocedí un paso, saliendo de las sombras hacia la luz de la luna mientras negaba con la cabeza—. ¿Tienes al menos un móvil que pueda usar? Para llamar a alguien, contarle mi cuento de hadas de mentira y que vengan a buscarme en un reluciente caballo blanco.

Las líneas duras de su rostro se suavizaron mientras me examinaba de arriba abajo, viéndome de verdad por primera vez: desde mis pies descalzos hasta mi camisa rasgada y, finalmente, hasta el bulto en mi mejilla.

Algo centelleó en sus ojos.

—Te han hecho daño —avanzó un paso, despacio.

En cuanto pronunció esas palabras, las lágrimas me escocieron en los ojos. Era una presa que por fin empezaba a resquebrajarse.

—Sí —susurré, conteniendo el temblor de mi voz.

Te han hecho daño. El tipo no tenía ni idea.

Parpadeé y apreté la mandíbula, obligándome a apartar las emociones. Respiré hondo, alcé la barbilla y cuadré los hombros. *«No te desmorones»*, me dije. *«No te desmorones»*.

Su mirada pasó por encima de mi hombro, barrió el bosque, volvió a mí y descendió lentamente por mi cuerpo hasta detenerse en mis pies. Alargó la mano hacia la mía.

Me encogí y la aparté de un tirón.

Sus ojos se abrieron un instante ante mi reacción y volvieron a entornarse—. ¿Te duelen los pies? —más una afirmación sarcástica que una pregunta.

—Están bien.

—¿En serio? Pues entonces olvidémonos de llevarte al coche y vayamos directos al podólogo, porque es el peor caso de gota que he visto en mi vida.

—¿Qué es la gota?

—Ni idea. Algo que te hincha los pies.

Bajé la vista hacia los globos que antes eran mis pies, y las diminutas salchichas en que se habían convertido mis dedos, que apenas veinticuatro horas antes habían sido mimados y pintados de rojo brillante con purpurina. Ahora la piel tenía el mismo color que el esmalte. Tenían un aspecto horrible.

—¿Dónde están tus zapatos?

Señalé hacia atrás con un gesto—. Por ahí, en alguna parte.

—Muy bien —avanzó un paso y, en un solo movimiento, me alzó en brazos sin esfuerzo, sin soltar siquiera un gruñido.

Me revolví entre sus brazos—. ¿Qué te crees que haces?

—Llevarte en brazos.

Empujé contra su pecho—. No. Puedo caminar.

—Escucha —espetó—. La subida por la montaña es empinada, tienes los pies destrozados y, francamente, estoy cansado.

—Si estás cansado, déjame caminar —empezó a subir la montaña a un ritmo que me dejó impresionada y me obligó a aferrarme a su cuello.

—No ese tipo de cansancio. Cansado de discutir.

Decidí cerrar la boca y agarrarme como si me fuera la vida en ello mientras él sorteaba el terreno, conociendo cada roca, cada desnivel, cada árbol, o eso parecía.

Salimos del bosque a un estrecho camino asfaltado que atravesaba la ladera, serpenteando cuesta arriba entre farolas encendidas. Busqué algún cartel de empresa. Sabía que no era un hotel porque conocía todos los de la zona.

Mi mirada se clavó en una silueta oscura más allá de la línea de árboles, a lo lejos, y luego en otra más allá. Dos hombres, observándonos desde las sombras.

El hombre que me llevaba no parecía haberse dado cuenta, o no le importaba. El corazón empezó a latirme más deprisa.

El camino trazó una curva y el mundo se abrió ante la casa más grande que había visto en mi vida. Volví a dudar de mi cordura, pensando que era otro espejismo, como un oasis exuberante en medio del desierto.

Como el hombre que me llevaba en brazos.

Las luces del jardín iluminaban una mansión de troncos con al menos seis tejados a dos aguas que se perdían en el cielo nocturno. Enormes ventanales centelleaban con el reflejo de las luces. Pilares macizos de piedra natural sostenían tres pisos de galerías y balcones que rodeaban la casa. Crisantemos de colores adornaban los escalones que llevaban a una entrada redondeada, de cuyo techo colgaba una lámpara de araña de hierro forjado.

Giré la cabeza al pasar junto a uno de los hombres del bosque, que me evaluaba con mirada oscura; después alcé la vista hacia la mandíbula cincelada y sombreada por una barba de varios días que tenía sobre mí. Él mostraba la misma concentración acerada que el hombre del bosque.

Pisamos el césped delantero, donde las siluetas por fin emergieron de las sombras, una por una, en silencio, apareciendo sigilosamente a la vista. Uno, dos, tres hombres, altos como árboles, anchos como bueyes, formaron un círculo a mi alrededor: uno delante, dos detrás, y el hombre que me había encontrado, cargando conmigo.

Un pequeño ejército rodeando a su cautiva.

10

NIKI

Me guiaron escaleras arriba, cruzando la entrada de piedra cubierta con su lámpara de araña de hierro, y finalmente, atravesando las enormes puertas dobles de la casa.

Me recibió la mirada agresiva de una impresionante mujer mayor, rubia, con ojos fríos como el hielo. La mujer desvió la vista hacia el hombre que me llevaba en brazos y, tras un intercambio silencioso, asintió y desapareció escaleras arriba.

—Cocina —ordenó mi perro guardián a su equipo, y como una ola en el océano, los hombres giraron a la vez y nos guiaron a través del vestíbulo. Me tomé un instante para observar el castillo secreto que había encontrado en el bosque. Techos altísimos con vigas de madera, amplios ventanales con vistas a las montañas, todo bañado en el resplandor plateado de la luna llena.

Era como un reportaje de Architectural Digest.

Fuerte. Masculino.

Me llevaron a una cocina del tamaño de mi casa, con suelos de piedra, encimeras de mármol, utensilios de cobre y electrodomésticos de última generación. Me dejaron en un office al fondo de la estancia, junto a unos ventanales que enmarcaban el jardín delantero, ondulado y salpicado de farolas. Me puse de pie, sin saber por qué, y observé a los hombres que me flanqueaban

como si fuera una prisionera. No estaban nerviosos ni inquietos por tener a una extraña en su casa. Al contrario, estaban en alerta, listos para atacar. Me fijé en que todos se parecían, hermanos sin duda, y cada uno tan atractivo de forma ruda como el que no se había separado de mi lado.

La habitación estaba tan silenciosa que se habría oído caer un alfiler; la tensión, tan espesa que se podía cortar con un cuchillo.

Se distribuyeron a mi alrededor: dos apoyados en las encimeras, uno junto a la puerta como si fuera a intentar escapar. El mío desapareció un segundo y volvió con un botiquín de primeros auxilios.

—Siéntate —ordenó.

Fruncí el ceño. No estaba acostumbrada a que los hombres me dieran órdenes, daba igual las circunstancias. Me miró fijamente —todos lo hicieron— como si me hubieran brotado cuernos y alas. Por lo visto, estos hombres no estaban acostumbrados a que nadie desobedeciera sus órdenes. Pero mis opciones eran limitadas. Me gustara o no, necesitaba ayuda y estaba en su territorio. Así que me senté —como me habían ordenado— y evalué mi situación.

Mi Descubridor, como lo llamaba en mi cabeza, cogió una silla de la mesa, la acercó a menos de tres centímetros de mis rodillas ensangrentadas, pasó la pierna por encima y prácticamente se sentó a horcajadas sobre mí. Olía a bosque, a aire del campo, a agujas de pino, con un toque de jabón. Pura masculinidad. Puro atractivo.

Me cogió la mano y estudió la palma, cortada por haber agarrado el cuchillo de mi atacante.

Mientras abría una toallita antiséptica, eché un vistazo a los hermanos: tres pares de ojos clavados en mí con una intensidad desconcertante.

—¿Cómo te llamas?

Volví la mirada hacia Mi Descubridor. —Ya te lo dije.

—Dímelo otra vez. —Esos ojos gris azulado se encontraron con los míos y sentí un aleteo en el estómago.

—¿Es una prueba para ver si miento?

Lanzó una mirada a sus hermanos y volvió a concentrarse en el bulto bajo mi ojo. —Sí.

—Niki Avery. —Me estremecí por el escozor mientras me limpiaba la herida. No se detuvo, no hizo pausa, siguió limpiando.

—¿Qué haces aquí, señorita Avery?

—Niki.

—De acuerdo, Niki. —Repitió la pregunta mientras me vendaba la mano. Sentí alivio de que no necesitara puntos.

—Ya te lo dije, estoy perdida.

—¿Cuánto tiempo llevas perdida?

Desde que me tiraron al suelo y se me echaron encima como si fuera basura.

—Desde que me atacaron. —Bajé la mirada al suelo mientras la vergüenza me encendía las mejillas. Apreté los dientes y volví a alzar la vista.

Mi Descubridor se quedó inmóvil, frunció el ceño y se echó hacia atrás, retrocediendo como una serpiente; una sombra oscura le cruzó el rostro. Me miró con una expresión que me clavó a la silla.

Si la habitación hubiera podido quedarse más silenciosa, lo hizo.

Eché un vistazo a los demás, que seguían con los ojos fijos en mí. Tras aclararme la garganta, me concentré en el reloj de la pared, en el *tic, tic, tic*, mientras sopesaba la idea de saltar por la ventana que tenía detrás.

No podía soportar el silencio, el escrutinio metafórico al que me sometían aquellos hombres cachas y tensos como cuerdas de violín.

¿Qué estarían pensando?

¿Sabían que me habían agredido?

Mi Descubridor se inclinó hacia delante y dijo en un tono mucho más suave: —Cuéntamelo.

Se me hizo un nudo en la garganta. Sí, lo sabía. Aquel extraño, de algún modo, sabía exactamente lo que me había pasado —si lo había visto muchas veces antes, no tenía ni idea—, pero con eso llegó una sensación de alivio. De confianza.

Solté el aire que no sabía que estaba conteniendo y sentí que las lágrimas volvían a asomar. Era un desastre.

—Tráele algo de beber —dice Mi Descubridor a nadie en particular, sin apartar los ojos de mí. Yo tampoco podía apartar los míos. El estómago me daba vueltas mientras lo miraba, extrayendo

fuerza de la comprensión en su mirada. Extrayendo fuerza de él, de aquel extraño que me había salvado del bosque.

Alguien dejó una botella de whisky en el centro de la mesa.

Mi Descubridor lanzó una mirada a su hermano, casi idéntico a él. Gemelos.

—Agua, no whisky. Y trae una manta también.

El gemelo lanzó una botella de agua a través de la habitación y otro trajo una manta. Mi Descubridor me envolvió los hombros con la suave franela y dejó la botella de agua delante de mí. Al instante me sentí más cómoda. Ignorando el agua, agarré el Johnnie Walker Blue y bebí hasta que el ardor en la garganta empezó a distraerme de las emociones.

Lo dejé en la mesa; el licor, como un chupito de valor.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Gage. Cuéntame qué te pasó esta noche.

Giré la cabeza hacia los soldados que me rodeaban, pero Gage me puso la punta del dedo en la barbilla y me volvió el rostro hacia él. —Aquí. —Se señaló la cara—. Cuéntamelo mirándome a mí. —Se inclinó hacia delante apoyándose en los codos, haciéndome sentir como si fuera la única persona en la habitación.

Asentí, derritiéndome bajo su mirada magnética, y me lancé a relatar el ataque que sabía que ya había cambiado mi vida. Él escuchó, inexpresivo, inmóvil, salvo por cómo apretaba lentamente los puños sobre sus rodillas.

Para cuando terminé, juro que hasta el tic-tac del reloj se había silenciado. Había logrado contener las lágrimas gracias al efecto del whisky. Si a los hombres les sorprendió que hubiera matado a un hombre, no lo demostraron. Aunque, claro, dudaba que ninguno de ellos dejara que algo tan insignificante como las emociones les estorbara.

Después de revivirlo, me sentí como si estuviera sentada completamente desnuda en medio de Times Square. Mi confianza, mi armadura, me la habían arrebatado por completo. Había oído a muchas víctimas hablar de la vergüenza que sentían tras un ataque. Esa idea siempre me había desconcertado. Ya no. Allí sentada, en la

cocina del castillo, me sentí más vulnerable que nunca en toda mi vida.

Por fin, Gage habló.

—¿Estás segura de que eran dos hombres? ¿Solo dos?

—Sí. Sin ninguna duda.

—¿Estás segura de que el otro dejó de perseguirte?

—Sí, estoy segura. Quería matarme. Pero escapé.

Gage se volvió hacia sus hermanos.

—Traed a Jagg. Y llamad a BSPD.

Las estatuas se movieron: uno sacó las llaves del bolsillo, otro el móvil, y el tercero desenfundó el arma mientras daba un paso al frente.

—Gage —dijo el más alto. Calculé que rondaba los cuarenta y deduje que era el hermano mayor por su actitud sobreprotectora. Le hizo un gesto a Gage para que se acercara al rincón.

Gage me apretó la rodilla.

—Vuelvo enseguida.

Aunque no pude distinguir casi nada de lo que decían, dos palabras atravesaron el silencio con total claridad.

«Es tuya».

11

GAGE

—Es tuya —me dijo Feen, con un tono de advertencia tan sutil como un choque de trenes. Mientras desaparecía por la puerta trasera, volví a mirar a nuestra nueva cliente, que observaba por la ventana fingiendo no estar escuchando.

Niki era un completo desastre.

Una mujer deslumbrante hasta el dolor, un hermoso desastre.

Tenía los brazos y las piernas cubiertos de arañazos y moretones incipientes que acabarían pareciendo un racimo de uvas. Se había cortado la mano al arrebatarle el cuchillo a su atacante. Pero eso no era nada comparado con el golpe bajo el ojo. Un puñetazo así le dejaría el ojo morado durante días, quizá semanas, y seguramente amanecería hinchado y cerrado, igual que la cara de su atacante cuando le pusiera las manos encima.

No me di cuenta al principio. Tan bruto como era, para mí ataque significaba ataque, así de simple. Solo cuando la hice entrar y la tuve cerca vi el dolor en sus ojos.

Esos ojos, grandes y de un marrón profundo, suaves como el chocolate, enmarcados por largas pestañas sedosas capaces de poner de rodillas a cualquier hombre. Eran hipnóticos, seductores como una ninfa llamándome hacia mi muerte, y tan paralizantes como la advertencia que ocultaban.

Sus ojos habían encendido en mí un fuego tan intenso que había tenido que contenerme para no coger todas las armas de mi arsenal y cazar al bastardo responsable del dolor que reflejaban. Contenerme para no estrecharla entre mis brazos y acariciarle el largo cabello castaño, que me recordaba al caramelo sedoso.

En cuanto la luz de la luna le bañó el rostro, después de inmovilizarla contra el suelo, Niki Avery despertó algo en mí que no había sentido desde mis días en zona de guerra.

Fue inmediato. Visceral.

Desconcertante.

Parecía un saco de boxeo andante. ¿Pero lloró? ¿Tembló de miedo? ¿Se acobardó cuando le exigimos que entrara en la casa? No. Se mostró serena. Capaz. Fuerte. Ante la peor pesadilla de cualquier mujer hecha realidad, habló con la fuerza y la confianza de un soldado curtido.

Me lanzó una mirada fugaz, luego bajó la vista a sus pies descalzos, y volvió a mirarme de reojo. Nervios, pensaría la mayoría, pero yo sabía que no. Niki conocía su papel en ese momento, sabía que estaba en manos de extraños, que éramos su única esperanza.

Corrección: *yo* era su única esperanza... porque... bueno, porque ahora era mía.

Sentí un estallido de ira mientras cruzaba la cocina, un choque de emociones: quería matar al hombre que había intentado matarla, pero también quería tomarla en brazos y llevarla a mi dormitorio... que era lo último que debería pasarme por la cabeza.

Porque si la cagaba con este caso, o me *tiraba* al caso, estaría acabado.

Feen se encargaría de eso.

12

GAGE

Ax volvió a la cocina mientras se guardaba el teléfono en el bolsillo. —Jagg está trabajando en un caso. Dice que nos responderá en cuanto pueda. He llamado a la policía de Bear Springs. El teniente Colson y otro agente llegarán pronto —miró a Niki—. ¿Te ves con fuerzas para unas entrevistas?

—Por supuesto —se irguió y sus ojos centellearon con energía. Esperanza.

—Bien —me miró—. Gunner va en el quad hacia tu Jeep...

Y también hacia el tipo muerto. No lo dijo, pero a juzgar por el escalofrío que recorrió a Niki, lo había captado.

—Feen ya está en el bosque, buscando huellas.

—También hay que buscar huellas en la carretera. Identificar el vehículo.

—Ya te lo dije —interrumpió Niki—. Era un Chevy rojo viejo.

—Sí, lo sé, pero si conseguimos una buena huella de neumático, podemos determinar el modelo exacto, quizás incluso el tipo de neumático, y eso le daría a la policía varias pistas que seguir.

—¿Sacaréis mi Jeep? Mi teléfono, mi bolso, todo sigue ahí dentro, a menos que se lo haya llevado todo.

—Nos encargaremos, pero no antes de que la policía haga lo que tenga que hacer.

Asintió y nos miró alternativamente a Ax y a mí. Esperaba la típica pregunta de «¿sois gemelos?», pero en su lugar...

—¿Qué es este lugar?

—Steele Shadows Security.

Sus hermosos ojos oscuros se abrieron como platos. —Estás de broma.

—No —no sabía si sentirme halagado o receloso.

—He oído hablar de vosotros, de vuestra empresa. Tenéis oficinas por todo el país. Hacéis protección presidencial, ¿verdad?

—Proporcionamos seguridad personal a quien la necesite. Veinticuatro horas al día, siete días a la semana.

Su mirada me recorrió de arriba abajo, provocándome una presión entre las piernas. Me gustaba tener sus ojos puestos en mí... solo en mí.

—Sois exmilitares, ¿verdad?

—Eres observadora.

Bajó la mirada. —Eso creía.

—Oye —dijimos Ax y yo a la vez, un talento que teníamos desde que nacimos.

—Tú no causaste esto. Nada de esto es culpa tuya —apreté la mandíbula con frustración. Uno de los mayores obstáculos en casos de agresión sexual o maltrato doméstico era que la víctima se culpara a sí misma. O a sí mismo, según el caso.

Levantó la vista y nos observó atentamente, esperando la charla motivacional que supuestamente debíamos darle.

Pues estaba en el lugar equivocado para eso.

Volví al tema original y me puse a hacer lo que mejor se me daba: trazar un plan de ataque. —Así que has venido al lugar correcto. Primero darás tu declaración a la policía de Bear Springs, luego sacaremos tu Jeep en cuanto liberen la escena...

El teléfono de Ax pitó. —El oficial Haddix está aquí.

—¿El nuevo?

Asintió. —Lleva unos meses en la policía de Bear Springs, creo. Me lo he cruzado en el Frank's unas cuantas veces.

Miré por la ventana. —Qué rápido.

—Dijo que estaba atendiendo una llamada por allanamiento.

Arqueé una ceja. —¿Allanamiento? ¿Dónde exactamente?

—En las tierras del viejo Erickson.

Resoplé. —Ese hombre denuncia intrusos una vez por semana. Nunca ha pillado a nadie en sus tierras. ¿Haddix vio a alguien de camino aquí?

—No.

—¿Vio algún vehículo?

—No.

—Joder.

—Sí.

—A lo mejor Erickson tiene cámaras de seguridad que podamos revisar.

—No. Su seguridad es su arsenal de escopetas recortadas —una sonrisa maliciosa cruzó el rostro de Ax—. Créeme, me he topado con ese sistema unas cuantas veces.

—No me cabe la menor duda, Bora.

—¿Bora?

—La exploradora.

—¿Querrás decir Dora?

—Sí, ya sabes, la niña de los dibujos.

Ax frunció el ceño. —¿Y eso qué tiene que ver con que yo esté en las tierras de Erikson?

—Porque últimamente te pierdes en el bosque durante días como un maldito nómada.

Mi hermano me miró perplejo. —... ¿Cómo demonios sabes siquiera quién es Dora la Exploradora?

Solté un suspiro impaciente. —¿Soy el único que ve la tele por aquí?

—El pago por visión —Ax sonrió.

Miré a Niki, que arqueó una ceja.

—Las peleas —sonreí y me encogí de hombros, luego me volví hacia Ax—. En fin, Dora va de excursión, tú vas de excursión. Encajaba. Déjame en paz.

—Al menos yo recuerdo mis caminatas, y no se me caen los pantalones.

Lancé otra mirada a Niki, que a estas alturas evitaba claramente el contacto visual.

Justo entonces, unos faros barrieron las paredes. Mi mano fue instintivamente hacia la SIG que llevaba en la cadera mientras veía el coche patrulla blanco y negro subir por el camino de entrada. Hacía tiempo que no veía a la policía frente a nuestra casa. Ax desapareció para abrir a Haddix y me volví hacia Niki, que tenía la vista fija en el coche de fuera y no en mí, el único que quedaba en la cocina.

—¿Estás lista?

—Sí.

Lo dijo sin vacilar; alto, firme, segura, y maldita sea, el corazón me dio un vuelco.

13

GAGE

Volví la cabeza hacia los pasos que resonaban en el suelo de piedra, y hacia el tono bajo y rápido de Ax mientras informaba al oficial sobre la mujer misteriosa que habíamos encontrado en el bosque. Me coloqué unos centímetros detrás de Niki. Me habría acercado más de no ser por la mirada gélida que Feen me lanzó al pasar junto a la ventana.

El oficial Haddix entró en la cocina: metro ochenta de músculos sólidos y piel bronceada, unos noventa kilos de peso. No lo conocía de nada. Tenía la cabeza calva y reluciente como una bola de billar, aunque aparentaba poco más de treinta años.

Se fijó en Niki, y tomé nota mental del escalofrío posesivo que me recorrió los huesos.

Sin moverme de detrás de Niki, extendí la mano y me presenté.

—Gage Steele, y ella es Niki —dije como si fuera mía.

Su apretón fue rápido, con la agresividad de alguien que necesita demostrar algo, y con la presión suficiente para dejarme claro que no le caía bien. Esto confirmó mi primera impresión. Haddix era un estereotipo andante: el empollón acosado en el instituto que se había metido a policía solo para vengarse de los chicos populares que se habían burlado de él. Haddix sabía que teníamos dinero y

mujeres a elegir —«populares» en todos los sentidos— y por eso no le gustábamos.

—El teniente Colson está ocupado —dijo—. Vendrá, pero tardará un rato. Ya he estado en la escena.

Una mirada a Niki confirmó que era tan malo como ella había descrito —la mayoría de las gargantas cortadas lo eran—, pero se detuvo y la observó de cerca durante un segundo con una expresión que no logré descifrar. Luego dijo:

—Me gustaría empezar mientras lo tienes todo fresco.

—Cuando quieras —respondió sin vacilar.

Corazón, otra patada.

—Necesito que salga —me dijo Haddix.

—Y yo necesito que recuerde en qué casa está.

—Escuche, señor Steele, esto es...

—Mi casa.

—Por favor, chicos —dijo Niki poniendo los ojos en blanco—. ¿Podemos empezar de una vez?

Haddix me sostuvo la mirada un segundo con su mejor gesto intimidante y luego sacó un cuaderno y un bolígrafo del bolsillo. Ya sin hacerme caso, comenzó el interrogatorio con las típicas preguntas introductorias: nombre, fecha de nacimiento, las preguntas obligatorias de rigor. Noté que la observaba como un halcón mientras respondía. Era como si hubiera olvidado que yo estaba en la habitación. No me gustó. Yo también escuché con atención las respuestas de Niki.

Niki Avery había ido al colegio de Berry Springs, como mis hermanos y yo. Aunque era años más joven que nosotros, la historia de su vida había llegado hasta mi curso. Niki se había criado en la pobreza: cupones de comida, ropa heredada. Se decía que había crecido en medio de la nada, sin agua corriente ni electricidad.

Su humilde origen bastó para ganarse mucho acoso y cotilleos en un pueblo pequeño como Berry Springs, pero eso no fue lo que la catapultó a la fama. El destino de Niki Avery como eterna marginada quedó sellado a fuego el día en que su padre perdió la cabeza. Se decía que su colapso mental empezó cuando empeñó lo único de valor que había en su casa: el anillo de bodas de su abuela, que

había pasado de generación en generación. Después quedó con su amante de toda la vida —una cajera del supermercado de descuento — en un hotel cutre a las afueras del pueblo. Tras irse sin pagar, se fundió hasta el último céntimo en el bar del casino. Luego decidió atracar a las hermanas Oakwood, dos viudas octogenarias muy devotas. Y para rematar la noche, robó un pack de seis cervezas PBR de la licorería local y se lió a puñetazos con el dependiente a media jornada. Al padre de Niki lo pillaron una hora después, paseándose en cueros por la carretera comarcal 2332 mientras silbaba la sintonía de Andy Griffith.

Y la cosa no acabó ahí.

El padre de Niki se pasó los interrogatorios mintiendo, echando la culpa al gobierno, al calentamiento global y a un grupo de adolescentes cualquiera. Su comportamiento errático le valió una visita al pabellón psiquiátrico local, donde permaneció retenido cuarenta y ocho horas. Después lo metieron en la cárcel del condado, y de ahí hizo las maletas y abandonó el pueblo —y a su familia— para siempre.

«El viejo loco Avery» fue el nombre que le pusieron los chismosos. Un apodo que, por lo visto, no le sentó nada bien a su hija. Una semana después del incidente, Niki Avery se lió a puñetazos con tres compañeras de clase por burlarse de su padre, lo que la convirtió en diana durante el resto de su vida escolar.

La familia de Niki fue el hazmerreír del pueblo durante meses. Su padre era un tramposo, un mentiroso y un ladrón, y mientras contemplaba la nuca de Niki, no pude evitar preguntarme si de tal palo, tal astilla. Quizá Niki estaba sufriendo un brote psicótico como el de su padre.

Había oído historias de mujeres que denunciaban falsamente agresiones sexuales porque anhelaban la atención que eso les daba. Esas mujeres se regodeaban en la lástima, lucían el título de víctima con orgullo, como si fuera una medalla.

¿Era ese el caso de Niki Avery?

El enigma de la mujer sentada frente a mí se hizo aún más profundo cuando me enteré de que Niki tenía una licenciatura en Criminología y Psicología, un máster en Estudios Jurídicos y la

carrera de Derecho, y hacía poco había aceptado un trabajo en un bufete local. Solo llevaba ocho meses ejerciendo como fiscal.

Niki no solo era guapa, era lista. Y loquera, nada menos. Me reí para mis adentros: lo iba a pasar en grande analizando a mi familia, ¿no? ¿Y a mí? Saldría corriendo si Niki llegara a vislumbrar lo que me pasaba por la cabeza a diario.

Supe que hacía poco se había comprado su primera casa, una cabaña pequeña en Summit Mountain, y en un intercambio incómodo descubrí que no tenía amigos íntimos. Eso me sorprendió, pero no fue nada comparado con enterarme de que Niki Avery estaba soltera.

Observé el intercambio entre ellos; la mirada penetrante de Haddix sobre ella me puso en alerta. Había algo más en esta entrevista que simples preguntas. Haddix la miraba con escepticismo y nerviosismo, como si esperara que se abalanzara sobre él en cualquier momento.

¿Por qué?

14

GAGE

Haddix comenzó pidiéndole que volviera a contar la historia de lo que la había llevado a perderse en el bosque. Escuché el relato del ataque por segunda vez, y mi ritmo cardíaco se aceleraba cada vez que sus hombros se hundían y los enderezaba a la fuerza, cada vez que arrastraba los pies bajo la mesa. El pulso me latía con fuerza cuando explicó lo de la tierra en el pelo.

Sin darme cuenta, me fui acercando a ella, con ganas de que supiera que estaba allí… y quizás también quería recordarle a Haddix que yo estaba presente.

Niki terminó su horrible historia, tranquila y serena, salvo por el incesante *tap, tap, tap* de su rodilla bajo la mesa.

Pasó un segundo de pesado silencio. Luego, Haddix comenzó con las preguntas de seguimiento.

—Aparte de los asistentes al retiro de yoga, ¿quién sabía que ibas a ir esta noche?

—Nadie.

—¿No se lo mencionaste a ningún amigo? ¿Publicaste algo en redes sociales?

—No.

—¿Recuerdas a alguien detrás de ti mientras conducías al complejo?

—Que yo notara, no.

—Aparte de las máscaras y la ropa oscura, ¿qué puedes decirme de tus atacantes?

—Eran caucásicos. El más corpulento era más bajo que el flaco.

—¿Qué altura dirías?

—El flaco… quizás un poco más de metro ochenta.

—¿Tatuajes? ¿Piercings?

—No pude distinguirlo.

—¿Estás segura de que estaban borrachos?

—Olí alcohol en el aliento de uno de ellos, sí.

—¿Alguno de ellos te dijo algo durante el ataque?

—Aparte de algún «vete a la mierda, zorra» cuando me defendí, no. Y no —cortó al oficial antes de que pudiera hablar—, no reconocí la voz.

—¿Recuerdas el tamaño o tipo del cuchillo?

—Tenía la empuñadura negra, eso lo recuerdo. Era una hoja grande y gruesa. Como un cuchillo de caza grande.

—¿Hoja de quince centímetros? ¿Veinte?

—Quizás veinte.

—¿Lisa o dentada?

—No lo sé. Lo solté justo después de…

Él asintió.

—Señorita Avery, ¿los dos hombres hablaron entre ellos durante el ataque?

—¿Entre ellos?

—Eso es.

—No estoy segura. Creo que no.

—¿Parecía que ambos estaban allí por voluntad propia?

—¿Por voluntad propia? ¿A qué te refieres?

—Me refiero a si parecía que los dos estaban compinchados.

—Iban juntos cuando me sacaron de la carretera. Salieron juntos del coche, así que sí, yo diría que sí.

—¿Y no parecía que uno estuviera obligando al otro a participar en el ataque?

Fruncí el ceño, intentando averiguar hacia dónde demonios quería llegar Haddix con esto.

—No. Yo era la única a la que obligaban a hacer algo —dijo, con un deje de actitud en la voz.

—¿Qué estaba haciendo el flaco mientras el otro te tenía en el suelo?

—Mirar.

Pasó un momento.

Haddix se inclinó hacia delante apoyándose en los codos.

—Señorita Avery, ¿le dice algo el nombre de Ian Lee?

—No. ¿Por qué? ¿Quién es? —Se le demudó el rostro—. ¿Es él? ¿El hombre al que yo…?

Haddix me lanzó una mirada.

—Según la cartera que llevaba en el bolsillo, sí.

—¿Lo conoces? —le pregunté al oficial.

Haddix asintió.

—Todos en la comisaría lo conocen. Varias detenciones por conducir borracho y una por alteración del orden público. He perdido la cuenta de las veces que nos han llamado a su piso por escándalo.

—¿Tiene compañero de piso?

—Que yo recuerde, no. Lo comprobaremos.

Tomé nota mental del nombre.

—El segundo atacante tiene que ser amigo suyo. Mira sus redes sociales…

—Yo no sacaría esa conclusión tan rápido, pero revisaremos todos los ángulos.

—¿Qué quieres decir con que no sacarías esa conclusión?

Ya completamente harto de mí, Haddix ignoró mi pregunta. Cogió el móvil y, tras unos cuantos toques, giró la pantalla para mostrar a un tipo de cara redonda con la cabeza rapada y tatuajes en el cuello.

—Este es el hombre al que mataste. ¿Lo reconoces?

A Niki se le desencajó la mandíbula al ver el rostro del hombre al que había matado.

—No… —dijo sin aliento—. En mi vida lo había visto.

Haddix le acercó la imagen a la cara, clavándole los ojos. Me entraron ganas de apartar el móvil de un manotazo.

—¿No tienes ningún pasado con este hombre? ¿Nunca te hizo nada malo?

—No, ya te lo he dicho, nunca lo había visto antes.

Niki estaba cada vez más alterada. Con razón.

Finalmente apartó el teléfono de su cara.

—Para confirmar, ¿esta noche llevabas la capota del Jeep bajada? —Sus ojos recorrieron la camiseta de tirantes casi inexistente y los diminutos pantalones cortos que llevaba.

—Sí.

Me lanzó una mirada mientras el mismo pensamiento me pasaba por la cabeza. El inadaptado de Ian Lee y su colega iban de camino al pueblo a por más alcohol, cuando ven a una joven hermosa con una camiseta de tirantes escotada, sola en un vehículo en medio de la nada. Objetivo fácil. Hecho. Una agresión sexual fortuita.

Que terminó con un hombre muerto.

Haddix cerró la libreta.

—Hablaré con los bares de la zona y revisaré las cámaras de seguridad si tienen. Comprobaremos los nombres de los asistentes al retiro de yoga, así como los de los huéspedes del hotel.

—¿Y la camioneta? —preguntó Niki.

—Sí, consultaremos con Tráfico a ver si algo coincide con la descripción, junto con la altura, raza y sexo que suponemos del otro atacante.

Su tono dejaba entrever que había mucho que cribar. Pero no había terminado.

—Ahora... —se puso de pie y sacó una cámara pequeña del bolsillo—. Necesito hacerle fotos de las heridas.

Le puse la mano en el hombro a Niki y apreté.

—Espera un momento. ¿No tienes a una mujer en el equipo que pueda venir a hacerlo?

—Es medianoche. Puedo llamar, pero tardará un rato.

—No —Niki me fulminó con la mirada por encima del hombro—. Está bien. Acabemos con esto. —Me apartó la mano de un manotazo, se levantó de la mesa, me ignoró y se dirigió a Haddix—. ¿Dónde me quieres?

—Aquí está bien.

Me obligué a retroceder unos pasos mientras fulminaba al agente con la mirada, retándolo a que me pidiera que me fuera, medio esperando que Niki también lo hiciera.

Haddix le hizo fotos de la cara, las piernas, los brazos, los pies, la ropa destrozada; cada clic de la cámara era como un disparo de pistola que desataba una tormenta de ira en mi interior. Luché contra el impulso de arrancarle la cámara de las manos callosas y tirarla por la ventana. No me gustaba cómo la miraba.

Niki giró la cabeza hacia un lado, con la mandíbula apretada, y dejó al descubierto el estómago, lleno de cortes y moratones. Luego se dio la vuelta para mostrar la parte baja de la espalda. Mi mirada se clavó en ella; quería decirle que todo iba a salir bien. Que estaba siendo muy valiente y que estaba orgulloso de ella. Pero evitó mirarme a los ojos.

Más flashes, más contención de mi parte.

Mientras Niki se bajaba la cinturilla del pantalón para mostrar otra tanda de arañazos, una pequeña hoja roja cayó al suelo. En el movimiento más rápido que le había visto hasta entonces, se agachó, recogió la hoja y la sujetó con cuidado en la palma de la mano. Se le sonrojaron las mejillas.

La sostuvo con fuerza, protegiéndola de nosotros, como haría un niño hambriento con un trozo de pan. Niki adoraba esa hoja, por la razón que fuera. Haddix me lanzó una mirada y me encogí de hombros.

Finalmente, Niki se bajó la parte de arriba de la camiseta para dejar a la vista el inicio de unos moratones moteados sobre el pecho izquierdo.

—Ya basta —espeté, y di un paso adelante. Si los faros que subían por el camino de entrada no me hubieran distraído, habría acabado de camino a la cárcel por agredir a un agente.

—Ese será Colson —dijo Haddix, que no se había perdido lo protector que era yo con Niki y sin duda lo había archivado como un punto débil.

—Solo una cosa más, señorita Avery.

Algo en la voz del agente me hizo ponerme rígido.

—Solo para confirmar, ¿hirió a su atacante en algún otro lugar aparte de la garganta?

—No. Dejé caer el cuchillo al suelo cuando se desplomó. Tal vez antes... tal vez algunos arañazos. Puede que lo golpeara. Fue un ataque, agente Haddix, estaba haciendo todo lo posible para escapar. Pero después, no, salí corriendo como alma que lleva el diablo.

—¿Adónde quieres llegar con esto, Haddix? —intervine, con la paciencia agotada.

El agente me lanzó una mirada y luego volvió a Niki.

—¿Está completamente segura de que no lo atacó en ningún otro lugar con el cuchillo? ¿Está completamente segura de que no tenía algún tipo de venganza previa contra Ian Lee?

—¿De qué estás hablando? —espetó Niki—. No, estoy absolutamente segura. Y no, te lo he dicho cien veces, no conozco al tipo.

No me gustaba que estuviera estresando a Niki más de lo que ya estaba, así que me interpuse delante de ella.

—Repito, Haddix, ¿adónde quieres llegar con esto?

—Sí, ¿por qué preguntas si tenía una venganza previa? —añadió Niki, abriéndose paso a codazos hasta ponerse a mi lado.

—Porque, señorita Avery. Alguien le cortó la cabeza a Ian Lee.

15

GAGE

—¿*Qué?* —chilló Niki, mientras la conmoción y el horror se apoderaban de su rostro.

—¿Qué demonios quieres decir con que alguien le cortó la cabeza? —pregunté.

—Quiero decir —la mirada de Haddix iba de Niki a mí— que Ian Lee ha sido decapitado.

—*¿Qué?* —repitió, con la voz en un gallo.

—Espera. —Le puse la mano en la parte baja de la espalda, animándola a respirar, y me dirigí a Haddix—. ¿Dónde? ¿En la escena?

—No voy a hacer suposiciones a estas alturas, pero el cuerpo está en la zanja, frente al Jeep de la Señorita Avery.

—¿Sin cabeza? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Así es.

El rostro de Niki se volvió tan blanco como su camiseta de tirantes, al menos las partes que no estaban cubiertas de sangre.

—¿Solo separada o se la llevaron? —Mi mente iba a mil.

—Se la llevaron. La cabeza no está en la escena, por lo que pude ver en el vistazo rápido que eché al llegar. Volveremos a buscar con más luces esta noche y mañana al amanecer.

—Espera… —Niki levantó la mano y negó con la cabeza, intentando procesar aquel detalle tan pequeño y a la vez tan enorme —. ¿Alguien le cortó la cabeza y se la llevó?

—De nuevo, es demasiado pronto para suposiciones, Señorita Avery.

—Yo no hice eso. —Se quedó pálida como un fantasma—. No lo decapité. ¿Por qué iba a…?

—Escucha, para. —Le pasé la mano de la espalda al brazo y se lo apreté suavemente—. Respira. Da igual si lo hiciste. Ya puestos, deberías haberle cortado también la polla.

El portazo de un coche en el exterior rompió la tensión creciente.

Haddix miró por la ventana y luego volvió a dirigirse a Niki. —Bueno, si no lo hiciste tú, alguien lo hizo. A menos que el tipo resucitara y se serrara la cabeza él mismo.

De repente, el extraño comportamiento de Haddix durante el interrogatorio y sus preguntas cobraron sentido. Había pensado que Niki había cometido aquel acto grotesco y ocultaba información.

—¿El cuchillo sigue ahí? —pregunté, esperando huellas en la empuñadura.

—No vi ninguno. —Haddix se volvió hacia Niki—. Me gustaría llevarte de vuelta a la escena para confirmar que el cuerpo está exactamente donde lo dejaste. Pero seguro que el teniente Colson querrá hacerte más preguntas primero. Quédate aquí, por favor. Vuelvo enseguida.

Justo entonces, la puerta trasera se cerró de golpe, seguida de unos pasos rápidos y pesados. Gunner y Phoenix. Vi a Haddix desaparecer por el vestíbulo mientras mis hermanos entraban en la habitación.

—Gage, ¿un momento?

Reacio a dejar a Niki, me volví hacia ella. Me miraba fijamente, con la mirada perdida. Casi podía oír los engranajes de su cabeza funcionando a toda máquina.

—Necesito hablar con mis hermanos un momento. ¿Estás bien? —Tuve que contenerme para no cogerle la mano.

Asintió, aturdida.

—Oye —susurré.

Sus ojos dilatados se clavaron en mí y un rubor repentino le tiñó las mejillas.

—Te he preguntado… ¿estás bien?

—Sí —me susurró.

Guié a Niki hasta la mesa y se dejó caer en una silla, con las rodillas flojas. Aparté el whisky de su alcance, cogí el agua y me agaché frente a ella.

—Bebe esto. Quédate aquí. Vuelvo enseguida. Solo voy al otro lado de la habitación. Sigo aquí.

Le rocé el brazo con un dedo, incapaz de resistir la tentación de tocarla, y seguí a Gunner y Feen al otro lado de la cocina.

«Siempre te enamoras de la damisela en apuros»… Las palabras de Feen resonaron en mi cabeza. Una punzada de inseguridad me atravesó. Quizá tenía razón, quizá no podía fiarme de mí mismo.

Quizá necesitaba centrarme.

16

GAGE

—Ni rastro de camionetas en la carretera, ni huellas útiles.

Gunner agarró una toalla del escurridor.

Feen, manchado de tierra fresca, se guardó el arma en la cinturilla.

—Hay algunas huellas en el bosque, más allá de la escena, pero no son claras ni completas. Ramas rotas, hojas esparcidas; puedo ver hacia dónde corrió. Saldremos mañana al amanecer a buscar.

—El tipo está hecho un desastre. Bueno, lo que queda de él. Literalmente, un cadáver sin cabeza.

Gunner negó con la cabeza. Todos habíamos visto horrores, pero no en nuestra propia casa.

—Me pregunto cuánto tiempo le llevó hacer eso.

Mi hermano mayor, el paranoico conspiranoico de la familia, dijo.

—Dice que no lo hizo.

—Ah, bueno, entonces, si ella dijo…

—Exacto, dijo…

Gunner levantó una mano antes de que estallara una pelea.

—Cuéntanos lo que nos perdimos, Gage.

Después de fulminar a Feen con la mirada, eso hice: les expuse los hechos sin adornos, intentando contener la actitud defensiva que me invadía.

—Niki Avery. Sabes quién es, ¿verdad?

Feen se pasó los dedos por el pelo y negó con la cabeza. Unas cuantas hojas cayeron al suelo.

—Sí, sé quién es.

—Dios mío.

Gunner se rio al encajar las piezas del rompecabezas.

—¿La hija del «viejo Avery el Chiflado»? La mentirosa del pueblo. Me estás tomando el pelo.

—¿Qué tiene eso que ver?

—¿Cómo vamos a creer nada de lo que dice esta mujer?

Abrí la boca para soltar la rabia que me hervía por dentro, pero el problema era: ¿cómo sabía yo que Niki Avery no mentía? Una cara bonita y un cuerpo impresionante no significaban que fuera incapaz de mentir. Demonios, en mi experiencia, cuanto más perfecta la cara, más grande la mentira. Era obvio que Haddix tampoco se tragaba su historia.

Feen continuó con su perorata:

—Podría estar mintiendo sobre todo. Tal vez ella y el tipo que la persiguió estaban compinchados. Demonios, tal vez estaba de fiesta con esos perdedores y la cosa se les fue de las manos. O tal vez ni siquiera la persiguieron. Esto podría ser una trampa para colarse en nuestro complejo, hacer que uno de nosotros se enamore de ella y echarle el guante a nuestro dinero. Creció pobre, ¿verdad?

—Dame un respiro, maldito paranoico hijo de p…

—*Basta*.

Gunner espetó, que había perdido la paciencia con nosotros.

Un minuto más y probablemente nos habría noqueado a los dos.

—Te lo digo, dice que no lo hizo. Dice que le cortó el cuello y salió corriendo.

Feen me lanzó esa mirada de desaprobación que conseguía hacerme sentir un enano.

—¿Le crees?

—Sí.

Cuadré los hombros y me erguí, una reacción habitual ante la constante decepción que mi hermano mayor sentía por mí.

—Es una cara bonita. Eso es todo, Gage. Quítate las anteojeras.

—¿Qué demonios significa eso?

—*Suficiente.*

Con su oportunidad impecable, Ax entró en la habitación e impuso silencio, como hacía siempre que Feen y yo nos enzarzábamos en nuestro habitual tira y afloja.

Respiré hondo y di un paso atrás, pero no pude morderme la lengua.

—Vale, quiero dejar una cosa clara primero. ¿Estamos todos de acuerdo en que, pasara lo que pasara, esta mujer fue atacada? Parece un melocotón magullado.

Asentimientos en el grupo.

—Vale, entonces supongamos que ella lo decapitó después, que tuvo la fuerza suficiente para hacerlo. Eso significa que pensáis que le cortó la garganta, ¿y luego se tomó su tiempo para cortarle el resto de la cabeza? ¿Sabéis lo difícil que es serrar un hueso? ¿Y dónde demonios estaba el otro tipo mientras pasaba todo esto?

—Pudo haberlo hecho él con ella.

Ax dijo con naturalidad, lo cual, tenía que admitir, tenía más sentido que si lo hubiera hecho ella sola.

—Vale. ¿Pero por qué? ¿Qué sentido tiene?

—Venganza por algo. O, como dijo Feen, algo se les fue de las manos. O, demonios, rabia ciega. Gage, ¿cuántas veces hemos visto eso? Alguien golpea a un hombre hasta matarlo y sigue machacándole la cara hasta hundírsela en el cráneo por la rabia. La adrenalina. La liberación que da golpear y matar a un hombre.

—No. Estáis locos. De ninguna manera.

Ax miró a Niki, que seguía sentada a la mesa, y luego me miró a mí.

—No la conocemos, Gage. Cuando alguien viene a nosotros en busca de protección, conocemos toda su historia, hemos leído los informes policiales, todo. Esta mujer apareció sin más en nuestro jardín. Lo admito, es raro. No sabemos nada de ella.

—Pronto lo sabremos.

Feen miró el teléfono.

—Jagg va a investigar sus antecedentes.

Puse los ojos en blanco.

Ax me lanzó una mirada para que me calmara y luego hizo lo que mejor se le da: analizar los hechos.

—Así que pasó una de tres cosas. Lo hizo Niki. El flaco volvió y lo hizo él. O hay alguien más implicado.

La mirada de Phoenix pasó por encima de mi hombro.

—Nuestro personal.

—Joder, Feen, ¿crees que alguien de nuestro personal está metido en esto?

—Feen tiene razón.

Ax intervino.

—Tenemos que considerar todos los ángulos y examinar a todos los que estaban en la zona. El margen de tiempo es demasiado corto para descartarlo. Vivimos en kilómetros de propiedad privada y restringida. Tiene que ser alguien cercano. Tenemos que sacar la lista de quién trabajaba esta noche. Como mínimo, puede que vieran algo.

Gunner asintió.

Transcurrió un instante. Me pasé los dedos por el pelo, notando una punzada entre las sienes.

—Pero chicos... ¿por qué llevarse la cabeza?

—Tenemos que registrar el bosque. Ver si quien lo hizo se la llevó de verdad o la tiró en algún sitio.

Feen asintió y se dirigió hacia la puerta trasera.

—Voy a hablar con Colson.

—Yo también —dijo Gunner mientras cogía el teléfono de la encimera.

La puerta trasera se cerró de golpe y Ax se quedó atrás.

—He revisado las cámaras de seguridad del césped norte. En el bosque solo estaba Niki. Nadie más. Esa parte de su historia cuadra, al menos.

—No es ninguna mentirosa —murmuré mientras la miraba por encima del hombro.

Mi hermano gemelo me puso las manos en los hombros, reclamando mi atención.

—Te creo, y a ella también. Solo mantén la cabeza fría, ¿de acuerdo?

Me tomé un segundo para preguntarme qué era eso, exactamente, de mantener la cabeza fría.

—Voy a revisar la escena otra vez.

—Yo me quedo con Niki.

—Me lo imaginaba.

17

NIKI

Había vuelto a guardar la hoja roja en la cinturilla del pantalón y me abrazaba a mí misma, mientras fracasaba en mi intento de escuchar a escondidas. Tenía el estómago hecho un nudo, revuelto por la grotesca imagen del cuerpo decapitado de Ian Lee.

Bajé la mirada y me estremecí.

Cada centímetro de mi piel expuesta, y mi ropa, estaba cubierto de tierra y barro. Sabía que tenía sangre en la camiseta. Apreté la mandíbula, asqueada, y empecé a frotarme los brazos.

Una toalla apareció sobre la mesa como si mi ira, mi dolor y mis inseguridades se hubieran expresado en voz alta. Gage se agachó frente a mí y me agarró la pierna.

—Tenemos que limpiarte.

—Puedo hacerlo yo.

Por toda la dignidad que me quedaba, *puedo hacerlo yo*.

Arqueó una ceja lentamente ante mi rechazo.

—De acuerdo, entonces. Tienes que empezar por las plantas de los pies. Vete a saber cuántas bacterias pillaste corriendo por el bosque. Venga, vamos.

Antes de que pudiera protestar, me levantó de la silla y me cogió en brazos, por segunda vez esa noche.

Me llevó rápidamente hasta la encimera, donde me colocó las piernas, cubiertas de tierra y sangre, en un reluciente fregadero de cobre.

Abrió el grifo y observé a Gage mientras esperaba a que el agua se calentara.

Podía notar que quería decir algo, pero se contenía.

Entonces tiró del rociador y dejó correr el agua tibia sobre mis espinillas.

Alargué la mano hacia el rociador.

—Puedo…

—Puedo hacerlo mejor yo —susurró, ya fuera porque no quería que nadie lo oyera, o porque no quería exponer sus emociones. ¿A mí o a sí mismo?, me pregunté. Había captado la actitud protectora de Gage hacia mí casi de inmediato. Habría tenido que estar ciega para no hacerlo. Y mentiría si dijera que no me gustaba. Cualquier mujer apreciaría la atención de un hombre con el aspecto de Gage, con esa confianza y ese aire devastadoramente sexy que tenía, por no hablar de los músculos. Pero me recordé que ser protector probablemente lo llevaba en la sangre y no tenía nada que ver conmigo.

¿Verdad?

—…De acuerdo —concedí.

Inclinó la barbilla, complacido.

La sangre y el barro se arremolinaron por el desagüe y empezaron a llevarse la pesadilla que había sido mi noche. Ojalá pudieran llevarse también los recuerdos. Como si me leyera el pensamiento, Gage empezó a frotarme las piernas, limpiándolas con cuidado de evitar hasta el más pequeño corte. Lo estudié de cerca, sus manos grandes y ásperas sobre mi piel. Era delicado, todo un contraste con el hombre duro, rudo y bestial que había conocido en el bosque. Sus manos, junto con su mirada, ascendieron lentamente hasta mis rodillas, con un hambre apenas velada tan intensa como los latidos de mi corazón.

Se me aceleró el pulso.

Sus ojos se encontraron con los míos.

Sentí mariposas en el estómago.

—Vaya, vaya, vaya… Diría «idos a vuestra habitación», pero tu cama está cubierta de latas de cerveza.

Sobresaltada, aparté la mirada y sentí una oleada de vergüenza al mirar por encima del hombro hacia la voz femenina y áspera que retumbaba desde la entrada. Llevaba el pelo negro azabache recogido en un moño desordenado en lo alto de la cabeza. Unos ojos azules agudos y penetrantes destacaban sobre la piel bronceada, y tenía los labios pintados de rojo brillante. Tatuajes coloridos cubrían sus brazos tonificados y se extendían bajo una camiseta desgastada y agujereada que decía *Mala Cabrona*. Llevaba vaqueros ajustados y rotos que realzaban un cuerpo curvilíneo y atlético, y chanclas. Era toda una superheroína sexy… con esteroides.

Gage no se apartó como yo; al contrario, dejó las manos en mis piernas y siguió acariciándome en una especie de escenario erótico de enfermera sexy, ahora convertido en trío. El calor me subió de entre las piernas a las mejillas.

—Niki, te presento a Celeste Russo, ex marine de operaciones especiales, actualmente recepcionista y jefa de administración de Steele Shadows.

Mirándome como a un perro callejero, Celeste se acercó pavoneándose, dejando claro con cada centímetro de su cuerpo que yo estaba en su territorio.

—¿Esta es la tía que se perdió en nuestro bosque? —le preguntó a Gage, ignorándome.

Arqueé una ceja. Aparté las manos de Gage de un manotazo y contraataqué:

—Así es. Decidí perderme justo después de dejar esa camiseta en la tienda de segunda mano.

A Celeste se le abrieron los ojos como platos.

A Gage se le desencajó la mandíbula.

No parpadeé, sin estar dispuesta a acobardarme ante la «ex marine de operaciones especiales».

Con una sonrisa en la cara y un brillo en los ojos, se volvió hacia Gage.

—Vaya, vaya. Una sureña con carácter. Me gusta. Si hay más como esta en el bosque, igual podemos contratarlas para cuidar de Remy.

Gage se rio entre dientes.

Entonces me miró, con una expresión mucho más suave.

—Bienvenida, y… —su rostro se puso serio— buena puntería.

Un rápido asentimiento, un gesto no verbal de «hiciste lo que tenías que hacer».

—Gracias.

Le devolví el asentimiento y decidí que me caía bien esta tía dura con un par de cojones. Y también me pregunté a cuántos hombres habría matado.

—Tendrás que disculpar a Celeste. Necesita trabajar sus habilidades sociales.

—Menos mal que esa no es una cualidad muy importante para una recepcionista.

Esta réplica me arrancó risas de los dos.

Celeste centró su atención en Gage, que había pasado a aplicarme ungüento en los pies antes de vendármelos.

—Acabo de hablar con Jagg —dijo—. No va a poder venir esta noche. Algo de quince kilos de cocaína y vaginas de prostitutas.

—Suena a un registro e incautación interesante.

—Exacto. Me dijo que te dijera que siente que no pudieras ir.

Gage me miró. Un mujeriego, entonces. No debería sorprenderme.

—De todos modos, dijo que vendrá mañana. Todos están ahora en la escena.

Se volvió hacia mí y dijo con naturalidad:

—Vas a estar bien. Te van a cuidar y estás en un lugar seguro. Cualquier cosa que necesites, nos lo dices.

Le hizo un gesto a Gage con la cabeza.

—Bueno, puede que estos cabrones no te sirvan de mucha ayuda, pero yo puedo echarte una mano con lo que sea… ya sabes, cosas de chicas que puedas necesitar.

—Qué asco —murmuró Gage.

—No todo lo femenino son tampones y crema antipicazón, Gage.

—¿Crema antipicazón? Debe de estar hablando de la última cita de Gage —un tipo alto y musculoso entró en la cocina con aire despreocupado; el cabello oscuro y despeinado le asomaba por debajo de la gorra de béisbol, y su piel bronceada lucía un tono perfecto. Llevaba vaqueros rotos, una sudadera de Steele Shadows y botas ATAC—. Ya sabes, esa con las enormes... —se detuvo en seco y se fijó en mí, con mis piernas colgando en el fregadero.

—Ups, perdona —una sonrisa desenfadada le cruzó el rostro, con dientes perfectos y un brillo de chico malo en los ojos que sin duda había hecho caer de rodillas a más de una mujer—. Soy Wolf —dijo —. Jefe de seguridad. Tú debes de ser nuestra invitada de la noche, Niki.

—Las noticias viajan casi tan rápido como ese informe que te pedí —dijo Gage con tono inexpresivo.

—Perdona... —Wolf entró en la habitación con aire despreocupado—. El partido, ya sabes. Prórroga —sacó una cerveza de la nevera; su indiferencia hacia mí me resultó extrañamente reconfortante en ese momento. Me cayó bien.

—Sí, me debes mil dólares, Wolf.

—Tú me debes una camioneta nueva, Gage.

—Quedamos en paz.

Wolf resopló, dio un sorbo y me lanzó una mirada fugaz antes de decir:

—He oído que tenemos un cadáver sin cabeza en la carretera —se centró en mí—. Ian Lee. Buen trabajo.

—Wolf, venga ya, por Dios... —negando con la cabeza, Celeste me dirigió una mirada sombría—. Tendrás que disculpar a Wolf. También tiene que mejorar su don de gentes... y lo de las apuestas, por lo visto.

—Lo siento, tienes razón —Wolf dejó la cerveza y se volvió completamente hacia mí, inclinándose con un sombrero imaginario y desplegando la mano como se haría ante la Reina—. Señorita Niki Avery, mi nombre es Sir Wolfgang Blackwood —dijo con un acento inglés exageradamente marcado—. Un nombre desafortunado que me pusieron mis padres, que estaban borrachos en el momento de mi nacimiento. Mientras que la mayoría de los hombres se

acobardarían ante los apodos que me han puesto, yo, señorita Avery, los abrazo, porque, verá usted, en mis pantalones yace un...

—Ay, Dios mío, Wolf. Ya basta —Celeste lo apartó del mostrador.

Gage sonrió y negó con la cabeza.

Riéndose, Wolf retrocedió.

—Venga ya. Solo intento aligerar el ambiente. Arregla a esta chica, ¿quieres? —Celeste y Gage pusieron los ojos en blanco. Él continuó con su monólogo—. Por cierto, Dallas se va a volver loca cuando vea el rastro de barro en la entrada. ¿Quién demonios ha pasado por la casa? ¿Una manada de Clydesdales?

—Sí, lo he visto —Celeste frunció el ceño—. ¿Por qué no hiciste que todos entraran por el garaje? Ya sabes cómo se pone.

—Eso fue cosa de Haddix. Debió de dejarlo junto con el rastro de testosterona que le sale por los poros. Por cierto, ¿dónde has estado? —preguntó Gage a Wolf.

—En mi oficina.

Celeste me miró.

—Por oficina se refiere a nuestro centro de mando, en el piso de arriba. Te lo enseñaremos mientras estés aquí. Es bastante impresionante. Wolf vive en una cabaña pequeña junto a la finca, pero siempre está aquí.

—No finjas que no te gusta. Y mi centro de mando será mucho más impresionante en cuanto este tío apruebe las nuevas cámaras que quiero comprar.

—Aprobado —dijo Gage—. Usa los mil dólares que me debes. ¿Por qué trabajas tan tarde esta noche?

Wolf miró por la ventana un momento antes de decir:

—Trabajando en algo para Feen.

—¿Qué? —Celeste frunció el ceño.

—Ah, ya conoces a Feen, siempre tramando algo.

Miré a Gage, que tenía las cejas fruncidas por la preocupación.

—Ese tío necesita una novia —refunfuñó Celeste.

Wolf me hizo un gesto con las cejas, dando a entender que yo debería ser esa chica.

Gage me apretó la rodilla con más fuerza, lo que le valió una ceja arqueada de Celeste.

—Muy bien —dijo rápidamente, cambiando de tema—. Eh, vamos a bajar a la escena a ver si necesitan algo.

Capté la mirada de reojo de Celeste y bajé la vista. El cambio de tema de Gage había sido tan sutil como un terremoto, y a Celeste no se le escapaba una.

Gage sacó una toalla de debajo del fregadero y me la dio.

—Vuelvo enseguida. El teniente Colson va a querer entrevistarte de nuevo. ¿Te ves con fuerzas?

—Sí, por supuesto.

Gage dirigió la atención a Celeste.

—Vosotras dos haced vuestras cosas de chicas.

—La crema antipicazón está en la habitación de Gage, al lado de los condones y las bolas anales —pinchó Wolf.

—Ah, eso me recuerda que tenía que devolvértelas —sonrió Gage, y luego se dio la vuelta y cruzó la habitación con paso firme, con Wolf pisándole los talones.

Celeste lo llamó:

—¿Gage?

—¿Sí? —respondió él, sin aminorar el paso ni mirar atrás.

—Estará en la Cabaña 1...

Él agitó el dedo índice en el aire mientras asentía, antes de desaparecer tras la esquina.

Miré a Celeste.

¿Qué era la Cabaña 1?

18

GAGE

—Sal algo en un minuto.

Concentrado únicamente en el mensaje que estaba enviando, Wolf asintió y salió por la puerta trasera. Fruncí el ceño, me di la vuelta y seguí los susurros que venían de la cocina del personal. Era más de medianoche y todos los que estaban despiertos se encontraban en la escena, salvo Celeste y Niki.

Me detuve en el umbral, aguzando el oído para escuchar lo que parecía una discusión. Repasé mentalmente la lista del personal que había trabajado ese día, y sentí desprecio por mí mismo al darme cuenta de que no podía nombrarlos a todos. Papá conocía a todos por nombre y apellido, y cada detalle de su familia. Feen también.

¿Cuándo me había vuelto tan egocéntrico?

Asqueado conmigo mismo, salí de las sombras y entré en la cocina.

Con uno de sus habituales vestidos muu-muu de estampado de cachemira, nuestra ama de llaves, Opal Mallick, permanecía con los brazos cruzados sobre su voluptuoso pecho. Llevaba las rastas grises recogidas a los lados con cintas brillantes.

No estaba contenta. Algo inusual en el ama de llaves.

Papá había contratado a Opal para ayudar con la casa poco después de perder a mamá. Se habían conocido en una esquina

donde Opal vendía pinturas y lecturas psíquicas. Por diez dólares, te decía la buenaventura y te dibujaba el perfil. A sus sesenta y un años, Opal era una hippie autoproclamada y dirigía la casa, y al personal, con mano de hierro. Siempre me había caído bien. A Dallas, en cambio, no. Se rumoreaba que a Dallas no le gustaba que Opal viviera en el sótano, que había sido reformado según sus especificaciones: muchas ventanas y muchos colores oscuros.

Frente a Opal estaba Remy Cotter, nuestro cliente naval retirado, con nada más que un pijama a rayas y zapatillas. Ambos se sobresaltaron al verme en la puerta.

—Señor Steele —Opal retrocedió rápidamente—. ¿Puedo traerle algo?

Sin apartar la mirada de Remy, crucé la pequeña estancia.

—¿Todo bien, señor Cotter?

Lanzó una mirada fugaz a Opal.

—Sí. Solo salí a ver a qué venía tanto alboroto.

—Ax mencionó que te habías quedado dormido hace horas.

—Bueno, me desperté. Oí portazos y salí para asegurarme de que nadie anduviera merodeando por mi cabaña.

—Señor Cotter…

—*Remy.* Gage, te lo he dicho cien veces. Llámame Remy.

—Remy, perdona. El doctor Murray dijo que es mejor quedarse dentro hasta que te ajusten la medicación.

—Bueno, quizá si me devolvierais el arma que me confiscaron de la bolsa cuando me registraron, no sentiría la necesidad de investigar ruidos fuera de mi cabaña.

Miré a Opal, que se había bajado las gafas de montura roja hasta la punta de la nariz y alternaba la mirada entre nosotros dos.

—Vamos a traerte algo de beber, y haré que Ax te lleve de vuelta a tu cabaña.

—No necesito que Ax me lleve a ninguna parte, Gage.

—Lo sé, pero Remy, mientras estés aquí, respetarás nuestras reglas. Nadie anda por los terrenos después del anochecer sin escolta. ¿Entendido?

Murmuró algo sobre que me tirara por un acantilado.

Saqué el móvil y le envié un mensaje a Ax, luego le puse la mano en el hombro a Remy.

—Siéntate en la biblioteca, Remy. Opal te traerá un té, y Ax subirá enseguida.

—Bien.

Esperé hasta que Remy desapareció en la biblioteca antes de volverme hacia Opal, que ya había puesto agua a hervir.

—¿De qué estabais discutiendo vosotros dos?

—Pásame una toalla de papel, ¿quieres? —Sacó una taza de té del armario—. Remy me estaba dando la lata para que le consiguiera el arma. Está enfadado porque se la quitasteis y la quiere en su cabaña. Viejo chiflado.

—Pues no puede tener el arma mientras esté aquí, y punto — arranqué una toalla de papel de un gancho justo encima de un barreño con agua burbujeante en el fregadero—. ¿Qué estás blanqueando?

La taza de té se le resbaló de las manos y se hizo añicos en el suelo de piedra.

—Oh, no… —Sacudió la cabeza y empezó a agacharse.

—Yo me encargo —me agaché y recogí los cristales mientras la miraba—. ¿Estás bien?

—Sí… sí, perdona —se le sonrojaron las mejillas—. Remy me ha alterado, eso es todo. Lo siento —miró el fregadero—. Solo estoy haciendo la limpieza profunda mensual de los utensilios. Perdona por la taza —se retorció las manos, y las docenas de pulseras de oro tintinearon en el silencio. Por lo visto, todos estaban nerviosos.

Opal agarró uno de los cristales que le colgaban del cuello, con la preocupación frunciendo sus cejas tupidas.

—Estaba en mi habitación y vi a Remy subir por el camino trasero en su carrito de golf. Noté que algo iba mal, así que lo convencí de entrar a tomar un té hasta que pudiera conseguir que vosotros os encargarais de él… pero parece que habéis tenido una noche movida —vertió agua hirviendo en una taza nueva y sumergió una bolsita de té. El vapor se arremolinó desde los bordes. La preocupación brillaba en sus ojos—. ¿Qué pasa con la policía de ahí fuera, cielo?

—Tuvimos un pequeño incidente en el bosque.

—Un incidente muy bonito.

Bajé la mirada mientras el hermoso rostro de Niki me destellaba en la mente.

—Bueno, sé que vosotros cuidaréis bien de ella. Voy a llevarle el té a Remy.

—Opal, ¿sabes si alguien salió de la finca esta noche? ¿Tú saliste, por casualidad?

—No. Estuve un rato en los establos antes de volver al sótano. Y no, no estoy segura de nadie más. ¿Quieres que pregunte por ahí?

—Por favor. Y ¿te importaría enviarme una lista con los horarios de todos esta semana? Sobre todo de quién trabajó hoy.

—Por supuesto.

—Gracias, Opal.

Al salir de la cocina, mi mirada se clavó en el cuchillo de trinchar que estaba en remojo en el fregadero.

19

NIKI

Tras dos horas más de entrevistas y un horrible regreso a la escena del crimen, Gage me sacó por la puerta trasera mientras sus hermanos y Celeste se reunían en la cocina para una última copa.

La noche se había enfriado, bajando hasta los diez grados, un preludio del invierno que se avecinaba. Las estaciones estaban cambiando, algo muy apropiado, porque sentía que mi vida también lo hacía.

Gage me condujo por un pequeño camino de piedrecitas bordeado de luces decorativas. La última vez que miré el reloj eran casi las dos de la madrugada, aunque sentía que llevaba semanas sin dormir.

Una nube se apartó, dejando que el resplandor plateado de la luna bañara las montañas a lo lejos. La noche estaba quieta, inquietante, como si todas sus criaturas presintieran el mal que había ocurrido horas antes.

Estaba exhausta, mental y físicamente, y me dolía todo el cuerpo, lo que agravaba mi estado ya de por sí alterado tras aceptar pasar la noche bajo la protección de Steele Shadows Security. De Gage, en concreto.

Lo único que quería en ese momento era mi *propia* cama. Pero no tenía elección. Mi Jeep había sido confiscado, remolcado y enviado a un laboratorio forense a primera hora de la mañana para analizarlo en busca de ADN o cualquier rastro. No tenía teléfono para llamar a los pocos conocidos que tenía y pedirles que me recogieran y me dejaran quedarme en su casa, y aunque lo hubiera tenido, la idea de volver a contar la historia una vez más me revolvía el estómago. Por último, según Gage, existía la posibilidad de que quien había intentado matarme todavía anduviera buscándome.

Un vistazo rápido a las redes sociales de Ian Lee no aportó muchas pistas, salvo que era un intolerante socialista que no creía en el conformismo. Un total de seis publicaciones y apenas un puñado de seguidores no daban mucho de donde tirar.

Ian Lee era un tipo de veinticuatro años, natural de Berry Springs, que trabajaba en la construcción cuando no estaba cumpliendo condena por alguno de sus muchos delitos menores. No había visto a ese hombre en mi vida, pero cuando abrieron su perfil en redes sociales, casi vomité. Daba igual lo que Ian me hubiera hecho, daba igual lo que hubiera planeado hacerme, nada parecía justificar la muerte del hombre que sonreía a la cámara con una lata de Budweiser en la mano.

Lo había *matado*. Y como si eso no fuera suficientemente dramático, después alguien lo decapitó.

A medida que avanzaba la noche, quedó claro que el oficial Haddix consideraba mi ataque un acto de violencia al azar, de esos que ocurrían con demasiada frecuencia. La hipótesis consensuada era que mi atacante temía que, dado que había sobrevivido, pudiera identificarlo. Me había perseguido por el bosque por eso, o para vengar a su amigo, al que yo había matado. Yo no estaba necesariamente de acuerdo ni en desacuerdo; solo quería que lo atraparan y lo llevaran ante la justicia para poder seguir adelante con lo que quedara de mi vida.

Gage y yo no hablamos mientras caminábamos por el sendero; las agujas de pino crujían bajo las zapatillas peludas que Celeste me había dado después de que Gage me curara los pies. Inspiré el aire

fresco del otoño intentando despejar la niebla que me nublaba la mente. Olía a hojas caídas y mohosas, y a muerte.

El sendero hizo una curva y Gage me cogió suavemente de la mano para guiarme hasta un reluciente quad biplaza.

Me ayudó a subir al asiento del copiloto, guiándome con suavidad, con las manos en mi espalda.

Con un rugido sordo del motor, nos adentramos en el bosque oscuro por un sendero de piedra bien cuidado, con vegetación ornamental a los lados. Los rayos de luna oscilantes bailaban sobre el suelo del bosque mientras nos internábamos en la espesura, y un resplandor azul inquietante iluminaba nuestro camino.

Una ráfaga de viento me provocó un escalofrío y me abracé a mí misma.

Gage sacó una chaqueta Carhartt de camuflaje de la parte de atrás.

—Gracias —mi voz apenas se oía por encima del motor mientras me la pasaba.

Condujimos unos minutos más en silencio, dando tumbos sobre las piedras, con el cuerpo tan entumecido que ya no sentía nada. Entonces me miró, y la luz moteada de la luna bailaba sobre su rostro.

—Lo hiciste bien ahí dentro.

—¿Acaso había otra forma aceptable?

Me miró con una expresión que no logré descifrar.

Pasaron unos segundos.

—¿Dónde queda exactamente la Cabaña 1?

—Bajando la colina, no muy lejos. Es donde te vas a quedar la próxima semana.

—¿Qué?

Giré la cabeza bruscamente hacia él.

—¿Semana? No, no, Gage. Mañana me voy a casa. Tengo un trabajo. No puedo simplemente...

—No te preocupes por el coste. Está cubierto.

¿El *coste*? El letargo dio paso de golpe a la ira.

—¿Y eso qué se supone que significa?

—Significa que sigues en peligro y necesitas protección personal hasta que neutralicemos la amenaza.

—¿Vas a cubrir el coste?

Las emociones empezaron a arremolinarse dentro de mí como un huracán.

—¿Automáticamente das por hecho que no puedo cuidar de mí misma? ¿Porque me dieron una paliza? ¿Soy débil física *y* económicamente? ¿Es eso?

—Tranquilízate, cariño.

—No me llames cariño.

—No estoy de humor, señorita Avery. Es tarde.

—Es *Niki*, y no me digas lo que tengo que hacer. Haré lo que me dé la gana. No tengo por qué estar aquí, ¿sabes?

Mi tono era el de una niña mimada y desafiante.

—De hecho, me voy a casa andando.

Salí disparada hacia delante cuando Gage pisó el freno de golpe.

—No, no tienes que estar aquí. Y desde luego no pienso seguir intentando convencerte. Te vas, él te pilla. Allá tú, cariño. Venga, bájate. Yo vuelvo a mi cerveza. A mí me da igual.

Lo fulminé con la mirada; la chispa en sus ojos ardía tanto como la mía. Gage Steele no toleraba que le levantaran la voz, ni la estupidez, porque por supuesto que no iba a irme a casa. Él lo sabía. No toleraba las discusiones absurdas, y estaba dispuesto a dejarme tirada en la calle —o en el suelo— a pesar de la electricidad que chisporroteaba entre nosotros.

Me di cuenta entonces de que estaba tratando con alguien impredecible. Un temperamento explosivo, como el mío. Gage y yo íbamos a ser como gasolina y fuego. O mantendríamos una distancia segura el uno del otro, o explotaríamos. Juntos.

Cedí primero y aparté la mirada. Él esperó, sin dejar de mirarme fijamente, retándome a decir una palabra más. Cuando se convenció de que me había callado de una vez por todas, continuó por el sendero con una sacudida que me sobresaltó y rompió el silencio que se había instalado entre nosotros.

Estuve rumiando cosa de un minuto, cada vez más enfadada, hasta que ya no pude controlarme. Por loco que parezca, sentaba

bien discutir, pelear, liberar la tensión. Así que me lancé. *A degüello.*

—¿Crees que la única razón por la que quiero irme a casa es porque no tengo con qué protegerme? —solté una carcajada que me hizo sonar como una mujer histérica y enloquecida. Lo cual, en ese momento, no estaba muy lejos de la verdad—. Tengo mucho dinero y muchas formas de protegerme. Tengo una pistola en casa, pero ¿quién demonios necesita una pistola? ¿Verdad? ¡¿*Verdad*?! —estaba perdiendo el control—. Dame un maldito cuchillo de cocina y mataré a cualquiera que se cruce en mi camino —se me quebró la voz—. ¡*Maté* a un hombre esta noche, Gage! *Maté a un hombre.*

Y entonces estallé en lágrimas, una ola incontrolable de emociones que me golpeó con la fuerza de mil ladrillos. Me derrumbé. Quiero decir, completa, totalmente, con los mocos cayéndome por la nariz, me derrumbé.

Pasaron unos instantes mientras sollozaba con la cara entre las manos; luego noté que nos habíamos detenido.

—No —susurré entre sollozos—. Solo... por favor, sigue. Llévame adonde tengas que llevarme y déjame en paz. Déjame sola.

—Niki... —susurró con voz baja y suave, que se mezcló con la brisa—. Niki, ven aquí.

No lo hice. No podía. Estaba avergonzada, conmocionada hasta la médula, y obviamente no pensaba con claridad.

En cambio, seguí llorando, y él me lo permitió, hasta que sentí su mano deslizarse sobre mi pierna. Luego, un dedo suave en la barbilla. Me la levantó y me giró la cabeza hacia él: se había bajado del vehículo y había caminado hasta el lado del pasajero, hasta mi lado. Estaba en cuclillas, mirándome con esos ojos tormentosos que reflejaban la luz de la luna.

—No llores —susurró de nuevo—. Por favor. No llores.

Escuché las palabras, pero en medio de aquella liberación incontrolable, no me detuve. No podía.

Se quedó conmigo otro minuto, luego me tocó el brazo, suavemente, pidiendo permiso. Cuando no me aparté bruscamente, añadió el otro. Sentí que se acercaba más, y yo quería que se acercara más. Me pregunté si había dicho mis pensamientos en voz alta porque, al segundo siguiente, estaba envuelta en sus brazos y

en el suelo con él. La tierra sólida me reconfortaba, estable. Aquel hombre me reconfortaba mientras lloraba contra su chaqueta de cuero. Un ancla, una fuerza, una calma en medio de una noche de caos total. Gage me acarició la cabeza, escuchó mi llanto, sin hacer preguntas, sin pedir nada a cambio, hasta que finalmente no quedaron más lágrimas.

No quedaba nada de mí.

Era como si me hubieran exprimido hasta la última emoción que un ser humano podía sentir, y me hubiera convertido en un cascarón vacío.

Sorbiéndome los mocos, me limpié la nariz, las mejillas, y luego me froté la cara con las manos.

Me ayudó a levantarme.

No podía mirarlo a la cara.

No dijimos nada mientras me guiaba de vuelta al vehículo; luego continuó por el sendero hasta que giramos a la izquierda, hacia otro sendero estrecho. Este se adentraba serpenteando en el bosque, y aproveché para respirar de forma meditativa en un intento desesperado de recuperar el equilibrio.

Más adelante, divisé luces doradas que parpadeaban entre los árboles. Otra curva, y el sendero desembocó en un claro donde una pequeña cabaña de troncos resplandecía en la oscuridad. Me recordó a una de esas pinturas de Thomas Kinkade. Pintoresca, cálida y acogedora, con chimenea y porche envolvente. Crisantemos de colores en macetas bordeaban los escalones. Hojas caídas salpicaban el suelo y el tejado, con la luna posada en el pico.

—¿Cabaña 1?

Gage asintió.

—¿Estás lista?

Asentí y me arrastré fuera del vehículo, con el cuerpo como un fideo. No tenía nada. Ni bolsa, ni teléfono, ni ropa, nada. Solo una hoja roja metida en la cintura de los pantalones cortos.

Miré alrededor mientras cruzaba el camino de piedras que desaparecía colina abajo. Un bosque denso abrazaba la cabaña, proporcionando privacidad y, supuse, seguridad adicional.

—¿Estás bien?

No me había dado cuenta de que Gage me estaba observando.

Asentí y me reuní con él en la puerta principal. No había llave, solo un teclado numérico que exigía un código ridículamente largo y la huella dactilar de Gage para entrar.

La gruesa puerta de madera se abrió a una única estancia, decorada con muebles de cuero lujosos y mantas de cuadros, y una estantería con más libros de los que podría leer en toda una vida. Olía a fresco y limpio, a Pine Sol con un toque de vainilla. Las luces ya estaban encendidas: lámparas de mesa y de pie que proyectaban un resplandor dorado por la habitación. Una pared de ventanas, negras en la noche, daba a una terraza mirador con vistas al bosque. A la derecha, una pequeña cocina con electrodomésticos de alta gama y los mismos utensilios de cobre que en la casa principal. La pared izquierda la ocupaba una hermosa chimenea de piedra, flanqueada por dos habitaciones. Una era un pequeño dormitorio con cama con dosel y un edredón blanco deslumbrante que parecía tan ligero y esponjoso como una nube; la otra, un baño de piedra oscura con bañera de cobre y lavabo.

—Es preciosa.

Gage se dirigió a la cocina.

Mi mirada se posó en una bolsa grande con una nota que decía Niki, sobre la mesita.

—Déjame adivinar. ¿Tampones y crema para el picor?

Gage sonrió mientras revisaba las ventanas y los cerrojos.

—Ni idea. Celeste preparó la habitación. Supongo que habrá ropa, esos productos de ducha carísimos de chicas y las cremas que usáis mientras os arregláis. Deja que te lo enseñe todo.

Lo seguí por la cabaña mientras me mostraba los electrodomésticos, el frigorífico completamente abastecido, la chimenea automática, el dormitorio, el baño. Por último, y lo más importante, me mostró el sistema de seguridad, que incluía un mando a distancia del tamaño de un móvil enorme, con todas sus prestaciones.

—Nadie puede entrar en esta cabaña. Tenemos ventanas y paredes a prueba de balas, y cámaras de seguridad por toda la montaña.

Sentí que parte de la tensión abandonaba mis hombros.

—¿Y si quiero salir?

—Tendrás que introducir tu código para desactivar la alarma. Cuando vuelvas a entrar, la reactivarás. Si se te olvida, no te preocupes, se reactiva cada veinte minutos y emitirá un pitido de aviso si sigues fuera; en ese caso, tendrás que desactivarla otra vez.

—¿Y un teléfono? No tengo. ¿Cómo me pongo en contacto contigo?

Se acercó a la chimenea, bajó una ornamentada caja turquesa de la repisa y sacó un pequeño collar. Era precioso. Aunque, de algún modo, sabía que ese no era el objetivo. Lo alzó sobre mi cabeza, como un rey a su caballero. Gage el rey, yo su sierva.

Bajé la barbilla mientras él lo deslizaba alrededor de mi cuello. Me apartó el cabello del hombro y su pulgar me rozó la mejilla. Un escalofrío me recorrió la piel. Levanté la vista hacia unos ojos que me miraban con tal intensidad que el corazón me dio un vuelco. Su mirada se desplazó al moretón bajo mi ojo. El músculo de su mandíbula se tensó; luego, volvió a mirarme. Sin apartar los ojos, se inclinó hacia delante, y por un momento pensé que iba a besarme. Pero, en lugar de eso, aseguró el cierre en la parte posterior de mi cuello mientras me susurraba al oído:

—Llevarás esto mientras estés aquí.

El calor de su aliento, la proximidad de sus labios, hicieron que el pulso se me acelerara.

—Hay un pequeño botón en la parte de atrás del colgante. Púlsalo si me necesitas, o si alguna vez te asustas, y estaré ahí en un momento.

Se apartó y se llevó consigo el calor abrasador que había entre nosotros. Como la atracción de un imán, sentía de verdad la tensión sexual que vibraba entre nosotros.

Como fuego y gasolina.

—¿Dónde estarás? —susurré.

—En la casa principal, justo subiendo la colina. Estaré aquí si me necesitas. Puedes contar con ello.

Asentí y empecé a darle vueltas al colgante entre los dedos.

—Gracias, Gage.

Recorrió mi rostro con la mirada y se detuvo en mis labios.

Me preocupaba que pudiera oír el tamborileo de mi corazón en medio del silencio.

Por fin, me miró a los ojos e inclinó la cabeza.

—¿Qué significa la hoja de arce?

—Oh.

La mano me bajó a la cinturilla de los pantalones cortos; los ojos, al suelo.

—Es…

Me cubrí la hoja con la mano mientras me preguntaba cómo explicar su simbolismo, especialmente a un hombre. Cómo explicar que aquella pequeña hoja me había salvado la vida. Que simbolizaba fuerza. Supervivencia.

No podía explicarlo en ese momento, así que no lo hice.

—Es solo algo que encontré.

Levanté la cara hacia él.

Asintió, y vi de nuevo esa comprensión en su rostro. La misma que había mostrado cuando se dio cuenta de cómo me habían atacado.

Se sacó unas chapas militares de debajo de la camisa.

—¿Qué son esas?

—… Solo algo que encontré.

Sonreí, conteniendo el impulso de ponerme de puntillas y besarlo.

Se guardó el collar bajo la camisa.

—Me aseguraré de que Opal sepa que no debe tirarlo.

—¿Opal?

—La del servicio de limpieza.

Claro.

—Gracias.

Me pasó el dedo por el moretón de la cara.

—Niki, solo quiero que sepas…

El estridente sonido de un móvil lo interrumpió. Retrocedió de inmediato, el calor se disipó de sus ojos y volvió a su actitud profesional mientras leía un mensaje de texto.

—Tengo que irme. Tu código de seguridad personal es el 4764. Generado aleatoriamente. Lo sabemos mis hermanos y yo, nadie más. Se reinicia con cada inquilino. ¿Tienes hambre?

—Vale, y no… todavía no, al menos.

—Hay mucha comida en la nevera, y si quieres cualquier otra cosa, podemos conseguírtela. El número de la casa principal está en el teléfono del dormitorio, junto con mi móvil personal. Llama si necesitas algo. Tienes un carrito de golf aparcado junto a la cabaña. Puedes venir a la casa principal cuando quieras. Sigue el sendero de atrás. El camino de entrada baja por la montaña hasta el camino de tierra principal; no lo cojas, coge siempre los senderos de atrás. Y lleva siempre el collar, y no te olvides de activar las alarmas. Por último, nadie puede andar por los terrenos después del anochecer.

Miré por la ventana, incapaz de creer dónde estaba y lo que estaba oyendo. Oficialmente, era alguien que necesitaba seguridad personal.

—Niki…

Volví a mirarlo con la mirada vacía.

—Aquí estás a salvo. Te doy mi palabra.

Como si no pudiera resistirse a tocarme otra vez, me apartó un mechón de pelo de la cara.

—No dejaré que te pase nada. Estás a salvo y no estás sola.

No estás sola.

Bajé la barbilla mientras el escozor de las lágrimas amenazaba con delatarme. No quería llorar delante de él. No otra vez.

Gage captó la señal y retrocedió, dudó un momento antes de darse la vuelta y salir por la puerta principal.

Y me dejó a solas con mis lágrimas.

20

NIKI

Abrí los ojos de golpe en la oscuridad y el pánico se apoderó de mí. No sabía dónde estaba ni qué hacía allí. Recorrí la habitación con la mirada, desesperada por recuperar recuerdos. Me fijé en una luz roja que parpadeaba en un teléfono en el extremo del sofá donde me había quedado dormida. Solo que no era un teléfono, era un mando de seguridad. Un mando de seguridad para la cabaña a la que me habían llevado para salvarme la vida del hombre que quería arrebatármela.

Los recuerdos me inundaron la mente.

Me incorporé y el dolor me recorrió la espalda mientras la suave manta afgana con estampado navajo caía al suelo de madera. Una brisa fresca barrió mi piel, antes cálida, mientras miraba las ventanas, negras como la tinta en la noche.

Miré el reloj: las 2:47 de la madrugada.

Faltaban horas para que amaneciera. Horas para un nuevo día, para empezar de cero.

Pensé en mi trabajo y se me revolvió el estómago.

Había trabajado tan duro para construir una vida con sentido, una en la que no tuviera que depender de nadie ni de nada. Ser verdaderamente independiente, ese había sido siempre mi objetivo. Desde el momento en que nací en la pobreza, en una bañera

oxidada y manchada —uno de los pocos hechos que nunca había llegado a oídos de los cotillas de Berry Springs—, había luchado por la dignidad. La mayoría de la gente luchaba por el respeto, por el honor, por empezar de cero. Yo no. Yo creía que era más que mi forma de llegar a este mundo. Pero ahora todo estaba confuso. Ahora era alguien a quien habían atacado.

Ahora era una asesina.

Mareada, me levanté del sofá. En un intento desesperado por aliviar aunque fuera un poco el malestar, me dirigí a la cocina. Aliviar la hipoglucemia por falta de comida era algo que podía controlar, algo que podía arreglar en ese momento. Por mi cuenta. Ese pequeño pensamiento, ese diminuto estallido de positividad, hizo que me rugiera el estómago.

Una cosa a la vez. *Arregla una cosa a la vez, Niki.*

Las zapatillas de lujo que mi nueva mejor amiga —también conocida como Celeste— me había dejado se deslizaban por el suelo de madera, abrazándome los pies doloridos como un cálido abrazo. Su «bolsa de bienvenida» no decepcionó. Dentro había varios cambios de ropa, todos de las tallas correctas, incluida una camiseta gris de Steele Shadows hecha del algodón más suave que había sentido jamás, y un pantalón de franela, grueso y acogedor. Me puse ambos en cuanto Gage se fue. También dentro de la bolsa había una impresionante selección de maquillaje, productos para el cabello, un diario y una bolsa gigante de M&M's... lo imprescindible para cualquier mujer en fuga.

Mientras caminaba hacia la cocina, examiné las gruesas paredes de troncos, los cuadros de naturaleza que colgaban de ellas, las antiguas lámparas, y me pregunté cuántas personas habrían pasado noches en esa misma cabaña. ¿Qué camino habían tomado sus vidas para llevarlas hasta ese punto? ¿Cabía suponer que todos habían sido atacados de una forma u otra? Si no físicamente, ¿quizás emocionalmente? Y lo más importante, ¿dónde estaban ahora?

¿Felices?

Abrí la nevera de un tirón: estaba repleta de frutas frescas, verduras, carnes, quesos, y en el congelador, pizzas, helado y una pila de cenas instantáneas orgánicas. Cogí una manzana, un palito

de queso y un refresco descafeinado, algo ligero para llenar el vacío del estómago. Me apoyé contra la encimera y mordisqueé mientras la mirada me vagaba hacia el exterior, donde la luna llena bañaba las montañas. Un grupo de luces parpadeaba entre los árboles. La casa principal.

Gage.

Estaba despierto. Aparentemente, toda la casa lo estaba.

Una oleada de mariposas me recorrió el estómago vacío con solo pensar en él. En sus manos sobre las piernas, la punta de su dedo en la cara, esa mirada en sus ojos que ponía en alerta todos mis sentidos.

Había oído hablar de los hermanos Steele: verdaderos chicos malos, duros como el acero y aún más difíciles de domar. Se rumoreaba que eran decididamente —no trágicamente— solteros. Playboys muy solteros, cada uno con muchas mujeres, pero sin dejar nunca que ninguna se acercara demasiado.

Me pregunté qué estaría haciendo Gage. ¿Terminándose esa cerveza? ¿Viendo la televisión? ¿Acurrucado con una rubia tetona?

Sin apartar la vista de la casa a lo lejos, salí por la puerta trasera a la terraza para tomar un poco de aire fresco. Una serie de pitidos furiosos resonaron en el silencio y me recordaron que cogiera el mando de seguridad y tecleara el código que Gage había escrito en un post-it antes de irse. Su letra era tan agresiva y afilada como cada palabra que salía de su boca. Trazos rápidos de letras, como si le doliera incluso tomarse el segundo para escribirlo.

La pesada puerta de madera se cerró detrás de mí. Un columpio rodeado de velas y crisantemos naranjas brillantes se balanceaba en el aire fresco, y su sombra bailaba sobre el suelo de la terraza. Las hojas muertas rodaban sobre mis zapatillas. La noche estaba tranquila, inquietantemente tranquila.

Respiré hondo y caminé hasta la barandilla. La mano se me deslizó inconscientemente hasta el collar de seguridad y froté ligeramente el botón de SOS en la parte trasera.

Inhalé el aire fresco y limpio de la montaña, apoyé los codos en la barandilla y contemplé el castillo en la colina.

¿Cómo sería vivir así? Tener todo en el mundo al alcance de la mano, o al menos el dinero para conseguirlo. Ser imposiblemente guapo, rico, poderoso y letal. Mis pensamientos volvieron a las manos de Gage en las piernas mientras me limpiaba suavemente las heridas.

Sentí un cosquilleo abajo, calor, una necesidad desconocida que empezaba a calentarme la piel.

Miré el número que había pegado en la parte trasera del mando. Su número.

Eché un vistazo al teléfono inalámbrico sobre la mesa de café. Quizás...

¡Crack!

El corazón se me estrelló contra la caja torácica cuando una bala pasó silbando junto a mi cabeza, tan cerca que el pelo me voló con la ráfaga de viento. Me lancé hacia un lado y me zambullí en el suelo de la terraza.

Otro crack, este como una bomba que explotaba a lo lejos. Una maceta se hizo añicos a centímetros del hombro. La tierra voló por todas partes, sobre mí, mientras las balas rebotaban en las ventanas detrás de mí. Agarré desesperadamente el collar, que se había retorcido alrededor del cuello y colgaba en algún lugar de la espalda.

No podía gritar, no podía respirar, no podía pensar. Estaba completamente aterrorizada mientras la cabeza me daba vueltas como una peonza.

La cuerda del collar me quemó la piel mientras tiraba de él alrededor del cuello para encontrar el botón.

Otro disparo que partió la barandilla de madera justo delante de mí, y supe que el tirador me tenía ahora firmemente en su punto de mira.

Estaba jodida. Mi atacante había vuelto a por mí, y iba a terminar el trabajo.

Me preparé para el impacto justo cuando un cuerpo voló por el aire y me lanzó contra la esquina una fracción de segundo antes de que la bala me atravesara la frente.

Gage.

Jadeante, quedé inmovilizada debajo de él, con todo su cuerpo cubriéndome. Gritaba a alguien, o quizás a algo. No logré distinguir las palabras.

Giré la cabeza hacia un lado y parpadeé para aclarar la visión borrosa mientras mis ojos recorrían frenéticos el suelo de la terraza.

Y el estómago me dio un vuelco.

Bajo un pelo erizado, enmarañado de hojas y sangre seca, un par de ojos congelados me miraban sin vida, clavados en mi alma; una lengua que colgaba grotescamente de una boca azul grisácea, entreabierta como si intentara decirme algo. Y justo debajo, tiras ensangrentadas de piel pendían de la cabeza decapitada de Ian Lee.

21

NIKI

—¡*Los disparos vienen de la esquina noroeste de la propiedad, revisen el acantilado!* —la voz atronadora de Gage me llegaba entrecortada al ritmo de los latidos desbocados de mi corazón.

Se quitó de encima de mí y me examinó frenéticamente.

—¿Estás bien?

Tragué la bilis que me subía a la garganta.

—Ian está... —balbuceé—. Gage, mira.

Siguió mi mirada, evaluó con frialdad la cabeza decapitada como si no fuera la primera que veía y volvió a centrarse en mí.

—¿*Tú* estás bien?

—Sí. Gage, *la cabeza*.

—La veo. No la toques. La dejamos exactamente donde está para la policía. Celeste ya los ha llamado. ¿Estás segura de que no estás herida?

—Sí.

Me pasó los brazos por debajo y me levantó de la terraza mientras sonaban más disparos a lo lejos.

Me llevó dentro de la cabaña.

—Lo atraparán.

—¿Quién? ¿Quién lo atrapará?

—Mis hermanos.

Me llevó a la cocina y me sentó en la encimera, por segunda vez aquella noche.

—No pude llegar a mi collar a tiempo... lo siento... ¿cómo supiste que te necesitaba? ¿Cómo...?

—Estaba en el bosque —me examinó de arriba abajo, como si no se creyera que estuviera ilesa.

—¿En el bosque haciendo qué?

—Vigilándote —me miró a los ojos un instante y luego volvió a fijarse en un pequeño corte que había encontrado en mi rodilla. Cogió una tirita de la encimera y arrancó el envoltorio con los dientes.

—¿Vigilándome? ¿A casi las tres de la mañana?

—Cada segundo del día. Ese es mi trabajo, Niki.

El corazón me dio un vuelco y no supe si era por el escozor de la toallita antiséptica o porque Gage nunca me había dejado realmente sola.

Aunque solo fuera por su trabajo.

—¿Viste a quién dejó la cabeza?

—No, debieron de hacerlo antes, mientras todavía estábamos en la casa principal.

Se me desencajó la mandíbula.

—Lo que significa que nunca se marchó de la zona...

Los ojos helados se entrecerraron.

—Exacto.

—Lo que significa... que no se rindió —se me revolvió el estómago solo de pensarlo. Me estaban acechando.

—¿Cómo es que tu sistema de seguridad no lo detectó cuando dejó la cabeza?

—Seguro que saltó alguna alerta, pero todos estábamos pendientes de ti y revisando la escena. Los ciervos activan las cámaras constantemente. Es un trabajo constante solo verificar cada alerta —apretó la mandíbula—. Debería haber puesto a alguien delante del sistema.

Justo entonces, el rugido de un todoterreno se apagó junto a la puerta trasera, seguido de pasos pesados en la terraza.

—Será Ax. Quédate aquí.

Gage terminó de ponerme la tirita y desapareció en el salón. Bajé de la encimera de un salto mientras su hermano gemelo, igual de impresionantemente guapo, entraba en la cabaña.

—¿Lo atrapaste? —preguntó Gage a Ax.

—No. Me llevaba tres minutos de ventaja. Disparó desde el acantilado, exactamente como dijiste, luego cogió un sendero de cazadores y se largó en un quad montaña abajo. Lo seguí hasta que los senderos se cruzaron. El tío ha desaparecido. Wolf está revisando las cámaras.

—¿Y los disparos que oímos, entonces?

Una sonrisa arrogante, inquietantemente parecida a la que le había visto a Gage en más de una ocasión, cruzó los labios de Ax.

—Solo para desearle buenas noches —me miró, luego volvió a Gage—. Gunner ya está en las carreteras. No sé dónde demonios está Feen.

—De acuerdo. Mantenme informado.

—Entendido. La policía viene de camino —me lanzó otra mirada, esta con un deje de advertencia, antes de desaparecer por la puerta principal. ¿Una advertencia para que me quedara dentro de la cabaña? ¿O para que me mantuviera alejada de Gage?

Con una ceja arqueada, Gage se volvió hacia mí.

—Te dije que te quedaras en la cocina. No se te da bien seguir instrucciones, ¿verdad?

—Es una de mis muchas cualidades encantadoras.

Su mirada me recorrió el cuerpo y se detuvo en el logo de mi pecho.

—Bonita camiseta.

—Cortesía de Celeste.

—Ya me lo figuraba —soltó un largo suspiro, pasándose los dedos por el pelo—. Bien, no más salir afuera. Siéntate. Tenemos que hablar.

—Escucha —levanté una mano—. Gracias. Gracias por recogerme del bosque, gracias por protegerme y gracias por salvarme la vida hace un momento...

—¿Por qué me da que viene un «pero»?

—Pero deberías saber que, además de no seguir instrucciones, otra de mis cualidades encantadoras es que no me gusta que me den órdenes... —hice una pausa—. Esté en deuda contigo o no.

Me miró con una expresión que no pude descifrar. Luego acortó la distancia entre nosotros y se detuvo a centímetros de mi cara, con la mirada recorriéndome desde los ojos, bajando por las mejillas, hasta los labios, hasta el pelo. Me quedé paralizada, mi cuerpo reaccionando a su proximidad. ¿Qué tenía Gage, qué tenía ese macho alfa, que era capaz de pararme en seco? De volverme sumisa al instante.

¿Cómo podía sentirme tan atraída por alguien tan rápido, y después de algo tan traumático con otro hombre?

Porque confiaba en él, me di cuenta. Me había salvado la vida, ya dos veces. Gage había estado a mi lado en mis momentos más oscuros.

Mi caballero de reluciente armadura.

Alzó la mano y sacó lentamente un pétalo de mi pelo, lo deslizó por mi lóbulo, y el roce de la yema de su dedo fue como una descarga eléctrica que me recorrió el cuello.

—Niki —su voz era baja, tranquila, siempre exigente de toda mi atención—. Si estuvieras en deuda conmigo, créeme, lo sabrías.

El corazón me dio un vuelco y retrocedí porque temía no poder controlar mi siguiente movimiento.

Respiré hondo para calmarme. —Bueno. Tenemos que hablar…

Aun así, me miraba de una forma que me recordaba a un animal antes de devorar a su presa. Un hambre que le costaba toda su energía controlar. Fue entonces cuando me pregunté: ¿estará Gage esperando a que yo dé el primer paso?

¿Quiero dar el primer paso?

¿Podría siquiera con ello?

—Sí —dijo finalmente, al ver que yo no me movía—. Tenemos que hablar. —Entonces, con un brillo en sus ojos grises y una leve curva en los labios, añadió—: Señorita Avery, ¿me haría el honor de tomar asiento mientras mantenemos esta conversación?

Puse los ojos en blanco y me reí, agradecida por aquel momento de ligereza entre nosotros, por un respiro en la tensión sexual que

cada vez era más difícil de ignorar.

—En realidad, me vendría bien una copa.

—Música para mis oídos. Hay whisky en el armario encima de la nevera.

Miré hacia el pequeño armario en el que ni siquiera me había fijado.

—Nos gusta tenerlo fuera del alcance de los clientes que no beben habitualmente, pero a mano para los que lo necesitan.

—Y saben dónde buscar, por lo visto. —Me puse de puntillas.

—Ya lo cojo yo. —Pasó junto a mí y la mezcla de pino y jabón fresco volvió a hacerme cosquillas en la nariz. Era como si conociera todos los trucos habidos y por haber para descolocar a una mujer.

Con dos dedos de whisky y uno de esos cubitos de hielo grandes y elegantes en un vaso bajo, me apoyé en el armario mientras Gage me observaba con esa mirada suya escrutadora. Infinitas preguntas, infinitas sospechas, infinito calor.

Dio un trago directamente de la botella. —Así que lo que acaba de pasar cambia las cosas.

—Eh, sí.

—Haddix cree que tu ataque fue al azar. Pero yo no lo creo.

—Ya me di cuenta de que no lo creías *antes* de que alguien intentara acribillarme después de dejar una cabeza cortada en mi puerta.

—Exacto.

—¿Por qué?

—El hecho de que te persiguiera por el bosque después de que mataras a su compañero… eso no cuadra con un ataque al azar.

Había pensado lo mismo cien veces.

—Si a tu atacante le preocupara que pudieras identificarlo, habría huido de todas formas. Quizás habría disparado un par de veces, pero luego se habría largado. No te habría acechado por el bosque mientras su compañero yacía muerto al borde de la carretera. Escenario uno: tu ataque fue planeado y no terminaron el trabajo. Ha vuelto ahora para acabarlo. Es personal.

—De acuerdo en todo. —Apreté el vaso frío y sudoroso—. ¿Y cuál es el escenario dos?

—Niki… —Su tono condescendiente me recordó al de mi papá. Un tono que no me gustaba nada—. ¿Estás segura de que no los conocías? O tal vez...

—¿O tal vez qué? —espeté.

—Tal vez… las cosas se descontrolaron un poco esta noche y saliste corriendo. Y no pasa nada, solo necesito saberlo.

La rabia que me invadió al instante no tenía precedentes. Nunca me había enfurecido tanto ni tan rápido en toda mi vida. No solo por la acusación de que estaba mintiendo, sino por el descaro, viniendo de él.

—El escenario dos es que estoy mintiendo, ¿verdad? Que no me crees. —Con la mano temblorosa, dejé la copa.

La expresión estoica de Gage no se inmutó.

Estaba furiosa. Me crucé de brazos. —¿Cómo te atreves a insinuar que miento sobre algo como una agresión sexual? ¿Sabes cuántos casos similares he estudiado y en cuántos he trabajado? Crees que soy una mentirosa por mi papá. Que te quede clara una cosa, Gage: yo *no* soy mi papá. Me he pasado la vida entera huyendo de cómo me criaron. Me he dejado la piel para conseguir el puesto de fiscal de distrito. ¿Y crees que lo tiraría todo por la borda para qué? ¿Para darme pena a mí misma? ¿Por llamar la atención? Odio llamar la atención, Gage. Es mi mayor reto en el trabajo. No me gusta estar delante de la gente, con todos los ojos clavados en mí.

—¿Por qué lo haces entonces?

—Porque creo en ello. Ayudo a la gente a salir de los momentos más oscuros de sus vidas. Quiero ayudarlos. Conseguirles justicia. —Hice una pausa—. ¿Crees en el bien y el mal? ¿O la vida es solo un torbellino que nos arrastra adonde sea?

—Creo que cada uno se labra su propia suerte.

—Te equivocas. A veces pasan cosas malas. A veces la vida te lanza por un camino que nunca esperaste. ¿Y qué haces? Lidiar con ello. ¿Y qué ayuda? Tener al mejor equipo de gente a tu lado. —Cogí la copa del mostrador para enfatizar mis palabras—. Y que pienses que me he inventado una historia… como mi papá. —Se me quebró

la voz y el escozor de las lágrimas me calentó los ojos. Las contuve —. Me debes una disculpa.

Como no lo hizo, resoplé y sacudí la cabeza. —Ah, al diablo con esto. —Dejé la copa de golpe, le di la espalda y eché a andar hacia la salida de la cocina—. No necesito esto ahora mismo. Me largo de aquí...

Mi cuerpo se echó hacia atrás por la fuerza de su agarre. Me hizo girar como una muñeca de trapo y me topé con una mirada tan intensa que el corazón me dio un vuelco.

Me apretó los hombros con más fuerza mientras se inclinaba y estampaba sus labios contra los míos. Estaba sorprendida, atónita, paralizada de nuevo, completamente bajo su control, su dominio, exactamente como él quería. Su lengua encontró la mía con un cálido cosquilleo a whisky. Las rodillas me flaquearon, el estómago me bullía de emociones.

Me rendí.

Joder, me rendí.

Me derretí en su beso mientras retrocedía a trompicones. Él me atrapó sin esfuerzo y me aprisionó contra la pared con una fuerza que me dejó sin aliento.

Un cuadro cayó y se hizo añicos en el suelo.

Aflojó la presión y me acunó el rostro con suavidad, besándome profunda, apasionadamente, hasta que, lo que parecieron apenas unos segundos después, se apartó.

No abrí los ojos de inmediato. No quería hacerlo. Quería quedarme en ese instante para siempre.

Cuando por fin abrí los ojos, él me miraba fijamente, con el pecho agitándose tan intensamente como el mío. Tan sorprendido como yo por la emoción que había detrás del beso, por ambas partes.

—Discúlpate —exigí en un susurro entrecortado.

—Ni de coña —me susurró con un hambre salvaje en su voz profunda y ronca.

Di un paso adelante. Tranquila, fría, todo lo contrario a la tormenta que era —que es— Gage Steele. Acortando la distancia entre nosotros, me puse de puntillas, agarré un puñado de su

camisa y lo besé de nuevo. Suavemente. Despacio esta vez. Él no se movió, no me tocó, solo me devolvió el beso.

Mi lengua exploró su boca y luego recorrió su labio inferior.

—Discúlpate —susurré contra sus labios.

Sentía su corazón latir contra mi pecho.

—No —me susurró con voz ronca.

No me moví, solo incliné el rostro para que los labios me rozaran la comisura de su boca, la punta de la nariz contra su mejilla.

—Discúlpate —repetí.

—Lo siento —dijo él.

22

GAGE

¿Qué. Cojones. Fue eso?

Parpadeé, porque era lo único que parecía funcionar en ese momento, aparte de la tremenda erección que tenía.

Me costaba recordar la última vez que me había disculpado con alguien. Especialmente con una mujer. Seguro que lo había hecho alguna vez, pero rara vez pedía perdón. La gente me aguantaba, nos aguantaba —a mis hermanos y a mí— o no. Y si no, pues que se fueran. Al infierno.

Cuando Niki Avery me dijo que se iba —y tenía todo el derecho del mundo a hacerlo— fue como si mi cuerpo tomara el control de mi cerebro en un intento desesperado de mantenerla cerca. Fiel a mi estilo, no pensé, no consideré las consecuencias, simplemente actué. Una acción que acabó siendo el mejor beso de mi vida, junto con el momento más castrante —corrección, de arrancarme los huevos— de mi vida.

Me había exigido que le pidiera perdón.

Y... lo hice.

Joder. Lo hice.

Bajé la mirada al suelo, contemplando la armadura metafórica que esta mujer me había arrancado de un solo lametón. Mi ego me exigía dar un paso atrás, pero mi cuerpo no se movía. En lugar de

eso, me quedé mirando aquellos ojos marrones tan profundos, brillando con pasión... y victoria.

Y joder, lo único que quería era cogerla en brazos, llevarla al dormitorio y follármela hasta dejarla sin sentido, haciendo que su pequeña victoria fuera aún más dulce. Para los dos.

Pequeña victoria. ¿A quién quiero engañar? Niki sabía que era mucho más que eso. Sabía exactamente lo que acababa de pasar, mientras que yo... Solo sabía que me sentía como si me hubieran puesto a cuatro patas y me la hubieran metido por el culo.

Y joder si no me había gustado.

La verdad era que tenía que ponerla a prueba. Tenía que comprobar por mí mismo que Niki no mentía. Que no era como su padre. Obtuve mi respuesta, solo que no esperaba que me castraran en el proceso.

Niki no me dio las gracias por la disculpa. En lugar de eso, volvió pavoneándose a la cocina, cogió su copa y se la bebió de un trago.

Estaba oficialmente enamorado.

—Ahora —dijo, apoyándose en la encimera, con la voz más firme, más segura, como debía ser—. Averigüemos quién coño intenta matarme.

Bueno, esa era una tarea para la que estaba mucho mejor preparado que para lo que acababa de pasar, así que crucé la habitación, cogí mi copa y me apoyé en la encimera frente a ella.

—Empecemos por el principio de la noche. ¿Seguro que no notaste a nadie en el retiro de yoga mirándote más de lo normal, alguien que te llamara la atención?

—Sí, segura.

—¿Y alguien que te llamara la atención? Tu instinto, tu sexto sentido tirando de ti hacia él. Una pequeña señal de alarma.

—Segurísima. Como le dije a Haddix, la mayoría eran mujeres, y los hombres que había no tenían la complexión de los dos tipos que me atacaron. Esos eran tíos grandes. Tíos grandes y borrachos. Hasta el más delgado era corpulento. Fuerte.

—¿Los tíos grandes y borrachos no suelen ir a yoga?

Sonrió.

—No. No todos los hombres necesitan estar borrachos para ir a una clase de yoga, Gage.

Sonreí con suficiencia.

—Vale, entonces tuvo que ser alguien que te siguió o que sabía que ibas. Piensa, Niki.

—Te digo que nadie sabía que iba.

—¿Ningún amigo, nada?

—No.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué? ¿No tienes amigos?

Cambió el peso de pierna y bajó la mirada. Un tema delicado. Quizá más doloroso que lo que había pasado esa noche.

—Yo... eh... —tartamudeó, luego soltó el aire y echó los hombros hacia atrás. Un que te jodan en respuesta a su momento de debilidad. Un pequeño tic que se estaba convirtiendo rápidamente en una de mis cosas favoritas de ella. Le serví otro dedo de whisky.

—Sé que sabes que no era precisamente popular en el colegio —dijo—. En esas situaciones, no te queda más remedio que depender solo de ti misma. Convertirte en tu propia mejor amiga. Tuve que aprender muy joven a aceptar cosas que no podía controlar. Como los matones. Me endurecí. Supongo que eso se quedó conmigo en la edad adulta. Y no pasa nada. Soy así. Las cosas son como son. —Ladeó la cabeza—. Oye, podría preguntarte lo mismo. Corre el rumor de que tú y tus hermanos nunca salís de aquí, y cuando lo hacéis es solo para ir al bar juntos.

—¿Y?

—Pues te devuelvo la pregunta: ¿por qué no tienes amigos?

—No tienes hermanos, ¿verdad?

—Deja de evadir, y sí.

—Bueno, Ax y yo solo nos llevamos dos minutos, Gunner es dos años mayor, y Phoenix, tres. Todos somos muy cercanos en edad.

—Esa no es la única razón.

Arqueé una ceja.

—¿Me estás analizando, Señorita Avery?

—Uy, no tenemos toda la noche.

Me reí.

—No, la cercanía en edad no es la única razón por la que somos tan unidos, tan herméticos.

Bebí un trago, sopesando mi respuesta.

—Nos alistamos juntos en el ejército.

—Continúa…

Di otro trago —uno largo— y me aclaré la garganta. —Escucha, tú creciste sin mucho, yo crecí con mucho. Y lo creas o no, ambas situaciones conllevan cierto aislamiento. Poca gente lo entiende… te hace diferente. O al menos te hace sentir diferente. Tu valoración de mí, Niki, está equivocada. Muy equivocada. Sí me importan los demás, y sí me importan mis clientes, solo que no se me da bien demostrarlo. Lo sé. —Otro trago—. Mis hermanos y yo llevamos quince años luchando codo con codo, cuidándonos los unos a los otros. Matando los unos por los otros. Es un vínculo inquebrantable, como ningún otro en este mundo.

—Las cosas que has hecho. Te han endurecido. Corrompido.

Sí, así era. Lo sabía. A todos nosotros.

—Hay mucha maldad en este mundo. Esta noche has visto parte de ella. Niki, yo he visto diez veces más. La vida es frágil. Temporal. Si te apegas demasiado a algo… a cualquier cosa… a alguien… —Me aclaré la garganta de nuevo y bajé la mirada. «Incómodo» no empezaba a describir lo que sentía en ese momento. Nunca me abría. A nadie.

Jamás.

Miré por la ventana hacia la casa a lo lejos, que seguía resplandeciendo de vida a pesar de que eran casi las cuatro de la madrugada. Siempre era así. Nunca dormíamos.

—Y —exhalé, zanjando aquella conversación— la empresa da mucho trabajo.

Asintió lentamente, mirándome fijamente, esos ojos de medianoche atravesándome el alma. —Siento lo de tu padre.

Levanté la botella y di un trago. Pasó un momento de silencio denso.

—Entonces —dijo con voz alegre, desenfadada, y se lo agradecí —, los infames hermanos Steele, solitarios y amantes.

Una sonrisa cruzó mis labios, un agradecimiento silencioso por cambiar de tema.

Inclinó la barbilla en señal de reconocimiento. No conocía a esta mujer desde hacía ni doce horas y ya estábamos sintonizados con la comunicación no verbal del otro.

Dejé la botella. —¿Solitarios y amantes, eh? ¿Eso es lo que se dice por ahí?

—Pues sí. Sois legendarios por vuestros rollos de una noche.

—Sin complicaciones. —La puse a prueba.

—… Presas fáciles. —Bebió, observándome por encima del borde —. Sin esfuerzo, solo unas cuantas miradas bien calculadas e intentos poco disimulados de evitar cualquier conversación seria. No dejes que se acerque demasiado, ¿verdad?

—Exacto. —Cuadré los hombros y lancé la verdadera prueba—. ¿Es algo que puedas manejar, Niki?

Entrecerró los ojos. —Ni de coña.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire como un peso de plomo.

Como un desafío.

Nos miramos fijamente, la electricidad casi estallando a nuestro alrededor. Ella volvió a beber, una pequeña gota de whisky deslizándose por su barbilla, haciendo que la sangre se me concentrara entre las piernas. Necesité todo mi autocontrol para no lanzar la copa al suelo, tumbarla sobre la encimera y embestirla con la fuerza de un cañón electromagnético.

Sus ojos brillaron, sabiendo exactamente lo que estaba pensando.

—En fin —dijo—. Volviendo al tema que nos ocupa. Existe la posibilidad de que me siguieran, supongo, aunque me gustaría pensar que me habría dado cuenta.

Respiré en silencio, intentando enfriar mis pensamientos y centrarme en el verdadero problema: que alguien estaba intentando matar a Niki Avery, no el misil en mis pantalones.

—La mayoría de la gente no se da cuenta cuando la siguen, créeme.

—Vale, supongamos que me siguieron hasta el retiro. Los tipos esperaron a que terminara y luego empezaron a seguirme…

—Tomaron carreteras secundarias, por eso no te diste cuenta.

—¿Carreteras secundarias? ¿Por aquí?

—Sí. Esto me lleva a pensar que tiene que ser alguien de la zona. Así que voy a volver a mi pregunta inicial de todo esto. ¿Se te ocurre alguien, alguien que quisiera hacerte daño?

Soltó un suspiro y empezó a caminar de un lado a otro de la habitación. —Te lo digo, llevo una vida aburrida. Sin amigos, sin dramas.

—Sin novios, ¿verdad?

Su mirada se clavó en la mía. —Así es.

—¿Novias? —Sonreí y esto fue recibido con la puesta en blanco de ojos más dramática del mundo.

Exhaló. —Sé cómo funciona esto. Es un camino largo. He trabajado en innumerables casos de agresión. Casos desagradables.

—Piensa en esos, entonces. Nuestra empresa ha gestionado casos de seguridad en los que abogados fueron amenazados durante casos de alto perfil. Son blancos fáciles.

Arqueó las cejas. —Ni siquiera lo había considerado. Buena idea… —Se pasó los dedos por el pelo. Me descubrí embobado mientras la seda castaña le caía por la espalda.

—Gage, he llevado docenas de casos…

—Tenemos que hacer una lista y repasarlos uno por uno.

Asintió. —Ojalá tuviera mi portátil. Tengo todo en el ordenador del trabajo en mi casa. ¿Puedes llevarme ahora?

—Haré que Ax lo recoja a primera hora de la mañana. No quiero que vayas a ningún sitio donde puedan esperarte.

—Mis llaves de casa…

—Están en tu Jeep. Él las cogerá. Mientras tanto, ¿hay algún caso que te llame la atención? Piensa… ¿alguien de la misma estatura, la misma complexión que tus atacantes? ¿Algo con Ian Lee?

—Nada con Ian. —Su rostro se contrajo en concentración—. Y no, no se me ocurre nada, ahora mismo al menos. Los archivos del ordenador me refrescarán la memoria. —Su ceño se profundizó—.

Quienquiera que fuese se tomó muchas molestias para asustarme. Quiero decir, decapitar a un hombre y poner su cabeza fuera de mi ventana…

—No creo que fuera solo para asustarte, Niki.

—¿Qué quieres decir?

Dejé pasar un momento, preguntándome si llegaría a la misma conclusión que yo.

Lo hizo.

—Espera. —Se quedó boquiabierta—. ¿Crees que era un mensaje?

—Sí. Creo que esto es personal, que era una amenaza. Tu atacante piensa que lo viste, o quizás que lo reconociste, o que hay algún tipo de conexión que cree que vas a descubrir. Por eso volvió a por ti.

Se puso a dar vueltas por la habitación.

—Pero ¿por qué la cabeza? O sea, ¿por qué no otra cosa de la escena... lo que fuera? ¿Por qué la cabeza de Ian?

—¿En alguno de los casos en los que trabajaste alguien perdió la cabeza? —pregunté, casi con sarcasmo.

Se le fue la sangre del rostro.

—Dios mío... El último caso en el que trabajé... Se llamaba Mickey Greco. Lo detuvieron por fraude fiscal y múltiples cargos de perjurio. El juicio duró semanas. —Se tapó la boca con la mano—. Dios mío, Gage...

Me aparté del mostrador.

—Háblame de él.

—Era el típico bróker de traje y corbata que tenía su propia empresa de gestión financiera, pero entre bastidores era uno de los mayores traficantes de heroína del estado, y usaba los fondos de sus clientes cuando lo necesitaba. Era un tipo peligroso, Gage. Se rumoreaba que, si le debías dinero, iba a por ti, a por tu familia, a por todo lo que tuvieras. El caso es que algunos de los clientes de su empresa habían acudido a la policía cuando sus fondos desaparecieron misteriosamente. Trabajé con ellos durante meses intentando armar un caso. El problema era que Mickey parecía un santo, intachable. La policía no conseguía nada contra él... —Se le

oscureció la mirada—. Hasta que su socia, una mujer llamada Sheila Cancio, apareció violada, brutalmente torturada y *decapitada* en su casa de vacaciones en Florida. —Niki tragó saliva—. Sus clientes creen que había descubierto su operación de drogas y amenazó con ir a la policía. Huyó a Florida, pero no pudo escapar de él.

Su voz se apagó y parpadeó; la revelación nos golpeó a ambos como un mazazo. Cerré los puños mientras nuestras miradas se cruzaban. Eso podría haberle pasado a ella. Ella lo sabía y yo también.

—El forense dijo que Sheila estuvo viva durante casi todo el ataque. La mantuvieron con vida durante horas, torturándola lentamente hasta matarla. No la encontraron hasta tres días después.

—¿Lo acusaron de su asesinato?

—No. No, ese es el problema. Greco tenía múltiples coartadas, e incluso salía en cámara en varios sitios de la ciudad durante los días en que supuestamente la mataron.

—Hizo que otro lo hiciera por él. —Asintió, y yo dije en voz alta lo que ella estaba pensando—. El mismo tipo que fue a por ti.

—Posiblemente, sí.

—Entonces, ¿por qué encerraron a Mickey?

—¿Conoces la historia de Al Capone? La policía nunca pudo pillarlo por asesinato. Lo atraparon por evasión de impuestos. Pues bien, después de aquello, uno de sus clientes que le debía dinero vino a verme.

—¿Nombre?

—David Campos. La policía le ofreció inmunidad a cambio de que nos contara lo que sabía. En su declaración, afirmó que Mickey le había roto los dedos con un martillo, uno por uno, prometiéndole cosas peores si no le pagaba. El tipo tenía informes médicos que lo corroboraban, además de un rastro documental que nos llevó directamente a una operación de blanqueo de dinero dentro de la empresa de Greco. Ese testigo fue la puntilla, por así decirlo.

—Y ese testigo acudió a ti. Y podemos afirmar que Greco no habría acabado entre rejas de no ser por la declaración de tu testigo, ¿no?

Asintió lentamente.
—Niki, ¿cuándo dictaron sentencia contra Mickey?
—... Hace tres días.

23

GAGE

Me desperté lanzando puñetazos y mi puño golpeó algo brillante y ligero. Algo familiar.

Una lata de cerveza.

—Buenos días, princesa.

Parpadeé; un rayo de luz matutina me atravesó las retinas como un láser nuclear. Entrecerré los ojos, me froté la cabeza donde me había golpeado la lata, me retiré hacia las sombras y me senté en el columpio del porche de Niki. Una orquesta de pájaros cantaba a mi alrededor, recordándome el dolor de cabeza con el que me había dormido apenas dos horas antes. Era una mañana fresca y nítida de otoño. El sol apenas asomaba por encima de las montañas y el amanecer todavía no llegaba al bosque umbrío que me rodeaba.

Demasiado temprano.

Con una sonrisa, Ax hizo malabares con otra lata de cerveza, listo para lanzar otro ataque.

—Cabrón —gruñí, estirando los brazos por encima de la cabeza. La espalda me crujió en lugares que ni siquiera sabía que existían.

—¿Es la primera vez que una mujer te echa? —Ax subió a la terraza de la Cabaña 1 y se acercó al columpio del porche, mi cama improvisada de esa noche—. Creo que esta Niki Avery ya me cae bien.

—¿Qué hora es?

—Las seis y veintinueve.

—¿Por qué demonios tienes tanta energía por las mañanas? —Giré el cuello en un intento vano de deshacer los nudos—. No me echó. Dormí aquí por voluntad propia. —Miré por encima del hombro hacia la cabaña, todavía envuelta en oscuridad, aliviado de que Niki siguiera durmiendo. Bien. Necesitaba descansar.

—Probablemente sea lo mejor, de todas formas. Feen te despellejaría si te acostaras con ella. No te acostaste con ella, ¿verdad?

—¿Podemos dejar la puta inquisición española para cuando me haya tomado un café?

Ax cruzó los brazos sobre el pecho.

Puse los ojos en blanco. —No. ¿Vale? No nos acostamos, aunque habría dado mi huevo izquierdo por hacerlo. ¿Y qué eres tú, un diácono bautista de cuarta generación? ¿Quién coño dice *acostarse* hoy en día? —Levanté un dedo para callarlo—. No, te diré quién. Un tío que necesita echar un polvo, eso es lo que eres.

—Esto lo dice el tipo que tiene más condones que balas.

Volví a mirar por encima del hombro, preocupado de que ella lo hubiera oído.

Ax aprovechó el momento. —Joder. *Mierda.* ¿Te gusta?

—¿Y qué tiene de especial? —gruñí, estirando el cuello de lado a lado.

Carcajadas estrepitosas de mi gemelo.

—¡Shhh! Maldita sea, Ax. —Me levanté tambaleándome y sujeté el columpio chirriante hasta que dejó de moverse.

—Vale, me retiro, pero que sepas que si te acuestas con esta mujer, podrías pasarte los próximos meses contestando teléfonos. Feen va en serio con lo de que saques la cabeza del culo.

—Saca tú la cabeza del culo.

—Y también trabaja en tus réplicas.

—Que te jodan.

—Genial.

Eché un último vistazo a la cabaña para asegurarme de que la luz del sistema de alarma seguía parpadeando.

—Vamos, Romeo, tenemos la reunión de los lunes. Vámonos. Ella está bien.

Dudé, quedando en evidencia delante de mi hermano. ¿Qué demonios me pasaba? No podía dejar a Niki. No estaba pensando con claridad. Lo que necesitaba era café, quizá con un chorrito de Bailey's y una patada en el culo.

24

GAGE

Todos los lunes desde la muerte de papá, Dallas convocaba lo que ella llamaba una «reunión de actualización» sobre la herencia, el negocio y la agenda semanal. Le gustaba saber quién hacía qué y dónde. Algo pesado, pero todos sabíamos que era su forma de intervenir y ocupar parte del lugar de papá.

Eché un último vistazo a la cabaña antes de adentrarnos en el bosque. Odiaba dejar a Niki.

—¿Alguna novedad?

—Gunner acaba de encontrar los casquillos en el acantilado donde acampó el tirador, justo pasado el límite de la propiedad. Rifle del veintidós. Línea de tiro despejada hasta la Cabaña 1.

Se me encogió el estómago.

—Tenemos que bloquear eso.

—Está en la lista.

—¿Alguna huella de bota o huellas dactilares en la terraza?

—No.

Gruñí, nada sorprendido. Me había quedado en la cabaña con Niki mientras la policía de Black Shadow hacía su segundo recorrido por el complejo, tomando declaraciones y peinando la zona. En cuestión de horas, el caso de Niki se había convertido en prioridad número uno y todos coincidieron en que el ataque no había sido

aleatorio. Alguien quería venganza por Mickey Greco, usando la cabeza de su compinche como mensaje, como amenaza. Esa persona quería matar a Niki Avery. Y ese pensamiento me aceleraba el corazón y me hacía dar vueltas la cabeza.

—¿Qué encontró Wolf en las cámaras de seguridad?

Nos metimos en el sendero que llevaba a la casa principal. Recorrí el bosque con la mirada: kilómetros y kilómetros de árboles, acantilados, cuevas. Muchos lugares donde esconderse. Un par de ardillas se cruzaron delante de nosotros y mi mano fue instintivamente hacia la pistola en la cadera. No eran ni las siete de la mañana y ya estaba tan nervioso como un chihuahua.

Ax, por otro lado, estaba tan concentrado como siempre. Cabrón.

—Nuestro tirador llevaba pasamontañas negro, probablemente el mismo que cuando atacó a Niki, guantes negros y sudadera con capucha. Conducía un Polaris Sportsman, 450 o 570 calcula Wolf por el tamaño y las características. Lo tenemos llegando por el lado este, dejando la cabeza en la terraza y volviendo montaña abajo. Envié las fotos a la policía. No se le ve bien, pero el quad sí sale claro. Van a revisar todas las compras recientes en comercios locales, entrevistar a los propietarios…

—¿Saltó la seguridad cuando dejó la cabeza?

Ax me lanzó una mirada de reojo.

—Sí. No lo vimos porque estábamos todos ocupados con Niki. Pero no saltó durante el tiroteo porque no estaba en nuestro terreno. Rodeó la propiedad.

—Tenemos que instalar sensores de movimiento alrededor de las cabañas.

—No. Ya lo intentamos, ¿recuerdas? Wolf se pasaba el día revisando alertas falsas. Las activaba todo: ardillas, mapaches, ciervos…

Me miró con una sonrisa maliciosa.

—Aquella rubia tatuada que no te dejaba en paz.

Resoplé. Vaya, me había liado con unas auténticas joyas.

—Además —continuó—, nuestros clientes entran y salen cuando quieren, eso forma parte del trato. Mientras estén con uno de

nosotros o dentro de las cabañas, son intocables. Pero pueden moverse libremente por los terrenos. Eso era importante para papá.

Ax sonrió.

—Podemos ponerle un candado.

Un candado era cuando, por circunstancias especiales, exigíamos que el cliente no saliera de la protección de su cabaña, ni siquiera a respirar aire fresco. Ni siquiera a abrir una ventana. No podían salir a menos que fueran escoltados por mi hermano y por mí. No era divertido, ni para nosotros ni para ellos, y requería muchas horas de trabajo y paciencia. Algo me decía que a Niki no le iba a hacer gracia.

Solté el aire.

—¿Qué tenemos sobre Mickey Greco?

—Sigue en prisión. No se fugó para venir a por Niki.

Adiós a mi teoría fácil.

—Y es un preso modelo, debo añadir. Jagg conoce al director. Habló con él personalmente.

—Necesitamos una lista de todos los que han ido a visitarlo, que lo han llamado, lo que sea.

—Jagg está en ello. El director se la está preparando; le debía un favor.

—Y también los nombres de todos los que trabajaban en la oficina de Greco. Alguien se está tomando muchas molestias para vengarse. Idolatran al cabrón. Hay que investigar a la familia, amigos…

—Hecho. Wolf preparó un informe. Está en tu escritorio. También se lo envió de forma anónima al teniente Colson, que respondió con un mensaje grupal prometiendo invitarnos a una ronda en Frank's como agradecimiento.

Era un secreto a voces que Steele Shadows Security ayudaba a las autoridades locales tanto como ellas nos ayudaban a nosotros. Los departamentos de pueblos pequeños con presupuestos aún más pequeños tenían que hacer lo que fuera para sacar el trabajo adelante. Y como nosotros dirigíamos una empresa de seguridad personal en la zona, encantados de echar una mano. Quid pro quo.

—El tipo iba en quad —dije—. Tiene que ser de por aquí; tiene que vivir en la zona.

—Eso no significa nada, Gage. Por aquí todo el mundo tiene quad, y todo el mundo tiene con qué remolcarlo adonde quiera. El tirador seguramente tenía la camioneta y el remolque aparcados en algún claro. Ya sabes cuántas carreteras serpentean por estas montañas.

—No me gusta esa falta de fe, Ax.

—Solo digo lo obvio.

—Se te da bien eso.

—Alguien tiene que hacerlo. En fin, hay un camping junto al río Shadow a veintiún kilómetros al sur. Gunner ya llamó para ver si alguien tenía un quad. Nada. Gunner también habló con Opal, que dice que preguntó al personal, y ninguno dice haber salido anoche ni haber visto u oído nada.

Negué con la cabeza.

—¿Apareció algo en el Jeep de Niki? ¿Huellas? ¿Algo?

—Tío, han pasado diez horas. Eso lleva días.

Caminamos un momento en silencio, hasta que saqué el tema que ambos evitábamos.

—El tipo sabe dónde se aloja y le importa un bledo.

—A mí también me jode.

—Hay que tener huevos para meterse en nuestra tierra.

—Exacto, y los tipos con huevos no me van, Gage.

—Yo tampoco, tío. Yo tampoco.

Cruzamos el césped hacia la casa principal y entramos por la puerta trasera. Nos recibió el gemido de las trompetas retumbando contra las paredes. La música instrumental de jazz suave solo podía significar una cosa: Dallas estaba preparando el desayuno. A pesar de la contaminación auditiva, se me hizo la boca agua en cuanto olí el beicon.

—Sabía que no querrías perderte esto —sonrió Ax—. Con mujer o sin ella.

—Gracias, listillo.

Doblamos la esquina hacia la cocina y, efectivamente, con una camiseta enorme de Billy Idol, pantalones cortos de franela y

zapatillas peludas, Dallas le daba la vuelta a una tortita como una profesional. Nos miró por encima del hombro; el moño despeinado de pelo rubio le bailaba en lo alto de la cabeza.

—Ay, mis chicos. Buenos días. —El orgullo le iluminó el rostro.

—Buenos días, Ma. Huele bien. —Le di un beso en la mejilla mientras echaba un vistazo a la bolsa de semillas de lino en la encimera—. Las semillas no van en las tortitas, Ma.

—Si te lo he dicho una vez, te lo he dicho cien veces, Gage: tienes que comer mejor. El lino tiene proteínas y un montón de cosas buenas. ¿Cuántos huevos quieres?

—Cuatro.

—Cinco, entonces. ¿Tú también, Ax?

—Sí, señora.

Cogí una taza y la llené hasta el borde con café humeante de una de esas cafeteras automáticas que todavía no sabía manejar. Gracias a Dios por Dallas y Celeste.

Le di un sorbo y saboreé el cosquilleo de la cafeína en la lengua. Solo y cargado: la única forma de tomarlo.

—¿Dónde están Feen y Gunner?

—Gunner sigue en el bosque buscando huellas. Empezó a las cinco de la mañana. ¿Y Feen? —Dallas frunció el ceño—. No estoy segura. Su taza no está, así que anda despierto por ahí.

Eché un vistazo al armario donde Feen guardaba su taza cada mañana: una taza de cerámica barata y negra que ponía «tetero», y que había sido de nuestro padre.

Justo entonces, de camuflaje de pies a cabeza y cubierto de tierra, Gunner entró en la cocina y bajó el volumen de la radio de inmediato. —Como clavos en los ojos. ¿Quién coño escucha flautas por las mañanas?

—Cuida esa boca —Dallas le lanzó una mirada de ojos entrecerrados por encima del hombro—. Límpiate los pies y ponte tapones en los oídos.

Llené otra taza de café, le eché azúcar suficiente para provocar un coma diabético y se la pasé. Asintió y me dio una palmada en la espalda.

—¿Encontraste algo del tirador en el acantilado aparte de los casquillos? —pregunté.

—No. Hijo de puta.

—Parece que es la opinión general. —Alargué el brazo por detrás de Dallas para pillar una loncha de beicon y recibí un manotazo en la muñeca.

—Todavía no —dijo—. Venga, todos a lavarse las manos. Empezamos sin Feen. Y ahora, Gage, cuéntame de nuestra nueva huésped. ¿Cómo está?

La imagen de Niki de puntillas, con esa mirada ardiente en los ojos, me cruzó la mente. Me aclaré la garganta. —Está bien. Todavía dormida.

—¿Y eso cómo lo sabes? —Arqueó una ceja y me miró de reojo.

—Acabo de dar una vuelta por el perímetro —mentí.

Ax me guiñó un ojo. Sabía que no me apetecía el aluvión de preguntas que vendría si Dallas y Gunner se enteraban de que había dormido en el columpio del porche. Joder, llevaba diez minutos cuestionándome no solo esa decisión, sino muchas otras cosas. Sobre todo, cómo Niki había conseguido descolocarme tanto la noche anterior.

—¿Hay que llamar al doctor Buckley hoy?

Buckley era el médico de cabecera de Berry Springs, aún aferrado a los viejos tiempos en que las visitas a domicilio formaban parte del oficio.

—No. Está bien.

—Es dura de pelar. —Dallas cogió una pila de platos del armario.

—¿Por qué lo dices?

—Se le ve en los ojos.

De nuevo, me imaginé esos ojos oscuros y sensuales, las pestañas interminables. Se me encogió el estómago.

—Sentaos, chicos. A comer.

—Ah, justo a tiempo. —Wolf entró en la cocina mientras se guardaba el móvil en el bolsillo, con su uniforme habitual de vaqueros rotos, sudadera con capucha y gorra de béisbol.

—Buenos días, Wolf. Quítate la gorra. ¿Café?

—Por favor. —Se quitó la gorra—. Y Celeste viene de camino, así que añade una cuba.

—Una taza, solo, y una cuba, marchando. Y un hule. —Dallas guiñó un ojo.

Un segundo después, Celeste irrumpió en la habitación como un tornado, como de costumbre. Asentimos con la cabeza, conscientes de que no debíamos abrir la boca hasta que se tomara el primer sorbo de café. Dallas le pasó la cuba y ella bebió a toda prisa, como una yonqui que necesita su dosis.

—Buenos días, cielo. —Dallas sonrió.

Celeste gruñó.

—Uy, ¿mala cita?

—Si consideras barbacoa seca, heavy metal, una exnovia y que encima pagué yo la cuenta, sí, mala cita.

Contuve el aliento. Ax soltó un silbido.

—En serio, chicos... —Celeste se lanzó a una de sus peroratas legendarias—. ¿Cuándo coño dejaron los hombres de ser caballerosos? ¿Qué pasó con las cenas románticas, con abrirle la puerta a una mujer, con ayudarla a bajar de tu puta camioneta tuneada? ¿Qué pasó con cortejar a una mujer? ¿Con las flores? O sea, ¿hay una escasez mundial de flores de la que no me he enterado? ¿Dónde están los hombres que te regalan bombones? ¿Dónde están *esos* hombres?

—Atrapados en los años cincuenta —murmuró Wolf mientras miraba el móvil.

—Pues que alguien me consiga una máquina del tiempo —Celeste suspiró y se dejó caer en la silla frente a mí—. Estoy harta de tipos que piensan que quiero zamparme unas costillas y luego ir al rodeo solo porque tengo tatuajes y buena puntería.

—Y eres exmarine —añadí.

—Y disparas mejor que cualquier hombre del condado, o de los Marines, ya puestos —Dallas se sirvió más café; la taza ya estaba vacía—. Eres intimidante, Celeste. Los hombres no saben cómo reaccionar. Por eso tienes que encontrar uno con la fuerza suficiente para estar a tu altura —bajó la mirada al suelo y se hizo el silencio alrededor de la mesa.

Dallas había encontrado a su igual en mi padre, y ahora había vuelto al punto de partida. Como todos nosotros.

—En fin —cambió de tono y esbozó una sonrisa forzada—. Ayer fue una mierda. Los aniversarios de la muerte de un ser querido suelen serlo, por eso quería prepararos un buen desayuno esta mañana. Hoy es un nuevo día. Un día precioso. Empecemos de cero.

Pensé en Niki y me pregunté si estaría despierta, si habría empezado el día de cero. Cómo le iría.

Dallas nos ordenó que no nos levantáramos de las sillas y cubrió la larga mesa de madera con un festín. Tortitas —con linaza—, beicon, salchichas, huevos revueltos, sirope de arce caliente y un bol de fruta fresca. Nos abalanzamos sobre la comida como prisioneros de guerra que llevaran meses sin probar bocado.

Dallas se sentó a la cabecera de la mesa, se puso exactamente cuatro arándanos y una cucharada de huevos en el plato, y dijo: —Primero las novedades, luego repasamos el planning de la semana. ¿Os parece?

Asentimientos y gruñidos entre bocado y bocado.

—El teniente coronel Paranoico Peñazo Remy nos deja hoy —Ax empezó con las novedades de la empresa—. Su hijo por fin llegó de Australia. Ayer estuve hablando largo y tendido con él; buen tipo. Se va a llevar a Remy a vivir con él.

—Bien. Familia es justo lo que ese hombre necesita.

—Familia y medicación nueva. Que ya está tomando y promete seguir con ella.

—Entonces le diré a Opal que limpie la cabaña mañana —Celeste lo apuntó en el móvil.

—Seguro que encantada. No creo que le caiga muy bien Remy —me llevé un tenedor cargado de huevos a la boca—. ¿Alguien ha notado que últimamente parece un poco nerviosa?

—Es el aniversario de la muerte de Duke —respondió Dallas con cierta brusquedad, y cambió de tema—. ¿Y qué pasa con la señorita Avery?

Todas las miradas se volvieron hacia mí.

—Hasta que encontremos al tirador, no está a salvo.

—De acuerdo —asintió Ax.

—¿Se va a quedar con nosotros hasta entonces?

Tragué saliva y me recosté en la silla. —No estoy seguro —la pregunta me invadió la mente como un virus paralizante. ¿Se iba a quedar con nosotros hasta entonces? ¿O la testaruda e independiente Niki Avery se largaría para encargarse ella misma del asunto? Solo pensarlo me revolvió el estómago. Las probabilidades nunca eran buenas para los clientes que abandonaban nuestros servicios antes de tiempo.

—Bueno, ya está dada de alta —dijo Celeste—. Necesito que me deis una idea de cuánto tiempo se quedará. Y he pedido a la doctora Murray que la vea esta mañana.

—¿Qué? —se me cayó el tenedor—. *No.*

—¿Por qué?

—Esa mujer estudió psicología, Celeste. Lo último que va a querer es que hoy la psicoanalice una psiquiatra.

—Ah, entonces, ¿no necesita hablar de lo que pasó? —replicó Celeste con retintín y un sarcasmo tan espeso como el sirope de arce que había echado sobre su montaña de tortitas.

—No he dicho eso —le espeté—. Joder, bébete el café, C-note.

—Lo que digo, Gage, es que esa mujer es víctima de agresión sexual...

—No, no lo es. El tipo nunca la tocó de esa manera. No llegó tan lejos —el calor empezó a subirme por el cuello. Me desconcertaba lo mucho que saltaba a defender a Niki.

—Da igual, zoquete —insistió Celeste—. A Niki le dieron una paliza y luego mató a un tipo que tenía toda la intención de agredirla. No todo el mundo está preparado para eso, Gage. Incluso a nosotros nos obligan a ir al psicólogo después de usar fuerza letal. ¿Una civil? No, no hay forma de que me convenzas de que Niki Avery no necesita hablar con alguien. Con un profesional —me clavó la mirada, los ojos entrecerrados en señal de advertencia, y me di cuenta de que los demás me miraban igual—. Joder, Gage, esa mujer no está pensando con claridad ahora mismo. Necesita que la atienda un profesional y luego que le den tiempo para asimilar las cosas por su cuenta. Desde luego, lo que no necesita es más carga emocional —hizo una pausa para dar énfasis, sin apartar los ojos de

mí—. Ahora mismo, Niki Avery es una bomba de relojería andante llena de malas decisiones.

La última frase me golpeó como un muro de ladrillos. En mi mente destelló la imagen de sus labios contra los míos.

Malas decisiones...

25

GAGE

Con el estómago lleno y el humor a la par, fui el primero en levantarme de la mesa del desayuno. La conversación sobre Niki había sido tan sutil como una patada de mula en plena cara.

No te involucres con esa chica.

El mensaje era claro.

No te acuestes con Niki Avery.

Pero el caso es este. De pequeño, era de esos niños que hacían exactamente lo que les decían que no hicieran. Llámalo rebeldía, llámalo ser un mocoso descarado, pero las restricciones y yo no nos llevábamos bien. Cuanto más me decían que me alejara de algo, más ganas me entraban de probarlo.

Lo que Celeste y mi familia no sabían era que la constante atención que recibía la situación, los constantes recordatorios de no-la-toques, solo lo empeoraban. La tormenta perfecta de quieres-lo-que-no-puedes-tener y salva-a-la-damisela-en-apuros. Era como poner un chuletón delante de un perro rabioso.

Y yo tenía hambre... aunque no de ningún tipo de carne, sino solo de mi clienta en la Cabaña Uno.

Mientras llevaba el plato al fregadero, me pregunté: ¿era solo eso? ¿Solo quería a Niki porque no podía tenerla?

Decidí rápidamente que lo que fuera que estuviera sintiendo por Niki, más valía que no fuera nada más profundo que lujuria, porque si la cagaba —si me tiraba a Niki— me quedaría sin trabajo o me echarían de seguridad personal, como mínimo.

Frustrado —y peor aún, dudando de mí mismo— limpié el plato de cualquier manera, lo metí en el lavavajillas y me planteé coger el coche hasta el bar de Frank para tomarme unos cuantos Bloody Marys y echar un polvo con la camarera que estuviera de turno. Un trago suave y una mujer más suave aún era exactamente lo que necesitaba para calmar mi irritación y mis pensamientos sobre Niki.

Pero primero necesitaba averiguar por qué mi hermano mayor, Feen, había desaparecido.

Dejé atrás la charla, un acalorado debate sobre si las mujeres debían pagar las cenas, y subí las escaleras corriendo hasta el segundo piso. Después de buscar a Feen en su habitación, revisé el gimnasio, el garaje y luego el campo de tiro a través de las cámaras de seguridad. Ni rastro de Phoenix. Revisé la terraza trasera —a veces Feen se tomaba el café de la mañana fuera— y luego volví a entrar. Con el ceño fruncido, busqué en la planta principal mientras el malestar empezaba a mezclarse con las tortitas en mi estómago.

Feen había estado raro durante las últimas cuarenta y ocho horas. Aunque, para ser justos, todos lo estábamos. Los aniversarios de muerte nunca eran agradables, especialmente cuando se trataba de tu padre. La única diferencia era que Gunner, Ax y yo sacábamos fuerzas los unos de los otros. Feen, en cambio, había estado más tenso que la cuerda de un violín.

Algo le pasaba al tipo y necesitaba averiguar qué era.

De vuelta arriba, recorrí el pasillo este y me detuve ante la puerta que había permanecido cerrada durante el último año, a la que solo entraba Opal, nuestra ama de llaves, y eso únicamente para quitar el polvo de las cosas que le habíamos pedido que no tocara. Ninguno de nosotros entraba en esa habitación, nunca —excepto Phoenix, por lo visto.

Giré el pomo de latón y empujé la gruesa puerta de madera.

Papá.

Podía olerlo, el aroma de su colonia especiada flotaba en el aire como un recuerdo aún aferrado al presente. Se me encogió el estómago.

Dios, lo echaba de menos.

Feen estaba sentado detrás del escritorio de nuestro padre, todo en su despacho en la misma posición exacta en que había estado el día que murió. El mismo bolígrafo con monograma colocado en vertical sobre papelería personalizada. Las mismas bolas del péndulo de Newton que ya no se balanceaban. La misma foto familiar, desvaneciéndose poco a poco bajo la luz del sol.

Los libros cubrían las paredes, y en el centro de la habitación había un sistema de varios ordenadores que parecía más el centro de mando de un buque de guerra. Un centro de mando que ahora bullía de actividad, con Feen a los mandos.

Cerré la puerta rápidamente tras de mí, echando un vistazo por encima del hombro.

—¿Qué demonios estás haciendo, hermano? —crucé la auténtica alfombra china mientras la preocupación me crecía por dentro como la espuma.

Sin respuesta.

—Feen.

Al percatarse de mi presencia, Feen levantó la vista y se reclinó en el enorme sillón de cuero de nuestro padre. Se pasó los dedos por el pelo revuelto y grasiento. Tenía los ojos ensombrecidos y cargados, con unas ojeras que le añadían diez años. La piel, pálida, casi pastosa. Parecía alarmantemente enfermo.

Mi instinto se puso en alerta. —¿Qué te pasa?

En un tic inconsciente, Feen empezó a sacudir la cabeza de lado a lado, como un enfermo psiquiátrico al borde del colapso. Fruncí más el ceño mientras rodeaba el escritorio y me fijaba en la pantalla del ordenador, donde múltiples informes y hojas de cálculo cubrían los monitores. Debajo, una hoja de cuaderno con los garabatos de Feen por todas partes.

—Repito. ¿Qué te pasa?

Una exhalación exasperada, luego: —Papá estaba metido en algo, Gage —su voz era débil y rasposa, como si hubiera estado de

juerga la noche anterior.

Levanté una mano. —No, espera. Quiero saber: *¿tú* estás bien?

Los ojos de Feen recorrieron el escritorio buscando algo que no logré identificar. Mis instintos estaban ahora en alerta máxima. Me di la vuelta, fui rápidamente al baño, cogí un vaso y lo llené de agua fría. Mi hermano se lo bebió de un trago y respiró hondo.

—¿Mejor?

—Sí. Gracias.

—Vale. Venga. ¿Qué está pasando?

—Papá estaba investigando algo... algo gordo antes de morir. He... he estado revisándolo desde ayer por la mañana.

—¿Desde ayer por la mañana? ¿Por qué no nos lo dijiste?

—¿Deciros qué? —un destello de actitud en sus ojos, lo que, sinceramente, me hizo sentir mejor. Era señal de vida, y en ese momento, eso era lo que necesitaba ver.

—¿Que por fin iba a seguir mi corazonada de que papá en realidad no murió de un infarto? ¿Que lo asesinaron? Venga ya. No me vengas con esas.

Tenía razón. Ax, Gunner y yo —y Dallas, ya puestos— habríamos hecho todo lo posible para evitar que Feen explorara una teoría conspirativa que todos nos habíamos visto obligados a enterrar un año antes. No era sano. Obviamente, no era sano. Feen parecía haber pillado una intoxicación alimentaria de las gordas.

—Vale, vale. —Negué con la cabeza y levanté las manos rindiéndome—. ¿Qué has encontrado?

—Vale... —Habló a toda velocidad, las palabras brotándole en un torrente atropellado y nervioso—. Ya sabes que la NSA se encarga de monitorizar y analizar datos extranjeros y nacionales para dar información de inteligencia al ejército...

—Correcto.

—También sabes que papá era especialista en criptología, en escribir y analizar códigos. Era listo como el hambre.

—Sí, Ax es el único que heredó ese gen.

Feen resopló.

—En fin, encontré unos archivos encriptados enterrados en las profundidades del disco duro de papá...

—¿Encriptados?

—Sí.

Entrecerré los ojos.

—Acabamos de quedar en que Ax es el único listo de la familia, así que ¿cómo demonios encontraste esos archivos y encima lograste abrirlos?

No contestó.

—Feen...

Me miró con gesto sombrío.

—Wolf me ayudó.

—¿Wolf?

—Sí...

—¿Le pediste a nuestro empleado que te ayudara con algo a espaldas de tus hermanos? ¿Con algo que ni siquiera deberías estar haciendo?

Feen se levantó de golpe —me dio un susto de muerte—, la silla salió volando hacia atrás y yo retrocedí de un salto, preparándome para recibir un golpe.

—¡Alguien tenía que hacerlo, Gage! —Su voz retumbó en la habitación silenciosa. La rabia le teñía los ojos de rojo sangre. El tío estaba temblando, literalmente.

Estaba completamente desquiciado.

Esto tenía que parar.

Di un paso adelante, plantándome cara a cara, con la mandíbula apretada.

—Tienes que calmarte, Phoenix.

El pulso se me aceleró mientras me miraba fijamente; los dedos empezaron a hormiguearme como solían hacerlo justo antes de que Feen y yo nos moliéramos a golpes por cualquier discusión. Pero eso fue hace décadas...

Sus fosas nasales dejaron de aletear y finalmente retrocedió. Lo achaqué al agotamiento. Feen nunca se había echado atrás en una pelea. Nunca.

Ahora tenía más claro que nunca que estaba al borde de un colapso nervioso.

—Siéntate —le ordené—. Y baja la voz, a no ser que quieras que suba toda la familia. Joder, Feen, Dallas fliparía si supiera lo que estás haciendo.

Obedeció y se sentó —cosa que me sorprendió— y se frotó la cara con las manos mientras respiraba hondo. Fue entonces cuando me di cuenta de que no se había sentado porque yo se lo ordenara, sino porque necesitaba algo de mí. Necesitaba mi ayuda, y lo sabía.

Me crucé de brazos, más intrigado que nunca, y me coloqué detrás de él para mirar la pantalla del ordenador.

—Como iba diciendo —retomó—, he estado revisando estos archivos encriptados...

—Espera. ¿Por qué? Papá seguramente tenía miles de archivos encriptados en su ordenador, ¿no? ¿Por qué te fijaste en estos en particular?

—Porque, Gage, estos estaban en su ordenador personal. No en el del trabajo.

Arqueé las cejas.

—Por lo que he podido deducir, papá estaba investigando por su cuenta. Algo personal. Algo gordo. ¿Y adivinas cuál es la fecha del primer archivo que descargó?

—No me digas...

—Dos días antes de morir.

Solté el aire y me pasé los dedos por el pelo.

—¿Sabemos qué estaba investigando?

Tras unos cuantos clics, Feen mostró una foto en blanco y negro de un hombre de unos sesenta años, vestido con uniforme militar y empuñando un AK-15.

—¿Reconoces a este tipo?

Negué con la cabeza mientras repasaba mentalmente la lista de los más buscados que antes me sabía de memoria.

—Es Andrei Sokolov, del FSB.

—¿El servicio secreto ruso?

—Sí. Era el director de contrainteligencia militar.

—¿Era?

—Sí. Lo asesinaron unas semanas antes de que muriera papá. Según estos archivos clasificados, a Sokolov le metieron una bala en

la cabeza una noche mientras dormía en su cama... con un dispositivo de seguridad importante, por cierto. Nadie sabe cómo alguien consiguió colarse en su casa, ni, lo que es más importante, por qué lo mataron. Los medios dijeron que, agárrate, murió de un infarto. Igual que papá. Irónico, ¿no?

—¿Cómo consiguió papá estos archivos?

Feen se encogió de hombros.

—Seguro que los sacó directamente de uno de los grupos de hackers del gobierno que nadie conoce. Papá tenía acceso a todo.

—Vale, entonces ¿qué tiene que ver este Sokolov con que pienses que la muerte de papá no fue un accidente?

—Bueno, papá estaba investigando a fondo el asesinato de Sokolov, junto con esto... —pulsó unas teclas más y apareció una pantalla negra con una cantidad mareante de código diminuto desfilando por ella—... este código, o clave, mejor dicho. Papá estaba investigando algo llamado QKD, o criptografía cuántica.

—¿Qué coño es la criptografía cuántica?

—Según Wolf, es básicamente una forma de comunicarse a través de satélites. Una manera de enviar una clave que se usa para descifrar comunicaciones. —Agarró un montón de papeles y derramó el agua que le había traído. Después de limpiar el estropicio, señaló unas notas escritas a mano sobre varias impresiones de mapas—. Mira, esta clave corresponde a un satélite específico.

Fruncí el ceño, notando que se me venía encima un dolor de cabeza.

—¿Uno de nuestros satélites?

—Sí. Y según estas notas, papá creía que la clave estaba incrustada en nuestro sistema de satélites.

—¿Incrustado como... en secreto?

—Exacto. Esta clave servía para descifrar correos entre dos personas, un grupo, lo que fuera. Es prácticamente imposible de rastrear. Pero escucha esto. —Feen abrió otra imagen del código, con varias filas resaltadas. En la esquina superior había una fecha escrita a mano y marcada con varios círculos—. Es la letra de papá. La fecha en que descubrió el código. ¿Adivinas cuál es?

—Déjame adivinar... el día que asesinaron a Sokolov.

—Exacto. —Feen sonrió, se echó hacia atrás y soltó el aire como si acabara de aprobar la selectividad. Algo que ninguno de nosotros, salvo Ax —y Wolf, ya puestos— había conseguido jamás.

—O sea, que unos días antes de morir, papá estaba investigando un código secreto oculto en uno de nuestros satélites, y creía que ese código estaba relacionado con el asesinato del Director de Contrainteligencia Militar del FSB ruso.

—No solo está relacionado, Gage. Quien mató a Sokolov enviaba en secreto claves para descifrar comunicaciones confidenciales a través de nuestros satélites. Lo que significa que alguien de aquí, de Estados Unidos, estaba implicado. Y dos días después de que papá descubriera ese código oculto, muere de un infarto fulminante.

Se me hizo un nudo en el estómago. —Joder, Feen.

—Lo sé.

Transcurrió un instante de silencio.

—Gage.

El tono de Feen me provocó un escalofrío. Aparté la vista del ordenador y lo miré.

—Eso no es todo. —Bajó por la pantalla para mostrar el reverso de la impresión del código que habían escaneado en la cuenta de papá—. Mira...

Me incliné hacia la pantalla. Subrayadas y rodeadas varias veces con tinta roja, había dos palabras garabateadas con la letra de nuestro padre.

Knight Fox

Miré a Feen con un vuelco en el estómago. —¿Quién es Knight Fox?

—Ni idea.

Se me encogió el estómago. Mi hermano acababa de abrir la caja de Pandora.

—Pensé en preguntarles a los colegas de papá en la NSA, pero, francamente, Gage, ¿cómo sabemos que no fue alguien del gobierno quien asesinó a Sokolov en secreto? —Miró por encima del hombro

—. Y puede que esa misma persona matara también a papá. No creo que podamos fiarnos de nadie ahora mismo.

—¿Puedes rastrear el código? ¿Averiguar de dónde salió o dónde se originó?

—Según Wolf, es casi imposible. Pero va a intentarlo.

—Tienes que meter a Ax en esto.

Feen asintió. —Lo sé. Quería ocultároslo hasta tener algo sólido. Hechos claros e irrefutables con los que actuar. Todavía no los tenemos... pero tenemos un nombre.

—Knight Fox —susurré para mí.

En silencio, miramos la pantalla juntos, conscientes ambos de que aquella información acababa de cambiar el rumbo del futuro de nuestra familia.

—Voy a averiguar quién es. En algún lugar de estos archivos hay pistas, conexiones con todo esto. Knight Fox es la clave para descubrir por qué asesinaron a papá.

Aturdido, me levanté y crucé la habitación hasta la ventana.

Acababa de adentrarme en mi peor pesadilla. La idea de que alguien hubiera ido a por mi padre, a por mi familia, era casi insoportable. Phoenix había tenido razón desde el principio: la muerte de papá no fue un accidente.

A papá lo habían asesinado.

Quizá siempre lo supe. Quizá en el fondo lo sabía. Quizá por eso llevaba un año bebiendo y follando sin parar.

Mientras contemplaba las tierras por las que mi padre había trabajado tan duro, solo tenía una certeza.

Knight Fox más le valía echar a correr.

26

NIKI

La mañana empezó con la visita sorpresa de una psiquiatra muy insistente llamada doctora Murray. Cuando le dejé claro que no tenía el menor interés en revivir el ataque por centésima vez, hizo exactamente lo que yo habría hecho: lanzar preguntas personales indiscretas, apenas disimuladas, para provocar un avance emocional. O un colapso.

Pues menuda primicia: ya había tenido mi colapso. ¿Y un avance? Lo que tenía eran ganas de romperle la cara a Gage por haber concertado la cita. Aunque, lo admito, sería difícil romperle la cara al hombre que había ocupado todos mis pensamientos desde el momento en que me besó.

Había pasado la noche en vela con visiones de Gage Steele recorriendo mi mente: el hombre que me había rescatado del bosque, salvado la vida y besado con más pasión de la que jamás había sentido.

Había entre nosotros una conexión abrasadora, innegable.

Cruda.

Sin precedentes.

Volátil.

Mágica.

Como fuego y gasolina.

Aunque me recordé a mí misma que, claro, había pasión. Gage era una botella andante de testosterona, incapaz de controlar u ocultar el fuego que evidentemente ardía en su interior. Una pasión abrasadora que solo podía apaciguarse con alcohol y mujeres. El macho alfa en estado puro: controlador, exigente y dispuesto a marcar como suyo todo lo que deseaba.

Me deseaba. Lo sentía en cómo me tocaba, lo veía en sus ojos.

Tenía que andarme con cuidado. Los hombres como Gage no sentaban cabeza. Con una sola mujer, al menos. A los hombres como Gage no había quien los domara. Llevaban escrito *«rompecorazones»* en toda su cara guapa y atractiva de tipo duro.

Me lo repetí varias veces a lo largo del día.

Después de mi cita con la psiquiatra, Gunner me había traído el portátil, momentos antes de que me reuniera con el teniente Colson y el oficial Haddix por tercera vez en las últimas veinticuatro horas para responder a otra avalancha de preguntas y exponer mi teoría de que el infame Mickey Greco estaba involucrado de algún modo. La reunión terminó con los agentes informándome de que tardarían otras cuarenta y ocho horas en liberar mi Jeep, y me recomendaron encarecidamente que siguiera alojada en Steele B&B hasta que el caso avanzara.

Fue entonces cuando tomé cartas en el asunto y me sumergí en mis archivos del caso. Mi único descanso fue para redactar un correo cuidadosamente escrito a mi jefe, informándole del «incidente», de dónde estaba y de que trabajaría en remoto cuando pudiera.

La tarde había dado paso al anochecer y, a esas alturas, tenía toda la energía reprimida y la rabia de un tigre enjaulado. Sentía que iba a estallar por dentro.

Parpadeé y me aparté del portátil, donde había pasado toda la tarde revisando no solo los archivos del caso de Mickey Greco, sino también casos antiguos, buscando cualquier cosa que pudiera llevarme hasta mi atacante, o sea, mi acosador actual. Tenía un cuaderno lleno de notas incoherentes, nombres, fechas, algunos garabatos de un tornado, letras en bloque, flores... y las iniciales GS garabateadas más veces de las que me gustaría admitir.

Cogí la cerveza que llevaba una hora bebiendo a sorbos y me la terminé de un trago.

Me recosté en el sofá y mi mirada se posó en los amplios ventanales donde el sol comenzaba a ponerse. Naranja brillante, amarillo y fucsia pintaban el cielo, atravesando el bosque como rayos de fuego oblicuos. Pero lo que más me atraía eran los vislumbres de la casa principal entre los árboles.

Gage.

Cogí mi hoja roja y la hice girar entre mis dedos.

Gage.

Sí, necesitaba un descanso, y sabía exactamente adónde ir.

Dejé la hoja con cuidado, me levanté y fui a coger el teléfono, pero entonces recordé que no tenía. Así que cogí el collar SOS y el mando de seguridad y me detuve frente al espejo. Hice una mueca al ver el bulto bajo el ojo, ahora de cien tonos distintos de morado. Eso sí, la hinchazón había bajado: yupi. Intentando arreglarme un poco, me peiné con los dedos y las uñas se me engancharon en los rizos que se habían formado en las puntas por acostarme con el pelo mojado la noche anterior. Resignada al aspecto despeinado, me miré la ropa: un jersey de cachemira blanco con vaqueros ajustados, cortesía de Celeste. Tras una rápida pasada de brillo de labios para distraer la atención del moratón, me encogí de hombros y salí por la puerta trasera de la Cabaña 1. Tendría que bastar.

Yo tendría que bastar.

Respiré hondo, inhalé el aire fresco del otoño y sentí cómo la tensión abandonaba mis hombros.

Quité un montón de hojas secas del asiento de mi carrito de golf y me dirigí por el sendero bien cuidado que atravesaba el bosque.

Los árboles estaban en su apogeo otoñal, reluciendo bajo los rayos dorados del anochecer. Hileras interminables de robles, arces y pinos que se perdían en las montañas. Las hojas de colores giraban a mi alrededor con la brisa, una lluvia amarilla y naranja. Era de una belleza sobrecogedora y, sin darme cuenta, me puse a imaginar a Gage de niño, corriendo por aquellos bosques jugando a polis y cacos.

Seguro que Gage era el caco.

Llegué a una bifurcación: un camino llevaba a la casa principal; el otro bajaba la colina hacia el patio trasero.

Decidí tomar la ruta panorámica.

Bajé por el sendero sin prisa, disfrutando de los primeros momentos de algo parecido a la relajación. La quietud, la serenidad, la paz del bosque a mi alrededor... hasta que oí:

—¡Que te jodan, hijo de puta tacaño!

Reconocí la voz, pero eso solo significaba que era uno de los hermanos Steele, porque todos sonaban igual. Me desvié del sendero siguiendo el sonido de música rock, acompañado de golpes, tortazos y chasquidos. Arqueé una ceja mientras mi imaginación se desbocaba pensando en lo que estaba a punto de encontrarme.

¿Una orgía quizás? Nunca se sabe con esos tipos.

El bosque se abrió a un amplio patio trasero con una piscina infinita salpicada de terrazas y latas de cerveza. Una cocina al aire libre, zona de estar y varias pantallas planas se alineaban contra las paredes de piedra. Una pista de tenis, una cancha de baloncesto... y allí estaban Gage y un tío bestial, cubierto de tatuajes de aspecto amenazador, enzarzados en una especie de combate cuerpo a cuerpo de artes marciales mixtas. Estaban dentro de una jaula de lucha estilo UFC, los dos sin más ropa que unos pantalones cortos de licra. Los de Gage eran de un rojo chillón, cómo no.

Sonreí, aparqué bajo un árbol y me bajé para contemplar el violento espectáculo que se desarrollaba ante mí.

El moreno tatuado le sacaba a Gage unos centímetros, pero estaban igualados en músculo definido y fuerza bruta. Un protector bucal lleno de saliva salió volando por la lona cuando el tatuado le atizó a Gage en la boca, a lo que Gage respondió con una devastadora patada circular a los riñones. Acto seguido, embistió al tipo, y los dos salieron volando antes de estrellarse contra la lona.

—Estás perdiendo facultades, Jagg —murmuró Gage con una sonrisa perversa, y caí en que el hombre tatuado debía de ser el detective del que había oído hablar antes.

Volaban los puños, las piernas lanzaban patadas, gruñidos, escupitajos, palabrotas mientras yo me acercaba a la jaula. Observé a Gage, la fluidez de sus movimientos, la confianza en sus pasos

ágiles y rápidos. Sin pensar, sin dudar, solo fuerza letal, *bum, bum, bum,* un golpe tras otro. La crudeza, la intensidad, la masculinidad de todo aquello me hizo lamerme los labios como una colegiala viendo al quarterback entrenar en el campo. Dios, estaba buenísimo, todo bronceado y cachas como los modelos de portada de una revista de fitness masculina. Varias cicatrices feas le surcaban la espalda y me recordaban su vida pasada en los Marines. Gage Steele había pasado toda su vida luchando.

Dominando. Exactamente como en ese momento.

Mi mirada se desvió hacia el bulto entre sus piernas y, lo juro por Dios, el corazón me dejó de latir durante dos segundos. El calor me subió a las mejillas mientras carraspeaba. Era oficial: Gage Steele era el hombre más sexy que había visto en mi vida.

Lo observé como hipnotizada.

Gage se movió debajo de Jagg y un rayo de luz le iluminó el rostro. Nuestros ojos se encontraron y el mundo se detuvo. Él se quedó inmóvil, y mi corazón hizo lo contrario: me dio un vuelco en el pecho mientras me devolvía la mirada.

Entonces quedó inmovilizado contra la lona... Uno. Dos. Tres.

Fin del juego.

Victorioso, a horcajadas sobre Gage, Jagg me sonrió, luego se inclinó y le susurró algo al oído. No pude distinguir la respuesta de Gage, pero oí varias palabrotas y una amenaza que seguramente le valdría una celda acolchada en una prisión federal.

Jagg se rio y lo soltó. Gage se levantó de la lona, me clavó la mirada y, tras un trago rápido, echó a andar por el césped en ropa interior.

Su mirada se clavó en mí, como retándome a apartar la vista. El sudor le goteaba por la cara, los brazos, el pecho. La cinturilla de la licra estaba empapada. Sentí que el cuerpo me despertaba, una descarga de excitación, como si necesitara que me recordaran que este hombre era capaz de ponerme de rodillas con una sola de esas sonrisas arrogantes.

Cruzó el césped pavoneándose, con un brillo en los ojos y —Dios me ayude— un amago de sonrisa mientras se acercaba. O había olvidado que llevaba solo una tira de licra, o le daba igual.

Maldita seguridad en sí mismo. Me atrapaba siempre.

Me recordé que debía controlarme y, intentando parecer indiferente, aparté la mirada y me fijé en Jagg, que se secaba en el ring.

También estaba bueno, al fin y al cabo.

—Vaya, hola —dijo Gage en cuanto aparté la mirada, reclamando mi atención. Se plantó delante de mí, tapándome la vista de Jagg por completo.

¿Celoso? Interesante.

—Hola —sonreí, con el corazón latiéndome un poco más rápido.

Me apartó un mechón de pelo, un gesto coqueto.

—Me gusta suelto.

—Tu aprobación lo es todo para mí.

—Seguro que sí —sonrió, y le vi varios moretones formándose en la cara y arañazos en los brazos. Él y sus amigos no se andaban con chiquitas.

—Me alegro de verte —se acercó más a mí, provocándome, trayéndome a la memoria el beso que habíamos compartido y dejando claro que quería repetir. Eso era Gage: tan sutil como una explosión.

—Oye, me gusta cómo te queda ese collar —rozó el colgante de seguridad que llevaba al cuello. El simple roce de sus dedos me puso la piel de gallina.

Me eché hacia atrás sobre los talones, recordándome que no podía tirármele encima allí mismo.

—Bonito montaje tenéis aquí atrás.

Sin soltar el collar, ni a mí del cuello, ignoró el cumplido.

—¿Qué tal el día? —preguntó.

—¿Por qué no se lo preguntas a la Doctor Murray?

—Ah, o sea que lo disfrutaste —dijo con una sonrisa de suficiencia.

—Tanto como tú has disfrutado que tu amigo te inmovilizara hace un momento.

—Eh, eso ha sido culpa tuya —el colgante se le escapó de las manos y una corriente fría me rozó la piel acalorada.

Me crucé de brazos, atrayendo su mirada como un rayo láser.

—Creía que los Marines estaban entrenados para no distraerse.

—Eso no incluye a abogadas morenas, tercas y estiradas, con unos labios que podrían... —aspiró hondo—. ¿Quieres volver a la cabaña? —se balanceó de un pie a otro con un brillo en los ojos.

Se me curvó el labio mientras lo observaba, todo acelerado por la adrenalina de la pelea. No podía imaginar qué energía desataría eso en el dormitorio, ni lo adictivo que sería.

—Quizá más tarde.

—Me lo tomaré como una promesa —me guiñó un ojo—. Y ahora, ¿qué te trae por aquí? ¿Va todo bien en tu cabaña?

—¿La mayoría de tus clientes se pasan todo el tiempo encerrados en sus cabañas?

—Sí.

—Pues entonces supongo que no soy como la mayoría de tus clientes.

—No, desde luego que no. La mayoría de mis clientes no me besan.

—¿La mayoría?

Se rio. Luego se puso serio, como si recordara algo.

—Deberías ir a tu próxima cita con la Doctor Murray.

—¿Por qué?

—Es buena en lo que hace.

—Esa no es la razón por la que quieres que vaya. ¿Por qué, Gage?

Retrocedió un paso; la adrenalina de la pelea se le estaba pasando.

—Solo quiero asegurarme de que estás... pensando con claridad.

—Oye, amigo, *tú* me besaste a mí. ¿Recuerdas?

—Y luego *tú* me besaste a mí.

—¿Y qué? —me planté con los brazos en jarras—. ¿Crees que no puedo controlar mis impulsos solo porque tuve una experiencia traumática?

—Sí.

Arqueé las cejas sorprendida. Solté una risa amarga y me di la vuelta. —Bueno, me alegro de que hayamos aclarado eso. Que tengas un buen día.

—Maldita sea —gruñó detrás de mí—. Espera, Niki...

Justo entonces, un fuerte silbido rasgó el aire. Nos giramos y vimos a Celeste, que saludaba desde uno de los cien balcones de la casa.

Gage se protegió los ojos del sol poniente. —¿Qué? —espetó.

—Tienes una visita. En la entrada.

—Averigua qué quiere y despídela.

Celeste desvió la mirada hacia mí. —En realidad, la visita ha venido a ver a Niki.

Gage se giró hacia mí y frunció aún más el ceño.

Parpadeé. ¿Una visita?

¿Para mí?

27

NIKI

Mi mente no paraba de dar vueltas. ¿Quién podía venir a visitarme? ¿Quién sabía que estaba allí aparte de mi jefe?

Seguí a Gage por el patio trasero, pasamos junto a la piscina y entramos en la casa. Nos cruzamos con dos empleadas del servicio; una de ellas evitó mirarme. Supuse que era porque Gage iba por la casa medio desnudo. Me pregunté si lo habría visto alguna vez completamente desnudo. No costaba nada imaginarlo. La otra me clavó la mirada como un ave de presa, observándome desde detrás de unas gafas de montura roja y largas rastas grises. Mensaje recibido: no era bienvenida.

Me guio a través de la cocina hasta la puerta lateral.

—Espera… Gage.

—¿Qué?

—Ehhh… —señalé hacia su entrepierna—. ¿No vas a ponerte algo de ropa?

Pareció desconcertado por la petición.

—En serio, Gage.

—¿Te incomoda, Niki? ¿Crees que quien esté ahí fuera no lo va a soportar?

—No es la primera vez que veo a un tío en ropa interior, Gage, pero quien haya venido a verme podría fijarse en que vas medio

desnudo. Ponte al menos unos pantalones cortos.

Se oyó un portazo de coche fuera y Gage miró por la ventana. Me lanzó una mirada, resopló y murmuró: —Ah, ni de coña.

Gage salió disparado y cruzó el jardín con sus mallas rojo cereza, el muy tozudo. Lo seguí, pero me quedé paralizada al ver a mi exnovio plantado frente a su flamante F-150.

Paul Taylor.

El maldito Paul Taylor.

Pero Paul no me miraba a mí; tenía los ojos clavados en el hombre semidesnudo que avanzaba hacia él por el camino de entrada, tenso como un rottweiler a punto de atacar. Gage estaba rígido, crispado, totalmente alterado. No entendía por qué estaba tan cabreado. Seguro que sus clientes recibían visitas.

Salí de mi estupor y crucé el camino de entrada.

—¿Quién eres tú? —exigió Gage.

«Dios», ¿qué mosca le había picado? Corrí para alcanzarlo.

—Se llama Paul...

Paul me cortó, sacando pecho para plantarle cara a Gage. —Paul Taylor —sus ojos se convirtieron en rendijas—. El novio de Niki.

—«Ex»novio —corregí enseguida, sintiéndome como si hubiera entrado en la dimensión desconocida o en alguna película cursi de los ochenta.

Gage apretó los puños y entonces caí en la cuenta: no estaba enfadado, estaba «celoso». Me reí para mis adentros. No debería haberme sorprendido. Gage Steele era incapaz de controlar sus emociones. Montar una escena de celos encajaba a la perfección con el comportamiento irracional que había visto hasta entonces.

Gage se movió, interponiéndose entre Paul y yo.

No «solo» celoso…

Protector.

Posesivo.

«Extremadamente» posesivo.

Y la cosa iba a más.

Me volví hacia Gage y le hablé con mucho tacto: —¿Puedes dejarnos un momento a solas, por favor?

Sin apartar los ojos de mi exnovio, me agarró la mano con fuerza y respondió: —Aquí las cosas no funcionan así, cariño.

—No la llames cariño.

Me soltó la mano y dio un paso adelante, con las venas del cuello hinchadas. Le agarré el antebrazo.

—«Oye» —el corazón me latía desbocado. Mantuve la voz baja, serena y calmada—. Danos un minuto. «Por favor» —le tiré del brazo al ver que no me miraba. Pasé la mirada de uno a otro: mi exnovio con su pelo rubio perfectamente peinado y su cuerpo esbelto, apenas unos centímetros más bajo que el culturista de mal genio que tenía delante.

Gage dejaría a Paul inconsciente en menos de cinco segundos.

—Por favor —repetí—. Danos un segundo.

Gage por fin se volvió hacia mí, con el ceño fruncido. Pasaron diez largos segundos mientras esperaba a que se dignara a tomar una decisión. Al final, lanzó a Paul una mirada de advertencia y se apartó, cruzándose de brazos y observándonos como un perro guardián a punto de gruñir.

Intenté hacer como si no estuviera.

—¿Qué haces aquí? —no pude ocultar la sorpresa ni el fastidio en mi voz.

Paul me miró el moratón del ojo. —Me enteré de lo que pasó. Niki, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien. Pero ¿qué haces aquí?

—Quería verte. Asegurarme de que estuvieras bien.

—Estoy bien. Gracias —todavía desconcertada, negué con la cabeza—. ¿Cómo te enteraste de todo?

—Me lo contó Cami.

Cami, la recepcionista de mi bufete. Por lo visto, mi jefe se lo había contado sin saber que era una de las cotillas más grandes de la ciudad.

—Aunque no creo que lo sepa mucha más gente. Y no se lo diré a nadie —miró por encima de mi hombro y dio un paso hacia mí, acortando la distancia entre nosotros. Estaba provocando a Gage. No me gustó. Por alguna razón, no me gustó.

—¿Necesitas algo? Lo que sea.

—No. —Retrocedí un paso—. Estoy bien. Gracias.

Extendió la mano para tocarme el brazo, pero se detuvo cuando un balón de espuma de fútbol americano cruzó volando el aire y se estrelló contra su sien.

—¿Qué *demonios*, tío? —Paul me apartó de un empujón, con la misma ira en los ojos que mi perro guardián.

—Ups. —Gage se hizo crujir los nudillos.

Paul avanzó hacia él hecho una furia, con la cara roja y listo para pelear.

Una sonrisa perversa asomó en el rostro de Gage. Cerró los puños.

El balón volvió, esta vez desde la dirección opuesta, y cayó justo en medio de la pelea inminente. Paul y yo nos giramos y vimos a Ax, que cruzaba el camino de entrada a grandes zancadas, mientras Gunner salía por la puerta principal.

Todas las miradas clavadas en Paul. Desafiándolo a moverse.

Paul me miró, con el rostro enrojecido por la adrenalina, y luego a los hombres enormes que se le venían encima. Sabía que estaba jodido. Visiblemente frustrado, recogió el balón y lo lanzó al bosque.

Nadie se inmutó siquiera.

—¿En qué puedo ayudarte, amigo? —preguntó Ax, condescendiente y con un toque de sarcasmo.

Gunner se colocó detrás de Gage, sin duda para sujetarlo en caso de que perdiera los estribos. Un segundo más y estaba segura de que lo habría hecho. Gunner le pasó unos pantalones cortos, y Gage respondió tirándolos al suelo como un crío.

Los hermanos Steele. Siempre ahí el uno para el otro. Cada segundo de cada día. Era extraordinario verlos. Cada uno con su papel tácito para desactivar la situación. Como si lo hubieran hecho cientos de veces, y me pregunté... ¿era Gage así de posesivo con todas sus clientas?

Su madrastra, Dallas, salió al porche cubierto con los brazos cruzados sobre el pecho. Su mirada pasó de uno a otro, los ojos entornados con desaprobación.

Paul miró al ejército Steele que lo rodeaba y, por suerte, retrocedió.

—Vine a ver cómo estaba Niki... Ya veo que está en buenas manos, por lo visto. —Escupió en el suelo.

—Escupe otra vez y lo lamerás entre dos dientes rotos, amigo. Ahora, si no hay nada más... —Ax señaló la camioneta de Paul.

Una última mirada hacia mí, otra a Gage, y Paul se dio la vuelta, se subió a su camioneta y desapareció por el camino.

Ax le hizo un gesto de asentimiento a Gage, que se lo devolvió, y luego los hermanos Steele y su madrastra se fundieron con las sombras y volvieron a lo que estuvieran haciendo antes de salvar a su hermano de una acusación de agresión.

Giré sobre mis talones y me planté delante de Gage, que ahora llevaba unos pantalones cortos de deporte sobre las mallas de licra. Bien. No necesitaba esa distracción.

—¿Cuál es tu *maldito* problema, Gage?

—¿Y cuál es el tuyo? ¿Mandar a tus noviecitos a ver cómo estás? ¿Crees que no sé hacer mi trabajo?

—Eres *increíble*, ¿lo sabías? —Pasé de largo y empecé a bajar la colina hacia mi carrito de golf.

—Curiosa elección de palabras viniendo de ti, Niki Avery.

Se me abrieron los ojos de par en par por la sorpresa... no, por la rabia. Me di la vuelta.

—¿Cómo te *atreves*?

—Eh, solo digo los hechos.

—*No* soy una mentirosa. *No* soy mi padre.

—La manzana no suele caer muy lejos del árbol.

—Esta manzana sí. Y tú deberías saberlo. —Me di la vuelta y bajé la colina a paso rápido, con él pisándome los talones.

—¿Qué demonios se supone que *significa eso*?

—Venga ya. Sabes perfectamente lo que significa. —Me dejé caer en el carrito de golf, con el pie tanteando para soltar el freno.

—Hazte a un lado —gruñó.

Me quedé boquiabierta. Menudo descaro el de este tipo.

—He dicho que te hagas a un lado. Tengo las llaves. Muévete.

Solté un suspiro y me hice a un lado.

—Adelante... Dime más de lo que piensas de mí, Niki. ¿No tuviste bastante anoche? —Giró el volante de golpe y salimos disparados

hacia el bosque. El sol había desaparecido tras las montañas y el crepúsculo oscurecía el bosque... acorde con la tormenta de tensión entre nosotros.

—Tú y tus hermanos... sois todos iguales. Manzanas podridas. No eres más que un playboy arrogante con la capacidad emocional de un crío de cinco años. Eres un borracho incapaz de controlar sus impulsos ni de expresar sus sentimientos aunque le fuera la vida en ello. Eres un mujeriego de la peor calaña, de los que ven a las mujeres como juguetes llamativos, objetos brillantes, en lugar de rivales dignas.

Me agarré al lateral cuando tomó una curva demasiado rápido. No me atreví a mirarlo; joder, podía sentir su rabia desde donde estaba sentada. Pasamos por un bache y salí despedida del asiento.

—*Más despacio, Gage.*

No lo hizo, hasta que derrapamos y nos detuvimos frente a la Cabaña 1.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste con él? —Se volvió bruscamente hacia mí.

—*¿Qué?*

—Sabes exactamente lo que te estoy preguntando.

—Eso no es asunto tuyo.

—Sí es asunto mío. Necesito saberlo.

Negué con la cabeza y resoplé.

—Dímelo.

—Paul y yo salimos durante dos meses y rompimos hace unas semanas. Es abogado; así nos conocimos. Me ayudó con muchos de mis casos. En fin, no funcionó, así que rompí con él y ya está.

—¿Solo dos meses?

—Sí, y *apenas* salimos. Cinco citas como mucho.

Se le tensó la mandíbula. —¿Terminasteis hace unas semanas?

—*Sí* —espeté.

—¿Lo has vuelto a ver?

—No, y no es asunto tuyo. Y que quede claro: ni siquiera nos acostamos. Ahí lo tienes. Ahí está la respuesta a la pregunta que no tienes agallas de hacerme directamente. —Me temblaban las manos, lo notaba perfectamente. Bajé del carrito, me di la vuelta, apoyé las

palmas en el borde y me incliné hacia él, fulminándolo con la mirada —. Y quiero dejar algo claro. Creo en la monogamia. Soy mujer de un solo hombre, Gage, y espero lo mismo a cambio. Los hombres como tú no cambian. A los hombres como tú no hay quien los dome, así que olvidemos el beso de anoche. Y no me toques. —Me aparté y subí al porche dando pisotones.

No lo oí, no lo vi, pero lo sentí justo detrás de mí cuando me detuve ante la puerta principal.

—Date la vuelta.

No me moví.

—Date la vuelta.

Me crucé de brazos y me di la vuelta.

Me miró fijamente, hecho una tormenta, pura ira... pura desesperación.

—¿Eso es lo que piensas de mí de verdad?

Levanté la barbilla. —Sí.

Asintió mientras me recorría con la mirada de arriba abajo, la mente a mil por hora. Finalmente, dijo: —¿Crees que eso es lo que quiero ser, Niki? Mi vida se fue al garete cuando murió mi padre. Echo de menos el ejército como echaría de menos mi brazo derecho. Todos lo echamos de menos. Pero hicimos lo que teníamos que hacer, y todos nos estamos adaptando. Cada uno a su manera. Mi hermano mayor, Phoenix... —Gage soltó un suspiro y negó con la cabeza—... cree que asesinaron a nuestro padre, y entre tú y yo, yo también empiezo a pensarlo. ¿Qué te parece como revelación? Así que sí, estoy un poco tenso esta noche. Sí, he bebido demasiado desde que volví, y sí, me he acostado con muchas mujeres, Niki... —Levantó las manos y las apoyó contra la puerta, a cada lado de mi cabeza. Me acorraló, me atrapó, y el corazón me dio un vuelco.

—Quizás es porque nunca he conocido a una mujer que me desafiara. —Se inclinó más, con la voz ronca. El corazón se me desbocó al instante.

—Nunca he conocido a una mujer que me haga perder la cabeza como una peonza en un huracán. Que me haga actuar como un lunático celoso y enloquecido porque no soporto la idea de que esté

con otro. Por quien me pondría delante de una bala. —Se inclinó hasta quedar a centímetros de mis labios.

Casi no podía respirar.

—Tú, Niki Avery —susurró—. Eres una rival digna.

28

NIKI

Sus labios se estrellaron contra los míos con la fuerza de un maremoto, explosivos, desintegrando mi ira, mi miedo, todos mis pensamientos, y exigiendo que me rindiera. Como si me arrastraran las corrientes del fondo del océano, estaba completamente perdida en su beso, sin distinguir la derecha de la izquierda ni el arriba del abajo. Solo sabía que deseaba a este hombre.

En ese momento, nada más importaba.

Mi mano tanteó el pomo de la puerta mientras su lengua danzaba con la mía, su cuerpo duro apretado contra el mío. Me apartó la mano de un manotazo y, sin dejar de besarme ni apartar su atención de mí, introdujo el código de seguridad.

Clic—la puerta se abrió de golpe y nos arrastró con ella. Retrocedí tambaleándome, incapaz de resistir la fuerza del hombre que se abalanzaba sobre mí como si cada aliento fuera el último.

Me hizo retroceder; mi cadera golpeó una mesita auxiliar que se tambaleó y cayó al suelo con estrépito. Confié en él ciegamente mientras me empujaba hacia atrás por la cabaña a oscuras, hasta el dormitorio, negro como la noche. Me giró como a una muñeca de trapo y me estampó contra la pared, inmovilizándome bajo su cuerpo.

Un cuadro cayó al suelo.

—*Dios,* Niki —murmuró entre besos mientras me agarraba un puñado de pelo.

El corazón me latía como un martillo neumático. Cerré los ojos, entregándome al momento. A la embriagadora oleada que era Gage.

Tiró suavemente de mi pelo, inclinándome la barbilla hacia arriba, exponiéndole el cuello.

Un vampiro a punto de devorar a su presa.

Abrí los ojos con un aleteo y los fijé en el resplandor azul del crepúsculo del exterior.

Se me erizó el cuero cabelludo cuando apretó más fuerte, estrujando los mechones como si se aferrara a la vida. Hundió la cara en mi cuello: lamió, besó, mordisqueó. Un escalofrío me recorrió la piel por el calor de su aliento, su lengua trazando un camino por mi yugular.

Primitivo.

Se apretó contra mi cadera, inmovilizándome el cuerpo entero. Mi pelo en su mano, mi cuello bajo sus labios, mis caderas bajo su erección.

Mi cuerpo a su merced.

Había tenido sexo antes, pero nunca—*nunca*—había sentido una pasión tan animal como en ese momento. Era un impulso incontrolable, una necesidad de sentirlo dentro de mí. De que me *poseyera.*

Era *él.*

Era Gage Steele.

Le arrastré las uñas por la piel tensa de su espalda bronceada. Se le escapó un gemido mientras se apretaba más contra mí, restregándose, con los dedos enredados en mi pelo.

Me agarró por los bíceps, me levantó, me hizo girar y me empujó hacia la cama.

Se detuvo frente a mí; su pecho enorme subía y bajaba con fuerza. Hombros anchos, pectorales redondos, un abdomen marcado y cicatrizado que descendía hasta un bulto en sus pantalones cortos capaz de hacer sonrojar hasta a la corista más experimentada de

Las Vegas. Con ojos salvajes de pasión, me recorrió con la mirada; cada centímetro de mi piel hormigueaba bajo sus ojos.

Sin apartar los ojos de mí, retrocedió y encendió la luz del baño. Una tenue luz dorada se derramó en la habitación a oscuras, iluminando apenas el espacio.

—Quítatelo —ordenó, señalando mi jersey con la barbilla.

Le sostuve la mirada mientras agarraba lentamente el borde del cachemir; la suave tela se deslizó contra mi piel al quitármelo.

Se le tensó la mandíbula.

Continué con mi striptease erótico: me quité el sujetador de encaje rojo sin apartar los ojos de los suyos mientras caía al suelo.

Se le aceleró la respiración.

Se me irguieron los pezones y empezaron a hormiguear bajo el fuego de su mirada. Me quité lentamente los zapatos, los pantalones, sin revelar más que un tanga rojo a juego. Se le cerraron las manos en puños a los costados, la mandíbula apretada.

Me acerqué a él, lentamente, exigiendo su mirada sobre mi cuerpo.

—Quítatelo —dijo con voz grave, profunda.

Me quité las bragas deslizándolas y las arrojé a un lado.

Se le escapó el aliento.

Sí, ven a buscarme.

Dio un paso adelante; yo di un paso atrás.

Arqueó una ceja.

Sonreí con suficiencia.

Dio otro paso; yo retrocedí.

Uno más, y me deslicé sobre la cama. —Tu turno.

Se le curvó la comisura del labio con esa arrogancia tan propia de Gage, y se quitó los pantalones cortos y después el spandex.

Tuve que hacer acopio de todo mi autocontrol para que no se me cayera la mandíbula al suelo. Me quedé boquiabierta ante su longitud, su grosor, su pura masculinidad sin igual.

Dios mío.

Sin apartar los ojos de los suyos, me recosté en la cama; mis manos se deslizaron hacia el pecho, un dedo trazó círculos alrededor

del pezón. Me observaba fijo, inmóvil, como un rey esperando su espectáculo. Queriendo más. Queriendo ver de lo que era capaz.

Por supuesto que sí.

Con una mano en el pecho, la otra descendió por mi vientre trazando círculos alrededor del pequeño rastro de vello. Levanté las piernas y apoyé los pies en el borde de la cama, abriéndome ante él. La piel se me sonrojó bajo su mirada y empecé a temblar solo con el espectáculo erótico que se desarrollaba entre nosotros. ¿Cómo podía estar tan excitada sin que él siquiera me tocara?

Un rubor le tiñó el cuello.

Sonreí.

Mi dedo descendió más hasta que sentí esa descarga de placer. Trazando círculos, me mordí el labio. Un dedo se deslizó dentro.

Se lamió los labios.

Dos dedos.

Su mano se deslizó hacia su erección, una caricia para igualar la mía.

Gemí al verlo.

Y el gemido fue su perdición.

Salvó la distancia que nos separaba y me agarró los muslos, separándolos más, exponiéndome por completo ante él. Estaba húmeda, palpitando ya.

Desesperada.

Deslizó las manos bajo mi trasero, me agarró por la cintura y me arrastró hasta el borde de la cama.

«Eres mía», me decía la mirada ardiente de sus ojos.

Sí, lo era.

Deslizó las manos hasta mis rodillas, las separó aún más y me empujó las piernas hacia atrás.

Se arrodilló.

El corazón me dio un vuelco.

No hubo preliminares suaves ni delicados. Eso no iba con Gage.

Se lanzó sobre mí con toda el hambre que había mostrado en sus ojos desde que nos conocimos y empezó a devorarme el coño como si fuera su última cena.

Me retorcí debajo de él y le embestí las caderas contra la cara mientras su lengua se hundía en mí una y otra vez. Luego se deslizó sobre el clítoris, rodeó el pequeño botón hinchado con movimientos rítmicos y lo acarició con la punta de la lengua antes de volver a succionarlo. Cerré los ojos con fuerza y aferré la colcha en un intento desesperado de liberar la tensión que se acumulaba a velocidad vertiginosa por todo el cuerpo. Mientras me lamía, introdujo un dedo, dos, tres, hundiéndose en mí. El meñique se deslizó más abajo, tentando el lugar prohibido.

Estaba a punto de hacerme añicos.

—*Gage* —su nombre brotó de mis labios como una súplica desesperada—. *Gage…*

Grité su nombre cuando el orgasmo me atravesó.

El cuerpo se me quedó laxo con la liberación eufórica.

Cuando abrí los ojos, Gage estaba de pie sobre mí y rasgaba la parte superior de un pequeño envoltorio plateado. Se puso el condón como alguien que sabe lo que hace. Y, Dios mío, quería descubrir de qué era capaz ese hombre.

Me puso las manos en las rodillas, me abrió las piernas de nuevo y las forzó aún más.

Se colocó sobre mí sin apartar la mirada de la mía.

Me abrí más a él: las piernas, yo misma, el alma.

Tómame.

Poséeme.

Hazme tuya.

Se deslizó dentro de mí y cerró los ojos mientras yo lo apretaba, estrecha, cálida, húmeda por el orgasmo.

—*Joder,* Niki —enterró la cara junto a mi oído y comenzó el ritmo lento, el preludio de la tormenta.

—*Ábrete,* Niki —suplicó—. Ábrete.

Arqueé la espalda y gemí mientras él alcanzaba profundidades que nunca había sentido, deseando más aunque sabía que el cuerpo no lo soportaría.

—*Niki* —exhaló como en un sueño mientras se acomodaba en mí, profundo, duro, llenándome por completo.

El ritmo se aceleró; cada embestida, más profunda que la anterior, me abría más y más.

Hazme tuya.

Alcé la barbilla y le ofrecí la garganta mientras lo rodeaba con los brazos en busca de cualquier atisbo de control en un océano tormentoso donde ambos estábamos completa y absolutamente perdidos en el momento. El uno en el otro.

La cama se sacudió, la cabeza me daba vueltas mientras él se hundía en mí con una fuerza de la que solo Gage Steele era capaz.

Cerré los ojos, perdida, dejándome llevar por la experiencia como una mariposa en el viento.

—*Gage* —gemí entre jadeos.

—Dilo otra vez.

—Gage —repetí, clavándole las uñas en la piel mientras el mundo empezaba a girar a mi alrededor.

—Soy tuya. *Tómame,* Gage. Soy tuya.

Entonces nos corrimos juntos en lo que pareció una explosión capaz de sacudir la tierra.

… Como fuego y gasolina.

29

GAGE

Acaricié su cabello, esa suave seda castaña que se enredaba entre mis dedos y me tentaba a despertarla para la segunda ronda. ¿O era la tercera?

La luz de la luna bañaba su cuerpo desnudo como plata líquida, realzando unas curvas dignas de una diosa.

Mi diosa.

Una punzada aguda de posesividad me arrancó del momento como a un bebé del vientre materno.

Es. *Mía.*

Entonces lo supe: haría cualquier cosa por retenerla, por protegerla. Lo que fuera para mantenerla a salvo, feliz.

Lo que fuera para que siguiera siendo *mía.*

Daría mi vida por la suya. Sin dudarlo.

La verdadera pregunta era: ¿me dejaría entrar?

Niki Avery había conseguido ella sola despojarme de la armadura que había construido a mi alrededor durante el último año. Diablos, quizá durante toda mi vida. Mientras contemplaba su perfil, tan angelical, tan sereno, me pregunté por qué. ¿Qué tenía de diferente esta mujer? ¿Por qué ella?

Porque era real, pura emoción, todo lo contrario a cada conquista anterior... que, ahora lo sé, no eran más que excusas para olvidar.

Para olvidar mi vida anodina. Para olvidar a mi padre. Para adormecer el huracán constante que me recorría las venas.

Con Niki sentía vida. Luz. Como si me hubieran arrancado el alma del pecho y ella la sostuviera en su mano, guardándola para sí. Como si me hubiera entregado a ella. Se sentía bien. Se sentía... justo.

Era la primera vez que sentía de verdad.

En ese momento supe que la amaba. Lo supe en cada centímetro de mi cuerpo.

Estaba locamente enamorado de Niki Avery.

Me incliné y la besé en la mejilla.

Se removió, giró lentamente la cabeza y me miró con ojos somnolientos y satisfechos. Sus labios esbozaron una sonrisa, y los míos también.

—¿Cómo es que no estás dormido?

Sonreí y le recorrí el puente de la nariz con el dedo.

—No puedo dormir.

—Querrás decir que no duermes.

—A veces. —Mi dedo recorrió el moretón bajo su ojo y se me encogió el estómago.

Me agarró la mano.

—Para.

—Mataré al tipo que te hizo esto, Niki. Lo encontraré y lo mataré.

—Lo encontrarás, Gage, pero no lo matarás —sus ojos se entornaron en señal de advertencia—. No te lo permitiré.

La miré fijamente, con sus ojos clavados en los míos, retándome a contradecirla. Un instante se deslizó entre nosotros, y fue como si la última pieza de mi armadura cayera al suelo. Haría lo que Niki Avery me dijera, o dejaría de hacerlo, según el caso.

Sonrió, me soltó la mano y se giró del todo hacia mí. La luz de la luna le iluminaba el rostro.

Fruncí el ceño e incliné la cabeza para fijarme en el moretón bajo su ojo. Mis pensamientos empezaron a dar vueltas.

—Dijiste que te golpeó, ¿verdad?

Asintió, frunciendo el ceño igual que yo.

—Con el puño, ¿verdad?

—¿Hay otra forma de golpear a alguien? —se incorporó—. ¿Qué pasa?

Mi mente trabajaba a toda velocidad.

—Gage. ¿Qué? ¿Qué estás pensando?

—Estaba justo delante de ti, ¿verdad? ¿Cuando te golpeó?

—Sí... ¿adónde quieres llegar?

—Niki. Tu atacante es zurdo.

Contuvo el aliento y se llevó la mano a la mejilla.

—Dios mío, tienes razón. El moretón estaría en el otro lado de la cara.

—Exacto —salté de la cama—. Tenemos que contárselo al teniente Colson y a Haddix ahora mismo. Es una pista de la hostia —rebusqué en los bolsillos de mis pantalones cortos—. Mierda, el móvil sigue fuera de la jaula.

—¿La jaula?

—El ring de lucha libre del jardín.

Me había dejado el móvil, lo que significaba que había estado completamente ilocalizable las últimas dos horas. Nada bueno cuando diriges una empresa de seguridad personal.

—Pues ve a buscarlo —me instó—. Tienes que decírselo ya.

Dudé. No quería marcharme.

—Ve. Ve a buscar el móvil. Estaré bien —esbozó una sonrisa felina y sexy—. Me has dejado completamente agotada. Puede que esta noche consiga dormir del tirón. —Gateó hacia mí, desnuda, y se irguió de rodillas para recorrerme el estómago con el dedo. Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Volverás?

El corazón me dio un vuelco. La confirmación de que quería que volviera. Me incliné y la besé.

—Ni el mismísimo infierno podría mantenerme alejado. Dame veinte minutos.

—Bien —sonrió—. En ese caso, trae comida.

—Hecho... y una botella de champán.

Sus ojos brillaron al sonreír. El corazón me dio un brinco. Me agaché, recogí el collar de seguridad del suelo y se lo tendí.

—Ponte esto. Y no te lo quites nunca.

—Sí, señor —me guiñó un ojo.
Sonreí.
—Me gusta. Hasta ahora. Pon la alarma cuando salga.

30

GAGE

Después de confirmar que la alarma de Niki estaba activada, llevé el carrito a la casa principal y recogí mi teléfono de camino. Dos mensajes nuevos de Feen—

Despacho de papá

Ven a verme cuando puedas - a solas.

Al instante volví a la realidad, y con la misma rapidez, quise estar de vuelta en la cama de Niki. Veinte minutos. Podía hacer una parada rápida arriba, luego la cocina, y después volver a la Cabaña 1, encantado de la vida.

Subí las escaleras corriendo, con más energía de la que había sentido desde que estaba en Irak, luchando por mi país, por mi vida. Siempre estaba en un subidón en aquella época. Pero descubrir que estaba enamorado de Niki, y que ella me correspondía, era el mayor subidón que había tenido jamás.

Empujé la puerta del despacho y encontré a Phoenix exactamente en el mismo lugar donde lo había dejado esa mañana.

¿Había estado allí todo el día?

—Encontré algo...

Crucé la habitación con paso acelerado por la preocupación.

Montones de impresiones cubrían el escritorio de papá; una taza de café frío reposaba en el borde. El mismo código de antes seguía corriendo por las pantallas del ordenador en una letra diminuta que mareaba.

Feen señaló uno de los monitores. Le temblaba la mano.

—Ese código secreto incrustado en los satélites del que te hablé...

Recordé la información, que parecía de hacía una eternidad. Era como si hubiera pasado muchísimo desde entonces. Y así era. Me había enamorado.

—El código que crees que se usó para las comunicaciones sobre el asesinato de Andrei Sokolov, ¿verdad? El que crees que tiene que ver con el Knight Fox.

—Exacto. El tipo que va a desear no haber nacido nunca si realmente mató a papá.

—Dime que lo encontraste.

—Todavía no, pero, Gage... papá ya había empezado a rastrearlo.

—¿Dónde? ¿Cómo?

—Papá usó un programa que había creado y hackeó el ordenador del guardaespaldas personal de Sokolov.

Hizo clic en una carpeta nueva.

—Copió correos electrónicos encriptados, de la fecha del asesinato y alrededores, que estaban firmados *KF*...

—¿Correos del Knight Fox?

—Exacto.

—¿Rastreó la dirección IP del Knight Fox?

—No, eso lo habría llevado directamente al Zorro. Demasiado fácil, ¿verdad? El Zorro usaba un proxy web para comunicarse, lo que oculta la dirección IP. Pero también usaba su móvil, y papá pudo localizar la torre a la que se conectaba.

Se volvió hacia mí, pálido.

—Gage...

Un escalofrío me recorrió la espalda y, por un momento, no quise saber. No quise oír las palabras que iban a salir de la boca de mi hermano.

—El Knight Fox estuvo aquí.

—¿Aquí? ¿Dónde exactamente, Feen? —El pulso se me disparó.

—En la maldita Berry Springs...

Me preparé porque sabía que no había terminado.

—Gage. El Zorro estuvo aquí... el día que murió papá.

El corazón me dejó de latir, los pensamientos se me congelaron, la boca incapaz de formar una frase, qué diablos, ni siquiera una sola palabra.

Un minuto entero transcurrió mientras mi hermano y yo nos mirábamos fijamente.

—Me crees ahora, ¿verdad? —preguntó—. Asesinaron a papá por lo que estaba investigando. Y el Knight Fox es quien lo hizo.

Asentí. En ese momento me di cuenta de que siempre le había creído.

Feen juntó las manos en el primer arranque de energía que le había visto en las últimas veinticuatro horas.

—Sabía que lo harías.

Soltó un suspiro de alivio.

—Bien, ahora tenemos que localizar de alguna manera la dirección IP de este tipo.

Se frotó la cara con las manos, se inclinó hacia delante hasta quedar a centímetros de la pantalla del ordenador y empezó a teclear.

—Feen.

No respondió. Ya estaba de vuelta en la zona.

—Feen —dije más alto.

Levantó la vista. Parpadeó.

—Esto es mucho. Necesitamos procesar. Planear. Necesitas un descanso. Feen, necesitas un descanso.

—Los descansos son para nenazas.

—Entonces estás listo para uno. Necesitas dormir, Feen.

—Bah.

Agarró su café, notó que estaba frío y lo miró con el ceño fruncido.

—Vamos a conseguirte algo de comida y esa infusión relajante... té de manzanilla, o algo así.

—¿Quién diablos bebe té de manzanilla?

—La gente que necesita relajarse. Vas a beberlo y vas a alejarte de esta habitación un rato.

Feen resopló, lo consideró.

—Whisky.

—Vale. Trato hecho. Vamos.

Me quedé atrás mientras Phoenix se levantaba de la silla de papá, inestable. Ido.

Fingí mirar los papeles dispersos; luego, cuando mi hermano se alejó del escritorio, me coloqué detrás de él por si se caía. En mis treinta y tres años de vida, nunca había visto a mi hermano tan agotado. Tan estresado. Débil, como si fuera a caerse con una ráfaga de viento. Feen no era de los que mostraban estrés. Diablos, ninguno de nosotros lo era. Lo sacábamos en el gimnasio, o abajo en el campo de tiro, y asunto zanjado.

Hoy no.

Entramos en la cocina, donde Ax, que aún llevaba la chaqueta de cuero del paseo nocturno en la Harley, se estaba sirviendo una copa. Un tequila, lo que me recordó que todos estábamos al límite. No solo por el ataque a Niki, sino por algo más. Había algo en el ambiente.

Algo pesado.

—Tío, ¿estás bien? —Ax frunció el ceño y clavó la mirada en Feen.

—Está bien. Solo necesita comer algo y una cama.

—Empieza con esto. —Ax le puso el tequila en la mano a Feen y me lanzó una mirada: *«¿Qué demonios está pasando?»*.

Quería decírselo. No lo hice. No era el momento. Joder, necesitaba un segundo para procesarlo.

Gunner entró tranquilamente, hablando por el móvil, y se detuvo en seco.

—Eh. Tengo que colgar. —Se guardó el teléfono en el bolsillo y se quedó mirando a Feen, luego alternó la mirada entre Ax y yo.

Levanté una mano y negué con la cabeza. *«Ahora no».*

Todos nos servimos una copa. Ax y Gunner se quedaron junto a la encimera mientras agarraba algo de beicon sobrante y empezaba a preparar el favorito de los Steele: un BLT para mi hermano.

Feen se dejó caer en una silla junto a la ventana y se quedó mirando la noche oscura. Sentí los ojos curiosos —preocupados— de Gunner y Ax clavados en mí. Los miré y asentí: *«Está bien. Ahora no. Dadle un segundo».*

Asintieron y cambiaron de tema.

—¿Qué tal la Cabaña 1? —preguntó Gunner.

—Niki —respondí, demasiado rápido. Mis hermanos arquearon las cejas a la vez.

—Niki, perdón.

Agarré un cuchillo y empecé a cortar un tomate. ¿Desde cuándo me había vuelto feminista? A la mayoría de mis conquistas las describía por el color de pelo y la forma de los pechos. *«El amor te cambia»*, me había dicho mi padre una vez. Ahora sé que tenía razón. Metí un poco de pan en la tostadora y miré el reloj. Veinte minutos más y estaría en sus brazos de nuevo.

31

GAGE

—El atacante de Niki es zurdo —les informé.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la ubicación del moratón en la cara, donde el cabrón la golpeó. ¿Habéis tenido noticias de alguien esta noche?

—Hablé con Haddix hace unas horas. —Ax cogió una servilleta y la enrolló alrededor del vaso empañado—. Mickey Greco llevó dos vidas muy distintas antes de que lo trincaran por fraude fiscal. El tío era un ciudadano modelo, tenía esposa, que ya se ha divorciado y se ha largado a Hawái, no tenían hijos, pero fueron padres de acogida de varios críos. Iba a la iglesia, participaba en la comunidad, donaba a organizaciones locales, el pack completo.

Gunner dio un trago. —Pero a puerta cerrada, Greco era un hijo de puta que torturaba a cualquiera que le debiera dinero y le cortó la cabeza a su socia por descubrir su negocio ilegal.

—Hizo que otro se la cortara —corregí.

—Exacto. Haddix sigue elaborando una lista de todos los que tenían tratos con su negocio. La lista es tan larga como mi polla...

—O sea, no mucho.

—Dije la mía, no la tuya. —Ax sonrió y dio un trago—. En resumen, según todos los testigos, Greco solo tenía un socio de

confianza que conocía los entresijos de su negocio de drogas, y a ese tío lo encerraron con él.

—Tiene que haber una conexión. Es demasiada casualidad. Alguien quiere venganza por haber encerrado a Greco. —Fruncí el ceño concentrado mientras terminaba de preparar el sándwich y lo dejaba delante de Feen, luego saqué una cerveza de la nevera—. ¿Familia?

—Solo la exmujer, en Hawái. Colson ha confirmado dónde está.

Negué con la cabeza. —*Tiene* que haber algo.

—O Niki miente, Gage —soltó mi hermano mayor con desdén, apenas audible desde el otro lado de la habitación.

Miré la nuca de Feen. —No miente, Feen.

No se movió, siguió con la mirada fija en la ventana. —No sé, hermano, creo que esa mujer sabe manipular a la gente.

—¿Qué coño significa eso? —Abrí la cerveza y lancé el tapón al otro lado de la habitación.

—¿Dónde has estado las últimas dos horas?

Se me cayó el alma a los pies. Gunner y Ax me miraron.

—¿Qué estabas haciendo, Gage? —Feen volvió la cabeza, los ojos en sombra.

Le di un trago largo a la cerveza... y mentí. —Dando una vuelta por los terrenos.

—¿Sin el móvil?

Mierda.

Feen continuó: —¿Justo después de quedar como un imbécil delante de nuestro visitante?

Ax contuvo el aliento a mi lado.

—El tío era su ex, Feen.

—Exacto. Alguien que podría haberse ocupado de ella. La gente que viene a nosotros no tiene a nadie. Está claro que a ella no le interesa estar aquí. La policía de Berry Springs lleva el caso. Si hubieras pensado con la cabeza, la habrías mandado a casa con él.

—La están cazando, Feen.

—Protegemos a gente que quiere nuestra protección, Gage. —Se movió y la luz le iluminó el rostro—. No a gente que queremos llevarnos a la cama.

Di un golpe con la cerveza en la encimera. —¿Crees que esto es solo eso?

—No voy a repetir la pregunta, Gage. ¿Dónde has estado las últimas dos horas?

Entrecerré los ojos hasta convertirlos en rendijas mientras el veneno se me acumulaba en la boca. —Desde luego, no intentando convencer a mi hermano pequeño de que a papá lo mataron. —Las palabras me salieron escupidas.

El puño de Feen golpeó la mesa y la volcó de lado. Se levantó de un salto y se volvió hacia mí. —*Te dije* que no dijeras nada. ¿Y dónde estabas? Follándote a Niki Avery en su cabaña. —Cerró los puños mientras cruzaba la cocina despacio.

Dejé la botella y noté que mis hermanos se acercaban.

Feen continuó, con una mirada distante y desquiciada. —Lo único que te apartaría del móvil es un coño apretado y una boca dispuesta. Te tiraste a una *clienta*, *en su cabaña*. En el lugar donde se supone que debe estar protegida. Has cruzado la última línea.

—Estás loco, hermano. —Me puse de puntillas, listo para saltar.

—Puede que esté loco, pero al menos conservo la dignidad. Hace unos días dije que eras igual que papá. Me equivoqué. Papá se avergonzaría de ti.

Me lancé hacia delante y la bebida se estrelló contra el suelo. Todo pasó en un destello: Ax embistiéndome, rodeándome con los brazos por detrás mientras Gunner agarraba a Feen y lo tiraba al suelo.

Me retorcí bajo la presa de mi hermano gemelo.

—Para —me exigió Ax con calma al oído—. Relájate. Respira hondo, hermano, cálmate. No está bien de la cabeza.

Dejé de forcejear y me concentré en sus palabras, en el timbre grave de su voz.

—Cálmate, Gage. No está bien de la cabeza —repitió Ax.

Cerré los ojos con fuerza e inspiré hondo por la nariz. Una respiración profunda, luego otra.

Ax me soltó.

En el suelo, a nuestro lado, Gunner le murmuraba algo a Feen y supuse que sería algo parecido a lo que Ax me había dicho. Luego

se quitó de encima. Phoenix se incorporó de un salto y se volvió hacia mí, con el pecho agitado.

Nos miramos fijamente mientras Gunner y Ax recogían los cristales del suelo.

Aparté la mirada y negué con la cabeza. —A la mierda con esto —murmuré, y salí de la cocina, dejando atrás aquel caos. Un torbellino de emociones me invadía mientras abría la puerta principal y salía a la noche fresca y oscura.

Papá estaría decepcionado.

Era cierto, pero mi relación con Niki no era la única razón por la que se habría sentido defraudado. Hacía muchos, muchos años que no veía esa mirada en los ojos de mi hermano mayor. ¿Y si Gunner y Ax no hubieran estado allí? ¿Hasta dónde habría dejado Feen que llegara nuestra pelea? Papá probablemente se estaría revolcando en su tumba. Nos habría arrancado el pellejo si supiera que sus hijos estaban peleándose. Peleándose *de verdad*, no con estúpidas discusiones de hermanos.

Dios, cuánto lo echaba de menos.

Alcé la vista hacia las estrellas que centelleaban en torno a una luna llena.

¿Papá? ¿Asesinado?

Solo pensarlo me revolvió el estómago.

Cerré los ojos y respiré hondo… y otra vez…

Abrí los ojos de golpe y recorrí el paisaje con la mirada. Volví a inhalar: el olor lejano de los gases de un vehículo.

Saqué el móvil y llamé a Wolf.

—Hola, Gage, ¿qué…?

—Ve a comprobar el sistema de seguridad.

—¿Por qué? —oí movimiento al otro lado del teléfono.

—Alguien acaba de pasar. Por el camino de entrada o por la carretera de abajo.

Pasó un segundo mientras Wolf accedía al sistema. —Tienes razón. Un coche patrulla pasó y… —unos clics más—. Giró a la izquierda hacia las cabañas. Hace unos cinco minutos.

—¿Un coche de policía?

—Sí. Por la silueta, parece que es Haddix al volante.

Fruncí el ceño mientras miraba fijamente el camino de entrada. ¿Qué demonios hacía Haddix visitando el complejo a las nueve de la noche?

Y más importante aún: ¿adónde iba?

32

NIKI

Me pasé los dedos por los labios y esbocé una leve sonrisa. Todavía podía saborearlo, todavía sentir sus labios sobre los míos. Mi cuerpo era una mezcla de excitación efervescente y relajación lánguida. Miré el reloj por enésima vez desde que Gage había salido de la cabaña.

Diez minutos más.

Otra sonrisa, y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no deslizar la mano bajo las sábanas y explorarme. Nunca, en toda mi vida, me había excitado tanto. Nunca había sentido esa clase de conexión, una afinidad tan intensa que derretía mis pensamientos, mis preocupaciones, mis inquietudes, y me dejaba solo con mi alma tendida en la cama, lista, dispuesta —diablos, suplicando— para que él la tomara.

Gage Steele me había dado la vuelta, en sentido figurado, y me había puesto el mundo patas arriba.

Se sentía absolutamente bien.

Me incorporé en la cama, demasiado eufórica para dormir. Quizás una ducha rápida para refrescarme, quizás una copa antes de que volviera. Salí de la cama tambaleándome y cogí mi camiseta de Steele Security. Era como seda deslizándose sobre mis pechos desnudos. Parecía estar bajo el efecto de alguna droga psicodélica;

mi cuerpo respondía con lujuria al menor estímulo. Me puse la mano en el estómago y sonreí, notando el dolor más abajo.

Me toqué los labios, pensando en los suyos sobre los míos.

Lo deseaba de nuevo.

Y otra vez, y otra vez.

Diez minutos.

Resignada a la cruda realidad de que estaba sola, me puse unos pantalones cortos y fui descalza hacia la cocina.

Unos faros que centelleaban entre los árboles me llamaron la atención. Fruncí el ceño y miré hacia la puerta trasera, donde Gage solía aparcar su todoterreno.

No era Gage.

La mano se me fue hacia el collar de seguridad y rocé el botón rojo mientras caminaba hacia la puerta principal. Miré por la ventana, consciente de que quien viniera por el camino podía ver mi silueta recortada contra la luz.

Reconocí los colores blanco y negro cuando el coche se detuvo. La policía. Solté un suspiro de alivio y observé al oficial Haddix, vestido de civil, salir del lado del conductor con una bolsa grande y expresión hosca. Entró en el halo de luz del porche. Siempre estaba pálido, con profundas ojeras. Solo podía esperar que fuera porque había pasado las últimas veinticuatro horas trabajando sin parar en mi caso.

Nuestras miradas se cruzaron a través del cristal y abrí el cerrojo.

—Buenas noches, oficial.

—Señorita Avery —asintió y se detuvo en el umbral—. Disculpe que venga tan tarde.

—No se preocupe —retrocedí y le invité a pasar—. ¿Hay novedades con el caso?

—Nada que pueda comentar —dijo, entrando.

—O sea, que no.

Evitando la pregunta, miró las botellas de cerveza vacías junto a mi portátil.

—Veo que se está acomodando.

—Es un lugar agradable. Para escapar, al menos.

Su mirada se elevó hacia las ventanas agrietadas por los disparos de la noche anterior.

—Los cristales antibalas ayudan.

—Sí. Esto es como Fort Knox.

Una chispa de diversión le cruzó el rostro.

—Seguro que sí. Los hermanos Steele no escatiman... con su negocio, al menos —me recorrió con la mirada de pies a cabeza antes de añadir—: Tenga cuidado con Gage, ¿de acuerdo?

—¿A qué se refiere exactamente?

—Ha pasado por mucho, señorita Avery. Los hermanos Steele tienen cierta reputación en este pueblo. Gage quedó con mi prima para tomar unas copas hace unos meses. No volvió a dirigirle la palabra. Sinceramente, el tipo no me cae bien —le tembló un músculo de la mandíbula—. Lo último que necesita es que le rompan el corazón.

Una extraña actitud defensiva, un instinto protector hacia el hombre incomprendido con el que acababa de acostarme, me recorrió por dentro. Conocía las andanzas de Gage. También sabía lo que acababa de pasar entre nosotros. Sabía que lo amaba.

—Puedo encargarme de recoger los pedazos.

—No diga que no se lo advertí.

—Oficial Haddix, ¿ha venido a decirme que no me acueste con Gage Steele, o quizás tenía algo relacionado con mi agresión que sí sea de su incumbencia?

Se le arqueó una ceja y una leve sonrisa le cruzó el rostro. Se rio.

—Con ese carácter, puede que Gage haya encontrado la horma de su zapato. En fin, sí y no: vine a advertirle sobre Gage, pero también... —me tendió la bolsa que llevaba—. Aquí tiene las llaves de su coche, el bolso y el móvil. El coche está en la comisaría, listo para cuando quiera.

Cogí la bolsa como si fuera contrabando.

—Gracias. ¿Han encontrado algo? ¿Huellas en el coche, en mis cosas, algo?

Apretó los labios mientras negaba con la cabeza.

Suspiré.

—Gracias de todos modos.

—De nada. Estaba por la zona, de todos modos. Iba a ver a mi sobrino, que está acampando en el río. Son unos gamberros. Estoy a punto de volver al pueblo. ¿Quiere que la lleve a recoger su coche? No me cuesta nada.

Miré por la ventana hacia la casa principal; se me encogió el estómago solo de pensar en dejar a Gage. Esta noche no. Todavía no.

—No, la verdad es que puedo ir a buscarlo mañana.

—De acuerdo. Que pase buena noche —se dio la vuelta.

—¿Oficial Haddix?

—¿Sí?

—Gracias. No solo por traerme mis cosas... también por la advertencia.

Me miró por encima del hombro y me guiñó un ojo.

—Es usted dura de pelar, Avery. Mantenga los ojos bien abiertos.

—Lo haré.

33

GAGE

—Hola —dijo Ax, que salió por la puerta principal y bajó los escalones—. ¿Estás bien?

—Sí. —La verdad es que ya me había olvidado de la discusión en la cocina con mi enloquecido hermano mayor—. Oye, dijiste que hablaste con Haddix hoy, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?

Eché un vistazo al camino de tierra al pie de la colina.

—¿Sabes por qué querría hablar con Niki ahora?

—No estoy seguro, pero mencionó que iba a echarle un vistazo al Jeep de Niki en algún momento del día. —Se encogió de hombros—. Puede haber mil razones para hablar con ella ahora.

Tenía razón.

—Ve a verla... enamorado perdido.

Con una sonrisa, Ax recogió el balón de fútbol americano y me lo lanzó.

Me quedé paralizado mientras el balón caía a mis pies.

Se me heló la sangre.

—¿Qué? —Ax frunció el ceño.

Mis pensamientos eran un caos, un torbellino que iba más rápido de lo que podía articular.

—El balón...

—¿Eh, sí?

—El atacante de Niki era zurdo...

—Sí, lo mencionaste...

La imagen del balón trazando una espiral hacia el bosque me cruzó la mente como una película de terror en bucle. La voz de mi hermano se desvaneció a mi espalda mientras me daba la vuelta y echaba a correr hacia la Harley de Ax, que seguía aparcada fuera.

Paul Taylor, el exnovio de Niki, era zurdo.

34

NIKI

Vi el coche de Haddix desaparecer por el camino de entrada y, tras cerrar la puerta con llave, el rugido sordo de otro motor me hizo volver la vista hacia fuera.

Otro vehículo circulaba por el camino de tierra frente a mi cabaña, pero venía de la dirección contraria a la de Haddix. Estaba segura de que por allí solo había caminos de tierra en mal estado, usados sobre todo por cazadores.

El vehículo, una camioneta, subía despacio por el camino de entrada.

Se me desencajó la mandíbula.

Salí disparada.

—¿Qué demonios haces aquí?

Paul Taylor, el exnovio que al parecer no podía pasar página, bajó de su camioneta y cerró la puerta.

—He venido a hablar.

—¿Hablar conmigo otra vez? Escucha, Paul, lo nuestro terminó hace semanas. No sé por qué no puedes superarlo. Tengo bastante encima ahora mismo…

—Seguro que sí. Encerrando a gente buena, destruyendo vidas.

—¿De qué estás hablando? —Los nervios me revolvieron el estómago. Algo no iba bien.

Recorrí el bosque con la mirada buscando a Gage.

—Mickey Greco era un buen hombre, Niki —Paul subió al porche —. Fue como un padre para mí.

—¿Mickey? ¿De... de qué estás hablando?

El corazón empezó a latirme con fuerza, una señal instintiva de que algo iba muy, muy mal.

Estaba metida en un lío. No me cabía la menor duda.

El rostro de Paul se tiñó de un rojo intenso, a juego con el fuego de sus ojos. —Mickey y su esposa me acogieron cuando mis padres murieron. Fueron mi familia de acogida durante tres años, en primaria. Me dieron un hogar cuando nadie más quiso hacerlo.

Con una mano busqué a tientas el collar SOS mientras retrocedía despacio, tanteando el pomo de la puerta con la otra.

Continuó:

—Nunca te diste cuenta de que te invité a salir justo cuando empezaste a husmear en la vida de Mickey, ¿verdad?

Pulsé el botón SOS del colgante.

«*Que siga hablando*», era lo único que podía pensar. Que siga hablando hasta que llegue Gage.

—¿Empezaste a salir conmigo para acercarte al caso de Mickey? —Mi mano se deslizó hacia el pomo, con la espalda pegada a la puerta.

Paul se acercó un poco más. —Mickey me enseñó tres cosas. Una: haz siempre que otro haga el trabajo sucio. Pues bien, tú mataste al tipo que tenía previsto para eso la noche que te sacamos de la carretera. Dos: lealtad hasta la muerte.

El corazón me golpeaba en el pecho.

—Y tres: Mickey me enseñó lo importante que es dar una lección a quien se lo merece —se acercó otro paso—. Aquí tienes la tuya.

La luz se reflejó en el cañón de una pistola cuando Paul la sacó del cinturón. El pánico se apoderó de mí y me lancé hacia un lado mientras el disparo me perforaba los tímpanos y la bala destrozaba la madera de la puerta principal.

Retrocedí a rastras hasta que la espalda chocó contra la barandilla de la terraza.

Paul se volvió hacia mí, pistola en alto, mirada enloquecida. Estaba acorralada en la esquina, literalmente, sin manera de defenderme y sin ningún sitio adonde huir.

Luchar o morir.

Los recuerdos del cuchillo atravesando el cuello de Ian, la sensación de la hoja cortando la piel, la sangre brotando a chorros... Las imágenes me daban vueltas en la cabeza y desataron una descarga de adrenalina por mis venas. El instinto humano de supervivencia.

Me abalancé hacia delante para hacerme con la pistola. Nuestros cuerpos chocaron. El arma salió volando de mi mano y resbaló por las tablas de madera. Nos lanzamos a por ella, a manotazos, forcejeando, hasta que cayó de la terraza y desapareció en la oscuridad. Paul me agarró de las piernas y tiró de mí hacia atrás; las astillas de madera me cortaban la piel como pequeñas cuchillas. Me retorcí de lado y le arañé el cuello.

Se apartó de un salto.

—¡Zorra!

Mientras me incorporaba a duras penas, vi el destello de una maceta una décima de segundo antes de que se estrellara contra mi cráneo.

35

GAGE

El viento me azotaba como hielo sobre mi piel acalorada mientras atravesaba el bosque a toda velocidad, con solo el faro de la Harley de Ax rasgando la oscuridad de la noche. Ax estaba en algún lugar detrás de mí; los demás venían de camino.

Por encima del rugido de la motocicleta, un disparo resonó en el aire. El corazón se me paró en seco, y luego un arranque de pánico me lo aceleró como una sobredosis de metanfetamina. La moto saltó sobre una roca y luché por mantenerme erguido. Con la oscuridad y el terreno rocoso, conducía en las peores condiciones posibles para una motocicleta.

Recorrí el bosque con la mirada frenéticamente, buscando a Paul, a Niki.

Las sombras de la luna llena se deslizaban de árbol en árbol, burlándose de mí, provocándome.

Paul Taylor.

Apreté los dientes con tanta fuerza que estaba seguro de haberme partido un diente.

Aguanta, Niki, repetí una y otra vez. *Aguanta. Ya voy.* La luz de la luna reveló un destello de metal delante de mí: una camioneta que bajaba a toda velocidad por la montaña por un sendero que solo usábamos para los quads. Giré el manillar, zigzagueando entre los

árboles, siguiendo las luces traseras. Aceleré más y más, sabiendo que tenía ventaja porque conocía cada árbol, cada roca y cada desnivel de esta montaña.

Cuando me acerqué por detrás, la luz se reflejó en un quad sujeto en la caja de la camioneta: un Polaris Sportsman. El mismo que habían captado nuestras cámaras de seguridad cuando le disparó a Niki desde el acantilado.

Niki.

Paul aceleró al verme en el retrovisor.

Me lancé entre los árboles y me coloqué junto a la camioneta, a centímetros de la puerta. Miré dentro y se me cayó el alma a los pies.

El cuerpo de Niki yacía desplomado en el asiento del pasajero, con la cabeza colgando sobre la alfombrilla como si le hubieran partido el cuello. Tenía los ojos cerrados, la boca abierta. El pecho se me contrajo de pánico. Me puse de pie, me incliné hacia delante y aceleré a fondo, sabiendo que iba demasiado rápido para el terreno.

Paul me miró desde el volante. Las venas me estallaron de rabia.

Sí, cabrón, te tengo.

Salté sobre un tronco caído y me di cuenta de dónde estábamos: a solo unos metros de un barranco profundo, casi imposible de ver en la oscuridad. A la velocidad a la que iba Paul, no tenía ni idea de lo que le esperaba. A la velocidad a la que íbamos los dos, ninguno sobreviviría a esa caída.

El corazón me martilleaba mientras trataba de armar un plan para evitar que Niki cayera por el precipicio.

Los árboles pasaban volando.

Diez segundos.

Volví a mirar a Niki. Tan hermosa, tan perfecta. Arrebatada. Arrebatada de *mí*.

La furia disolvió mis pensamientos mientras la moto parecía guiarse sola, adelantándose a la camioneta. Apreté los dientes y me concentré en la enorme roca que tenía delante.

El mundo se detuvo a mi alrededor, la visión se me estrechó, la mente se me concentró solo en hacer lo que fuera necesario para evitar que Niki cayera por ese precipicio.

Ave María.

Tiré del manillar hacia arriba y salté sobre la roca. Lancé el cuerpo fuera de la moto en pleno vuelo y aterricé en el charco amarillo de los faros mientras la camioneta se abalanzaba hacia mí.

Ave María.

Con un chirrido ensordecedor, la Harley salió volando por el precipicio detrás de mí. Paul dio un volantazo y se estrelló contra un árbol.

La puerta del conductor se abrió de golpe y Paul saltó en un intento de huir, pero antes de que pudiera hacerlo lo agarré del pelo y le estrellé la cara contra el árbol. Se le pusieron los ojos en blanco momentos antes de que el cuerpo se le desplomara en el suelo.

—*¡Niki!* —Salté dentro de la camioneta y me arrastré hasta su cuerpo inerte. La sangre le manchaba un lado de la cara. Destellos de guerra, de muerte y destrucción pasaron como una película a cámara rápida por mi cabeza.

—Niki, por favor, Dios, Niki… —La envolví en mis brazos, las lágrimas me escocían en la cara.

—Niki…

La luz de la luna bailaba sobre su rostro, pálido, demacrado, sin vida.

—Niki… *por favor, Niki.*

La estreché contra mi pecho y ella abrió los ojos lentamente.

36

NIKI

Una semana después...

Los últimos rayos del sol poniente centelleaban sobre el suelo del bosque, oscilando con la brisa fresca.

Me subí la cremallera.

—¿Tienes frío? —Gage se detuvo y me miró.

Sonreí al ver lo atento que se había vuelto conmigo durante la última semana. Tan impropio de Gage.

—No, estoy bien, pero estaría mucho mejor si me dijeras adónde vamos. —Miré a mi alrededor los kilómetros de bosque que nos rodeaban, teñidos con los colores del otoño.

Sonrió.

—Ya casi llegamos.

Las agujas de pino crujían bajo mis botas de senderismo, las que Gage había insistido en que me pusiera para su pequeña excursión sorpresa. Había aparecido en mi casa una hora antes, todo cuero y motocicleta, y me había dicho que me vistiera para una caminata sin aceptar un no por respuesta.

Muy propio de Gage.

Me había llevado al complejo, pasando las cabañas, habíamos cambiado a un todoterreno, y luego había aparcado. Salimos a pie sin más que una cesta en su mano y un brillo en los ojos.

Llevábamos unos diez minutos caminando cuando me fijé en una roca, tras la cual el paisaje se desdibujaba. Una extraña sensación de déjà vu me invadió. Fruncí el ceño y lo miré.

—¿El barranco?

Asintió.

—¿El barranco donde me salvaste la vida?

—Sí.

Fruncí más el ceño mientras nos acercábamos al precipicio de veinticinco metros que casi me había costado la vida, y también la de Gage.

Se me encogió el estómago mientras los recuerdos de la última semana empezaban a agolparse en mi mente.

Paul Taylor, huérfano de padres drogadictos, fue acogido por Mickey Greco y su esposa de imagen impecable cuando era un niño impresionable. Vivió con ellos tres años hasta que lo trasladaron a otro lugar, pero no sin antes forjar un vínculo de por vida con Mickey. Durante la última semana, habíamos descubierto que Mickey había mantenido un contacto estrecho con Paul, preparándolo en secreto para hacerse cargo de su negocio de drogas. Se habían vuelto uña y carne, y Paul usaba su formación jurídica como baza en el negocio.

Entro yo, Niki Avery.

Paul se había pegado a mí en cuanto descubrió que llevaba el caso contra Mickey. Las copas, las cenas y los bailes fueron una farsa para que Paul se acercara lo más posible al caso, haciendo cuanto pudiera para evitar que encerraran a su padre adoptivo.

Cuando gané el caso y Mickey acabó entre rejas, Paul empezó a tramar su venganza.

Entra Gage Steele, y con él, el fin de la libertad de Paul.

Paul había acabado entre rejas y era probable que permaneciera allí de por vida, igual que su mentor, quien estaba a punto de enfrentarse a una avalancha de pruebas extraídas del ordenador de

Paul que demostraban que Mickey le había ordenado matar a su socia, Sheila Cancio, cuando ella descubrió su negocio paralelo.

Justicia poética.

Y allí estaba yo, una semana después, con los moretones empezando a desvanecerse, los cortes empezando a cicatrizar, recogiendo los pedazos de mi nueva vida uno a uno, con Gage siempre a mi lado.

En unos días debía reincorporarme al trabajo a jornada completa, pero no sin antes dar un paseo por el bosque con Gage, por lo visto.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

Sonreí.

—Podría comer.

Me devolvió la sonrisa y me guiñó un ojo.

—Bien. —Se detuvo al borde del barranco—. Hemos llegado.

Mientras yo miraba por el borde, imaginando la caída, Gage extendió una manta de franela roja sobre una roca lisa y dejó la cesta encima. Se quitó la chaqueta de cuero y me la echó sobre los hombros desde atrás; su cercanía me provocó un escalofrío que me recorrió la espalda.

Sus labios me rozaron el lóbulo, y mi cuerpo respondió, encendiéndose en un instante. Gage Steele tenía un poder sobrenatural sobre mi cuerpo. Y a mí me parecía perfecto.

—Siéntate, por favor —susurró.

Giré la cabeza con una sonrisa.

—Buen trabajo.

—Gracias. Estoy trabajando en mi feminista interior.

Puse los ojos en blanco y me dejé caer sobre la manta.

—Ser educado no tiene nada que ver con el feminismo.

—Oye, siempre he sido educado contigo.

—Mandón, más bien.

—Vale. Estoy trabajando en mi… mandonería.

Gage abrió la tapa de la cesta de mimbre, de esas que me recordaban a las películas románticas en blanco y negro de los años cincuenta. El contraste entre el corpulento y rudo macho alfa y la delicada cesta de picnic me aceleró el corazón.

—Me has preparado un picnic… —Sonreí y me acerqué más a él, con ganas de apartar la cesta y atraerlo sobre mí.

—No te emociones demasiado. Son sándwiches de beicon, lechuga y tomate, patatas fritas y, lo más importante… —Sacó una botella de champán caro.

Me reí.

—¿Sándwiches de beicon, lechuga y tomate?

—No cocino.

—Yo sí.

—Gracias a Dios. —Sonrió con suficiencia.

Supuse que Dallas o Celeste habrían preparado la cesta, pero cuando me entregó un sándwich envuelto en papel de cocina y una bolsa abierta de patatas fritas aplastadas, supe que todo era obra de Gage. Y eso me hizo enamorarme aún más de él.

Con un estallido, el corcho voló por el aire y desapareció sobre el barranco. Mientras servía el champán de trescientos euros, pregunté:

—¿Por qué aquí?

No dijo nada por un momento, con el ceño fruncido en concentración.

Finalmente…

—Crecí aquí. En estos bosques. —Me entregó una copa de burbujas, se acomodó y bebió un sorbo.

No estaba acostumbrada a este Gage, un hombre más tranquilo y reflexivo que el que había conocido en el bosque una semana antes.

Me gustaba.

—Mi padre solía llevarnos de excursión cada semana —continuó —. Decía que era importante conocer nuestra tierra como la palma de la mano. Y la conocemos, todos nosotros conocemos cada centímetro de esta tierra. —Se rio—. Cuando éramos pequeños, Phoenix nos dejaba a kilómetros de casa, nos vendaba los ojos y nos soltaba. El último en llegar tenía que encargarse de las faenas de la casa durante una semana. ¿Y si nos quitábamos la venda? Un mes entero de faenas.

—Déjame adivinar, ¿ganabas tú?

Volvió a reírse, con la mirada perdida en el bosque. —No, en realidad, Ax siempre ganaba. La naturaleza forma parte de él. —Me lanzó una sonrisa pícara—. Yo siempre era el que espiaba por debajo de la venda.

Me reí. —Haciendo lo que hiciera falta para conseguir el objetivo.

Asintió y dio un sorbo.

—Entonces, volviendo a la pregunta original: ¿por qué aquí?

Retorció el vaso de papel entre las manos. —Porque me niego a que el último recuerdo de este lugar sea malo. Este lugar... —recorrió con la mirada la tierra y las hojas caídas—. Este mismo lugar me ha cambiado la vida para siempre. —Se le quebró la voz.

Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para ocultar la sorpresa ante la emoción que mostraba. Le puse la mano sobre la suya.

Me miró, y la intensidad de sus ojos tormentosos me revolvió el estómago. —Has cambiado mi vida, Niki.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. —Tú salvaste la mía.

Dejó la bebida y sacó de la cesta una cajita azul celeste. —Y siempre lo haré.

El corazón se me paró en seco.

Me tendió la cajita azul con manos firmes, seguro de sí mismo.

Las mías, en cambio, temblaban mientras tiraba de la cinta azul y abría la caja.

Dentro había un delicado collar de diamantes con un colgante de rubí... exactamente igual que el collar de seguridad que había llevado en la Cabaña 1... solo que infinitamente más caro. Se me cortó la respiración.

Lo saqué de la caja. —Gage... esto es...

—Para ti. Siempre te protegeré, Niki. —Me lo quitó de las manos y le dio la vuelta al colgante, dejando a la vista un pequeño botón negro—. Tiene el mismo botón de llamada que el otro. Cuando me necesites, púlsalo. —Le brillaron los ojos—. Siempre estaré ahí para ti.

Sin aliento, le eché los brazos al cuello y aspiré ese aroma fresco y almizclado tan propio de Gage. *Siempre Gage.*

—Hay algo más. —Sacó de la cesta una caja más grande, esta envuelta en papel de periódico viejo y descolorido.

Sonreí de oreja a oreja. —¿Otro regalo?

—No se me da muy bien envolver regalos, lo siento. Ábrelo.

Sonriendo como una niña la mañana de Navidad, desenvolví el regalo y descubrí una caja llena de tierra.

Arqueé una ceja y ladeé la cabeza. —Eh... ¿gracias?

Sonrió. —El regalo es lo que hay dentro.

—¿Hormigas?

Se rio y se acercó más. —La semilla de un arce rojo.

Se me cayó el alma a los pies y se me desencajó la mandíbula.

—Ahora podrás tener todas las hojas rojas que quieras.

—Gage —susurré sin aliento, mirándolo fijamente.

Dejó la caja a un lado, me tomó el rostro entre las manos, con los ojos anegados en lágrimas.

—Niki Avery, te quiero. Yo no te salvé la vida. Tú salvaste la mía.

Las lágrimas me rodaron por las mejillas.

Sí, mi vida había cambiado. Y ahora estaba deseando que llegara el futuro.

—Yo también te quiero, Gage.

37

GAGE

Eran casi las diez de la noche cuando Niki y yo volvimos a la casa. Diamantes, tierra y champán habían sido el preludio de una cena decente y sexo explosivo bajo la puesta de sol. Y después, más de lo mismo bajo las estrellas. Me sentía feliz, relajado, satisfecho. Tres cosas que no había sentido en mucho tiempo.

Ax, Gunner y Dallas se habían quedado en la cocina para tomar una última copa.

¿Yo? Cogí a Niki en brazos y la subí a mi dormitorio.

—¿No vamos a la cabaña? —murmuró contra mi pecho, con los ojos nublados por el champán y los orgasmos.

—Nada de cabaña. Ahora estás bajo llave, conmigo —dije. Aparté las sábanas de mi cama con dosel y la acosté. Me miró con ojos cansados y felices.

Se me hizo un nudo en la garganta y, por segunda vez esa noche, joder, quizá por segunda vez en mi vida, sentí el escozor de las lágrimas. Me incliné, le besé la frente con suavidad y susurré: —Te quiero, Niki. Te quiero muchísimo.

—Yo también te quiero, Gage.

Cinco minutos después, se quedó dormida. Le acaricié el pelo mientras observaba cómo su pecho subía y bajaba pesadamente,

hasta que estuve seguro de que había caído en un sueño profundo, feliz y reparador. La besé una vez más, aspirando el aroma de su champú, el aroma de mi Niki.

—Ahora vuelvo —susurré.

Tras echarle un último vistazo, salí de la habitación en silencio y cerré la puerta tras de mí.

El pasillo estaba a oscuras. La casa, silenciosa, inmóvil. Ni un solo sonido: ni el murmullo de un televisor, ni música, ni conversación en la cocina. Nada.

Una quietud inquietante se apoderó de mí, un instinto, una sensación visceral de que algo iba mal.

Me detuve en seco, inmóvil, atento al silencio ensordecedor que me rodeaba, a la pesadez del aire.

El pulso se me aceleró, y eso me alarmó. No, algo iba mal.

Miré a ambos lados del pasillo y mis ojos se posaron en el despacho de papá, al fondo, y en el tenue resplandor bajo la puerta.

Como atraído por un imán, avancé más allá de la escalera, cada paso más rápido que el anterior. Se me estrechó la visión y todo a mi alrededor empezó a difuminarse.

Eché a correr.

Según me acercaba a la última puerta a la izquierda, el pulso me retumbaba en la cabeza como un tambor de guerra, momentos antes de una masacre.

—¿Feen? —Giré el pomo con el corazón martilleándome en el pecho, casi paralizante.

La puerta se abrió con un chirrido.

Mis ojos se clavaron en mi hermano, desplomado en la silla de nuestro padre, con un balazo en la cabeza.



AXEL

La historia continúa con Axel...

Él se rige por la rutina. Ella se guía por el instinto. Pero cuando un asesino regresa para terminar lo que empezó, Axel y Erika tendrán que unir fuerzas en este thriller romántico que te mantendrá en vilo.

Estar siempre preparado: ese es el lema de Axel Steele. Mientras sus hermanos se dedicaban a repartir puñetazos y correr riesgos, Ax era el tranquilo, el planificador. Un exmarine de operaciones especiales con una mente metódica y una necesidad de control... hasta el día en que encuentra a una mujer atrapada en el bosque, desesperada por que alguien la proteja.

Con tatuajes tan atrevidos como su actitud, Erika Zajac es todo lo que él no es: de espíritu libre, imprudente e imposible de ignorar. Guarda el tipo de secretos que pueden costarte la vida. Pero Ax es un hombre acostumbrado a la presión. Acostumbrado al peligro.

A lo que no está acostumbrado... es a *ella*.

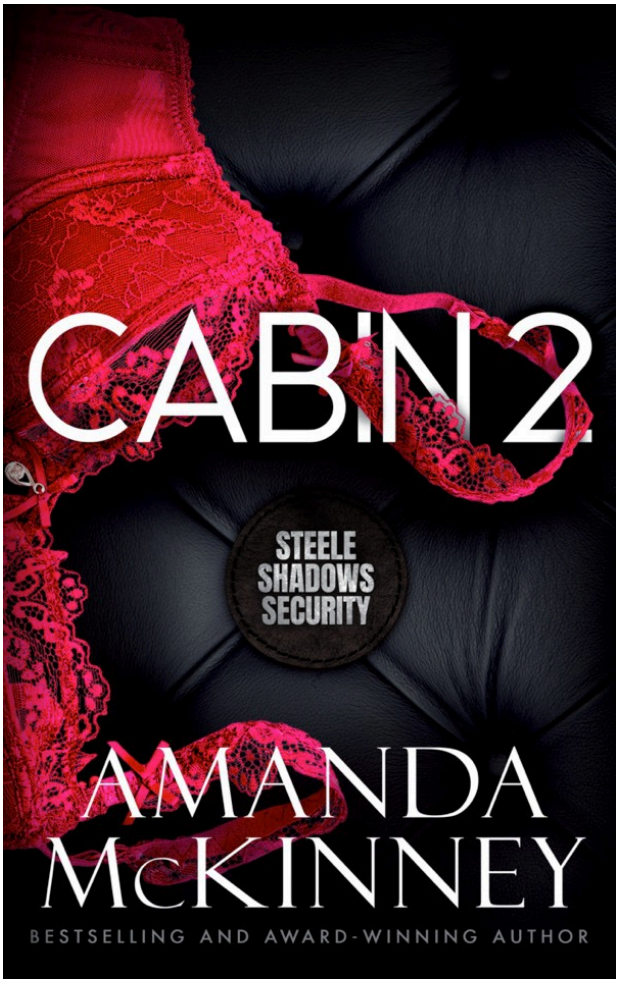
A medida que la amenaza que acecha a Erika se vuelve más letal, Ax empieza a plantearse si el mayor riesgo no es el hombre que la

persigue...

Sino la mujer que lo desafía a volver a sentir.

¡Consigue tu ejemplar de Cabaña 2 hoy!

AVANCE


CABIN 2
STEELE
SHADOWS
SECURITY
AMANDA
McKINNEY
BESTSELLING AND AWARD-WINNING AUTHOR

Capítulo 1

Erika

Mis pulmones ardían mientras subía corriendo la montaña; el latido de mi pulso ahogaba el zumbido de los insectos a mi alrededor. El sudor me resbalaba por la cara. No me lo limpié; me daba igual. El entrenamiento cruzado no era para blandengues.

El sendero Red Rock era infame por sus empinadas subidas y brutales curvas cerradas. Me habían dicho que era la montaña más empinada de la zona. Lo que no me habían dicho era que los «senderos para correr» no eran más que un camino rocoso abierto a través de un denso bosque.

Mis cuádriceps ardían.

Al diablo contigo, montaña, repetía una y otra vez, con el corazón a punto de estallarme en el pecho. Una ráfaga de aire fresco otoñal me golpeó como una ola gigante, empeñada en empujarme hacia atrás. *Te veo, universo, y subo la apuesta.*

Apreté más.

Vamos, vamos, tú puedes.

Las endorfinas estallaron en mis venas y me impulsaron los últimos metros hasta que por fin coroné la cima.

Me doblé sobre mí misma, jadeando, y miré el reloj.

Récord batido.

Solté una risa de loca y me enderecé. Lo había conseguido. Había batido mi mejor marca.

Me puse las manos en las caderas y giré despacio. Mi mirada se posó en un glorioso arce azucarero, de un dorado reluciente bajo el sol de la tarde. Tracé su silueta resplandeciente en mi mente, como un pincel sobre un lienzo, fijándome en los diversos tonos y texturas que se fundían en un despliegue deslumbrante.

Un cuervo graznó y su inquietante graznido me devolvió al momento presente.

Fruncí el ceño.

¿Dónde demonios estaba?

Media hora antes, había decidido desviarme del sendero y abrirme mi propio camino montaña arriba para ponerme a prueba. El problema era que no había marcado la ruta.

Miré hacia el sol menguante, suspendido sobre un pico en la distancia. El crepúsculo se acercaba y calculé que me quedaba aproximadamente una hora de luz.

Aunque no sabía dónde estaba, sabía que bajar era la mejor forma de orientarme. Tras unos tragos de agua, empecé a descender. Pasaron los minutos y fui muy consciente de lo sola que estaba. Ni voces, ni risas, ni corredores, ni excursionistas. Ni rugidos de motores, ni motos de cross, ni niños riéndose, nada.

La brisa se había calmado, y con ella, al parecer, todas las criaturas a mi alrededor.

Miré por encima del hombro con un cosquilleo de nervios en el estómago. ¿Cómo me había alejado tanto del sendero? Por mucho que me gustara decir que no era propio de mí ser tan irresponsable, tomar decisiones sin pensarlas era prácticamente mi modus operandi. Mi hermano lo llamaba impulsividad temeraria. Mi psicóloga lo llamaba inquietud.

Me habían llamado excéntrica, beatnik, voluble, hippie, y mi favorita: Boho de Beverly Hills. Yo prefería espíritu libre. Tomaba la vida como venía, un día a la vez, una noción absurda y ajena a mi educación elitista.

Un día a la vez se convirtió en mi mantra el día que cumplí dieciséis, robé la tarjeta de crédito de mi padre y cogí el primer vuelo a Europa con solo equipaje de mano. Había conseguido pasar por Grecia, Bulgaria, y estaba de camino a Estambul cuando me topé con un joven guapo pero de aspecto arisco, enviado por mi padre para recogerme y mandarme a casa. Su último y flamante becario formado en Harvard, según supe. Después de unas noches enseñándole algo más que los monumentos, dejé que me llevara de vuelta a casa, dejando a Jake-el-becario con el corazón roto y mi minicrisis en el retrovisor. Llegué a casa con las tarjetas de crédito bloqueadas y una nota que me decía que me buscara un trabajo de verdad.

En lugar de eso, cambié el reloj Cartier que mi padre me había regalado por mi decimotercer cumpleaños por un Volkswagen oxidado y crucé la frontera, lo que me valió fluidez en español y una intoxicación alimentaria de las buenas.

Nunca volví a aceptar un solo céntimo de él, ni un solo céntimo de la fortuna Zajac.

El terreno se volvía más rocoso, más empinado, y no reconocía nada. Me abrí paso entre la maleza mientras las sombras del sol poniente se mecían de un lado a otro con una brisa que no sentía. El mundo se oscurecía a mi alrededor, y con cada paso la ansiedad me iba ganando.

Clang, clang, clang…

Me quedé paralizada, con los oídos aguzados ante el sonido agudo que rompía el espeluznante silencio del bosque.

Clang, clang, clang…

Era un golpeteo de metal contra metal, en perfecta repetición, en algún lugar a lo lejos.

¿Qué demonios hacía ese ruido de metal contra metal en medio de la nada?

Ni mis sueños más disparatados ni mis peores pesadillas podrían haberme preparado para lo que sucedió después.

Me desvié del rumbo —como la idiota que era— y seguí el sonido. Quizá me llevara hasta alguien que pudiera indicarme cómo volver al inicio del sendero.

Clang, clang, clang…

El bosque se abrió a un claro con una gran roca en el centro. El golpeteo era cada vez más fuerte, y estaba cada vez más segura de que venía de bajo tierra.

El pulso se me aceleró mientras miraba el anillo de árboles que rodeaba el claro, sumido en sombras.

Clang, clang, clang…

Me acerqué a la roca con el corazón desbocado, me puse de puntillas y miré por encima. Oculta junto a la roca había una pequeña trampilla cubierta de hojas secas y ramitas.

Clang, clang…

El ruido venía de lo que hubiera detrás de esa puerta, de lo que estuviera encerrado en las profundidades.

Volví a mirar alrededor y saqué el móvil del bolsillo de las mallas.

Sin cobertura.

Volví a concentrarme en la puerta, mordiéndome el labio inferior.

Clang, clang…

Aparté la aprensión —Dios sabía que se me daba bien— y me guardé el móvil en el bolsillo antes de trepar por la roca. Un fino rayo de sol brillaba como un faro sobre la puerta. Como un imán que me atraía hacia ella.

Muy bien, universo, pensé mientras apartaba los escombros y dejaba al descubierto un candado de metal reluciente, *me has traído aquí.*

El golpeteo había cesado, y me descubrí deseando desesperadamente volver a oírlo. Desesperada por asegurarme de que lo que hubiera allá abajo estuviera bien.

La cerradura era de llave, no de combinación. Había forzado varias cerraduras en mi vida, sobre todo cuando me había olvidado las llaves antes de salir de fiesta. ¿En qué podía ser esto diferente? Con una urgencia creciente, me puse a buscar algo para forzarla.

Nueve ramitas, una piedra fina y un crepúsculo que ya se había adueñado del bosque después, la cerradura cedió con un fuerte chasquido, solo comparable al vuelco que me dio el corazón.

Me temblaban las manos mientras quitaba el candado brillante y lo dejaba a un lado.

Fue entonces cuando me detuve a pensar. Quedarme o irme. Quedarme o irme, Erika.

Con una bocanada de aire desafiante —porque solo los locos hacen caso a las voces de su cabeza— agarré el asa plana y fina y levanté la puerta. El olor a humedad de la tierra mojada me golpeó en la cara mientras contemplaba la estrecha escalera de madera que se perdía en un agujero negro como boca de lobo.

Lo primero que noté fue que la escalera parecía nueva y limpia. Eso, junto con el candado reluciente, confirmó mis sospechas de que, a pesar de lo remoto del lugar, alguien lo estaba usando.

O escondiendo algo allí.

Respiré hondo y me incliné.

—¿Hola?

Mi voz resonó por el bosque silencioso como una sirena de niebla que delataba mi posición.

No hubo respuesta desde el foso.

Me agarré a los bordes, metí la cabeza y volví a llamar. Nada.

Con la mandíbula apretada, me coloqué en posición, bajé las piernas al agujero y di el primer paso, luego el siguiente, luego el siguiente. Con cada peldaño, el pulso me retumbaba en los oídos y las rodillas me temblaban literalmente. Por fin, mis zapatos tocaron tierra.

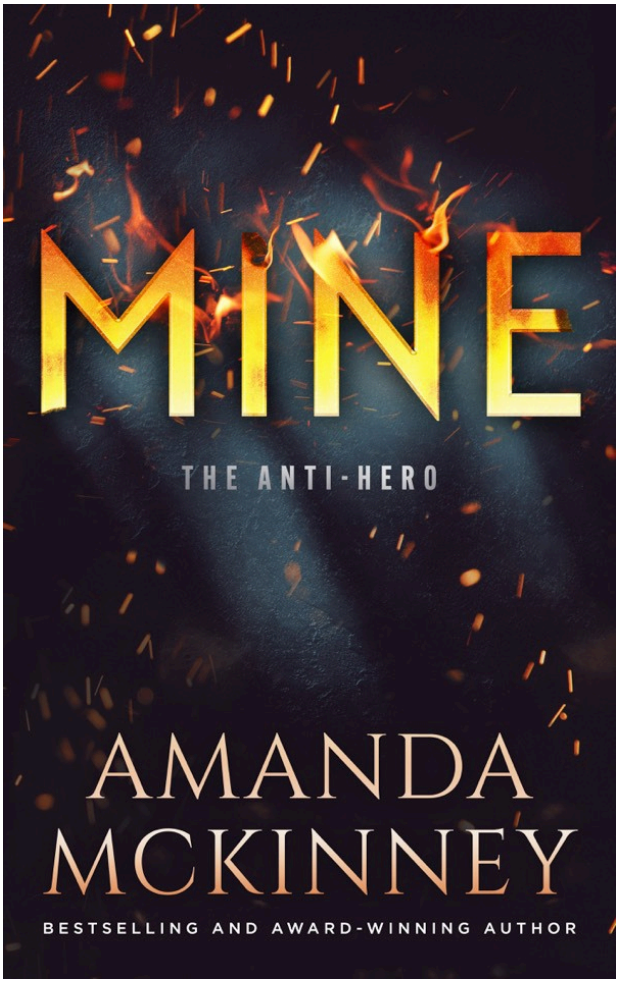
De pie en el tenue charco de luz diurna que quedaba, me giré, parpadeando hacia la oscuridad que me rodeaba.

Y en ese momento, no me cupo la menor duda de que alguien, algo, estaba allí conmigo.

Una presencia.

★ MINE ★

Conoce al antihéroe (mi thriller romántico más tórrido hasta ahora).



Un antihéroe solitario, un amor prohibido y una mansión siniestra repleta de secretos colisionan en este tórrido thriller romántico cargado de emoción, de la autora superventas Amanda McKinney.

Astor Stone construyó un imperio basado en el poder, los secretos y el control. Pero cuando recibe una nota de rescate por su esposa distanciada —la mujer que ha mantenido oculta durante años— se ve obligado a seguir las reglas de otro. El plan es simple: asistir a una fiesta exclusiva, recuperarla y marcharse.

Hasta que aparece Sabine Hart.

Cuando la noche da un giro mortal, Astor toma una decisión despiadada: llevarse a la hija de su enemigo como rehén. Solo por

una noche. ...Pero la obsesión no conoce reglas.

Sabine Hart nunca esperó acabar cautiva de un hombre peligroso y atractivo de un modo inquietante, en una mansión apartada con habitaciones siniestras y un ama de llaves aún más perturbadora. Pero cuanto más tiempo pasa allí, más la atrae Astor, y más difícil le resulta distinguir la amenaza de la tentación.

Porque en el mundo de Astor, la pasión es poder.
Y enamorarse de él podría ser la decisión más peligrosa de todas.

Mine es un romance oscuro y seductor repleto de tórrida tensión entre enemigos que se convierten en amantes, giros impactantes y un antihéroe posesivo que no olvidarás.

A LA VENTA AHORA

ACERCA DE LA AUTORA



Amanda McKinney es autora superventas de Amazon Charts y ha ganado múltiples premios por sus más de treinta novelas románticas y de suspense. Sus libros han recibido más de quince premios y nominaciones literarias, incluido el prestigioso *Premio Daphne du Maurier a la Excelencia*, y han aparecido en listas como *Las 12 mejores novelas románticas de POPSUGAR*, además de en el *Today Show*.

¡Suscríbete al boletín de Amanda para enterarte de sus nuevas publicaciones, promociones, historias personales y muchos extras divertidos!

www.amandamckinneyauthor.com

